

**Rosemary Sutcliff**

# Naves negras ante Troya

La historia de la 'Ilíada' de Homero

*índice*

1	la manzana de oro	1
2	reunión de la flota	4
3	altercado con el Rey Supremo	6
4	combate singular	8
5	las troyanas	11
6	la embajada del Rey Supremo	13
7	los caballos del rey Reso	16
8	la lluvia roja	19
9	lucha por las naves	20
10	la armadura de Aquiles	23
11	la venganza de Aquiles	25
12	juegos fúnebres	27
13	el rescate de Héctor	30
14	la 'Suerte de Troya'	32
15	las mujeres guerreras	36
16	la muerte de Aquiles	37
17	la flecha envenenada	40
18	el caballo de madera	43
19	la caída de Troya	46
	escenario de la guerra de Troya	48
	introducción	49
	personajes	56
	actividades	59

# el profanador de textos

## profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, — ris).  
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

## profanar.

(Del lat. *profanāre*).  
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.  
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©  
Todos los derechos reservados

## confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



## con respecto a este libro

Título: ‘Naves negras ante Troya. La historia de la Iliada’

Autor: Rosemary Sutcliff

ISBN: 978-84-316-4291-4

Título original: ‘Black Ships Before Troy: The Story of ‘The Iliad’

Editorial: Vincens Vives

Fecha de impresión: 2007

primera pedeeeficación:  
diciembre 10, 2016

actualizaciones:

## para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a [elprofanadordetextos@yahoo.com](mailto:elprofanadordetextos@yahoo.com), poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a [elprofanadordetextos@yahoo.com](mailto:elprofanadordetextos@yahoo.com), poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

## GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

## BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

## párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número <sup>(02)</sup> o un número y una letra <sup>(02c)</sup> al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

## si accede a este texto desde la Antroposofía

una nota del profanador de textos

Esta narración del texto homérico se basa en los conceptos literarios de la sociedad moderna.

Téngase en cuenta que la interpretación y comentarios representan, en su mayoría, ‘casi exactamente’ lo que Rudolf Steiner define específicamente como la forma incorrecta de interpretar los mitos, debido a la visión materialista:

*“Para quien conoce los hechos subyacentes ese estudio comparativo de las religiones es de lo más irritante de la tendencia científica moderna, precisamente porque la comparación se circunscribe a la menudencia externa y accesorio.” [121:08:05]<sup>1</sup>*

Sin embargo, la mayoría de las notas (indicadas como [N. del Au.] o [N. del Ed.]) pueden resultar útiles para un mejor entendimiento del texto. Entender el significado ya es otra cosa.

Al final se han agrupado los materiales que acompañan al libro original. ♣

<sup>1</sup> Steiner, Rudolf. ‘Almas nacionales y su misión.’ [GA121] [n. del pr.]

## 1 la manzana de oro

En aquellos días nobles y remotos en que los hombres eran héroes y convivían con los dioses, Peleo, rey de los mirmidones,<sup>1</sup> se desposó con una ninfa<sup>2</sup> de los mares llamada Tetis, ‘la de los pies de plata.’

Numerosos invitados asistieron al banquete de bodas, y, junto con los mortales, llegaron los dioses del Olimpo.<sup>3</sup>

Pero en el momento más alegre de la celebración apareció Éride, ‘la diosa de la Discordia,’ que no había sido invitada porque dondequiera que iba llevaba la desgracia.

Allí estaba ella, enfurecida como siempre y dispuesta a vengar la afrenta.

Éride se limitó a arrojar sobre la mesa una manzana de oro; luego echó su aliento sobre los invitados y se esfumó.

<sup>1</sup> Los mirmidones eran un aguerrido pueblo griego que combatió en la guerra de Troya a las órdenes de Aquiles, hijo de Peleo y Tetis. [N. del Au.]

<sup>2</sup> Las ninfas eran diosas menores de gran belleza que habitaban en los bosques y las aguas y que simbolizaban la encarnación de la naturaleza. Las ninfas marinas, como Tetis, se llamaban nereidas. [N. del Au.]

<sup>3</sup> La convivencia entre hombres heroicos y dioses es característica de la época legendaria de los antiguos griegos. Se decía que los dioses habitaban en el monte Olimpo, situado al norte de Grecia. [N. del Au.]

La manzana resplandecía entre los montones de frutas y las copas rebosantes de vino.

Y, al inclinarse para verla más de cerca, todos pudieron leer, escrito sobre la piel:

*Para la más bella.*

Entonces, cada una de las tres diosas supremas reclamó para sí el regalo.

Hera lo reclamó por ser la esposa de Zeus, ‘padre de los dioses,’ y reina por tanto de todos ellos.

Atenea afirmó que tenía más derecho que ninguna, pues la belleza de una sabiduría como la suya sobrepasaba a cualquier otra clase de belleza.

Afrodita se limitó a sonreír, y preguntó quién iba a reclamar un premio a la belleza si no era la diosa misma de la belleza.<sup>4</sup>

De modo que se trenzaron en una apasionada discusión; la disputa se transformó en pelea, y la pelea se fue agriando hasta que al fin las tres rogaron al resto de los invitados que fueran ellos quienes decidieran la cuestión.

Pero éstos se negaron, pues sabían de sobra que, si escogían a una de las tres diosas para recibir la manzana de oro, se enemistarían con las otras dos.

Al final las tres regresaron al Olimpo, enemistadas.

Los demás dioses tomaron partido a favor de una u otra, y la inquina entre ellas se prolongó durante largo tiempo.

<sup>4</sup> Las tres diosas más influyentes y poderosas del Olimpo representaban diferentes caracteres femeninos: Hera es la esposa de Zeus, soberbia, celosa y vanidosa; Palas Atenea es la diosa virgen, inteligente y dura, patrona de la guerra, protectora de los griegos; Afrodita era la diosa del amor y la belleza, voluble, sensual, defensora de los troyanos. [N. del Au.]

## *el profanador de textos*

Tan largo como para que, mientras tanto, en el mundo de los hombres naciera un niño al iniciarse la pelea y se hiciera hombre y llegara a ser guerrero o pastor.

Naturalmente, los dioses, que son inmortales, no tienen la misma noción del tiempo que los humanos.

El caso es que en la ribera noroeste del mar Egeo había una ciudad de seres humanos.

Se llamaba Troya, y era una gran ciudad rodeada de poderosas murallas que se alzaba sobre una colina junto al mar.

Se había enriquecido con los impuestos que sus reyes exigían, por atravesar el estrecho, a los barcos mercantes que navegaban rumbo a los ricos graneros de las llanuras del mar Negro.

El rey de Troya, Príamo, poseía extensos territorios y caballos de larga crin, y era padre de una prole numerosa.

Y al iniciarse la disputa por la manzana de oro, su esposa Hécuba tuvo un hijo al que llamaron Paris.

El nacimiento habría sido motivo de gran regocijo si, cuando Hécuba estaba embarazada, los adivinos no hubieran vaticinado que iba a dar a luz

*...una antorcha que arrasaría Troya en llamas.*

De manera que, cuando nació el niño y se le puso nombre, el rey ordenó a un criado que lo abandonase en un lugar desierto hasta que muriese de hambre.

El criado obedeció el mandato, pero un pastor que buscaba un becerro extraviado encontró al niño y lo crió como a su propio hijo.

El muchacho creció alto, fuerte y hermoso; era el corredor más veloz y el más diestro arquero de la

región, pues su niñez transcurrió entre los robledales y los altos pastos de las laderas del monte Ida.

Y allí conoció y se enamoró de una ninfa de los bosques llamada Enone, quien correspondió a su amor.

La ninfa tenía el don de curar todas las heridas de los mortales, por profundas que fuesen.

Vivieron juntos entre los robledales y fueron dichosos, hasta que un día las tres divinidades celosas, aún trezadas en la disputa por la manzana de oro, acertaron a mirar al bosque desde lo alto del Olimpo y vieron al bello joven pastoreando su rebaño por las laderas del monte Ida.

Como los dioses todo lo saben, advirtieron que se trataba del hijo del rey Príamo de Troya, aunque el muchacho lo ignoraba.

Entonces se les ocurrió la idea de que, como él no las reconocería, ningún temor podía sentir si le rogaban que decidiese cuál era la más bella de las tres.

Ya las diosas empezaban a estar algo cansadas de la disputa.

Así que le tiraron la manzana, y él la tomó al vuelo.

Las tres entonces descendieron, se posaron ante él tan suavemente que sus pies ni siquiera rozaron la hierba de la montaña, y le rogaron que escogiera a la más hermosa de entre ellas, aquella que fuera merecedora del premio que tenía en las manos.

Primero Atenea, con su brillante armadura, clavó en él sus ojos grises como espadas y le prometió la sabiduría suprema si ella era la elegida.

Después Hera, con sus ropajes reales de reina del cielo, le prometió inmensas riquezas, poder y honor, si le concedía el premio a ella.

Por último se acercó Afrodita, quien con sus ojos azules como el agua de las profundidades del mar,

su cabello como una guirnalda dorada ceñida a la cabeza y una dulce sonrisa de miel, le susurró que le concedería el amor de una mujer tan hermosa como ella si le otorgaba la manzana.

Y Paris, fascinado por los encantos de Afrodita, olvidó a las otras dos diosas y sus ofrecimientos de sabiduría y poder, se olvidó también de Enone, 'la de oscuros cabellos,' y le entregó la manzana de oro a Afrodita.

Naturalmente, Atenea y Hera se enfurecieron con él porque les había negado el premio, tal y como los invitados a la boda habían previsto.

Y ambas estaban enojadas asimismo con Afrodita. Ésta, sin embargo, estaba eufórica y dispuesta a mantener la promesa dada a aquel pastor que era hijo de un rey.

Entonces Afrodita hizo que algunos hombres del rey Príamo le robaran a Paris un enorme y hermoso toro, que era el amo y señor de todo su ganado.

Así que Paris tuvo que bajar a Troya en busca del toro.

Y una vez allí, Hécuba, su madre, lo vio y lo reconoció por el parecido con sus hermanos y porque algo en su corazón le decía que aquél era el hijo al que creía muerto y perdido desde la infancia.

Hécuba lloró de alegría y lo llevó ante el rey.

Al verlo vivo y con tan hermosa apariencia, todos olvidaron la profecía y Príamo lo acogió con júbilo y le regaló una de sus mansiones, como a cada uno de los demás príncipes troyanos.

Allí vivió Paris a partir de entonces, aunque en ocasiones regresaba con su amada Enone a los robledales del monte Ida.

Y nada perturbó aquella felicidad durante algún tiempo.

Entretanto, del otro lado del mar Egeo, otra boda se había celebrado: el matrimonio del rey Menelao de Esparta con la princesa Helena, a la que los hombres llamaban ‘la de las hermosas mejillas,’ ‘la mujer más bella entre todas las mortales.’

Su belleza era famosa en todos los reinos de Grecia, y muchos reyes y príncipes la habían pretendido, entre ellos Odiseo, que reinaba en la rocosa isla de Ítaca.

Aunque a su padre no le complacía ninguno de ellos, acabó por entregársela a Menelao.

No obstante, como temía los conflictos que podrían surgir más adelante entre sus pretendientes, les hizo jurar a todos que, en atención a ella, apoyarían a su marido si éste los necesitaba en alguna ocasión.

Y entre Helena y Odiseo —quien se casó, muy enamorado, con Penélope, prima de Helena— se fraguó una profunda amistad que a ambos le habría de ser de gran utilidad cuando, años más tarde, se vieran en graves aprietos.

La fama de la belleza de Helena traspasó los límites de Grecia hasta que por fin llegó a Troya, tal como Afrodita había previsto.

Y tan pronto como llegó a oídos de Paris, éste decidió ir a comprobar por sí mismo si Helena era tan bella como los hombres decían.

Enone se deshizo en llanto y le rogó que no la abandonara; pero él no le hizo el menor caso y sus pies no volvieron a pisar jamás el camino que conducía a la cueva que ambos habitaban en los bosques.

Paris era muy caprichoso; cuando deseaba algo, tenía que conseguirlo fuera como fuera.

Así que le rogó a su padre que le proporcionara una nave y unos hombres, y se hizo a la mar con sus compañeros.

Ante ellos se extendía el mar Egeo, y, en su larga travesía, a menudo los vientos les alejaban de su rumbo. Pero al fin arribaron a tierra, vararon<sup>5</sup> la nave en la playa y subieron por los largos y empinados senderos que conducían hacia el palacio fortaleza del rey Menelao.

Los esclavos acudieron a recibirlos al patio de armas, como era costumbre hacer con todos los extranjeros, y los invitaron a entrar para que se asearan; tras un viaje tan largo.

Poco después, ataviados con trajes de gala, se presentaron en el salón real, donde el fuego ardía en un hogar elevado en el centro y los perros favoritos del rey yacían a sus pies.

—*¡Sean bienvenidos, extranjeros!* —dijo Menelao—. *Decidme quiénes sois, de dónde venís y qué os trae a mi palacio.*

—*Yo me llamo Paris, soy hijo del rey Príamo, y vengo de Troya* —contestó Paris—. *El deseo de conocer lugares remotos me ha conducido hasta aquí, pues ha alcanzado nuestras orillas la fama de Menelao como gran rey y generoso anfitrión con los extranjeros.*

—*Sentaos, pues, y comed, ya que debéis estar agotados después de tan largo viaje* —dijo el rey.

Y, tras tomar asiento, les trajeron carnes, frutas y vino en copas doradas.

De pronto, mientras los troyanos comían y relataban a su anfitrión las aventuras del viaje, apareció Helena, la reina, seguida de dos de sus doncellas, una de las cuales llevaba de la mano a la hijita de la reina, Hermíone, y la otra cargaba con el huso de

marfil, la rueca y abundante lana del más intenso color violeta.

Helena se sentó en el extremo más alejado del hogar, el lugar destinado a las mujeres, y comenzó a hilar.

Y, al tiempo que hilaba, prestó atención al relato que los extranjeros hacían de sus viajes.

En algún momento, Paris y Helena cruzaron sus miradas por entre el espeso humo del hogar.

Paris comprobó que la esposa de Menelao era incluso más bella de lo que se decía, dorada como la espiga de trigo y dulce como la miel silvestre.

Y Helena observó, sobre todo, que el príncipe extranjero era muy Joven.

Ella no había elegido a su marido y, aunque su matrimonio era bastante feliz, Menelao era mucho mayor que Helena, y su barba mostraba las primeras mechas grises.

En cambio, en la barba rubia de Paris no crecía ninguna cana, sus ojos brillaban, y tenía una sonrisa resplandeciente.

El corazón de Helena palpitaba con fuerza al mirarle y, en un momento de distracción, rompió la hebra de hilo violeta.

Paris y sus compañeros se quedaron mucho tiempo en calidad de huéspedes del rey Menelao, y muy pronto Paris no se conformó con mirar a la distancia a la reina.

Había olvidado ya por completo a la pobre Enone, y ahora se negaba a marcharse y abandonar a Helena, ‘la de las bellas mejillas.’

Y así fueron pasando los días.

A menudo, el príncipe y la reina caminaban juntos por los frescos jardines de olivos y bajo los almendros en flor del palacio.

Paris se sentaba a sus pies y, mientras ella tejía su lana violeta, él le cantaba las canciones de su país.

<sup>5</sup> varar: 1. tr. Sacar a la playa y poner en seco una embarcación, para resguardarla de la resaca o de los golpes de mar, o también para carenarla, Diccionario RAEL [n. del pr.]



Un día el rey salió de caza. Paris adujo una excusa para no acompañar al rey, y tanto el joven troyano como sus compañeros se quedaron en palacio.

Y cuando se encontraban a solas caminando bajo la fresca sombra de los olivos, mientras los compañeros de Paris y las doncellas de la reina se entretenían a poca distancia, Paris le confesó a Helena que había viajado desde tan lejos sólo para verla, y que ahora que la había visto se había enamorado perdidamente y ya no se sentía capaz de vivir sin ella.

—No deberías decirme eso —dijo Helena—, pues soy una mujer casada.

Ahora no podré soportar que te marches y me tengas que abandonar.

—Amada mía —dijo Paris—, mi nave está en la bahía; ven conmigo ahora que tu marido se ha ausentado de palacio, pues tú y yo nos pertenecemos ya para siempre.

Y así siguieron hablando en aquel caluroso mediodía mientras cantaban las cigarras, él insistiendo y ella resistiéndose.

Pero él era Paris, y siempre conseguía todo lo que deseaba; y, en lo más profundo de su corazón, también ella albergaba el mismo deseo.

Finalmente, Helena abandonó a su señor, a su hija Hermíone y su honra.

Y, seguidos por los compañeros del príncipe, mientras las doncellas clamaban y suplicaban en vano tras ellos, Paris y Helena descendieron por abruptos senderos, salvaron varios pasos de montaña y llegaron por fin a la nave que les esperaba a la orilla del mar.

Así fue como consiguió Paris a la compañera que Afrodita le había prometido, y de ahí procedieron todas las desgracias que acontecerían después. ♣

## 2 reunión de la flota

Cuando Menelao regresó de la cacería y supo que la reina había huido con el príncipe troyano, la pena negra y la rabia roja se apoderaron de él, y envió un mensaje informando de la ofensa cometida contra su persona, junto con una airada petición de ayuda, a su hermano Agamenón ‘el de la barba negra,’ que era el señor de los demás reyes de Grecia.

Y desde el salón del trono de la dorada Micenas,<sup>1</sup> Agamenón dio órdenes de reclutar hombres y naves.

La orden llegó al anciano Néstor de Pilos, a Tisbe, donde las palomas silvestres se arrullaban, a la montañosa Pito, al poderoso Áyax, señor de Salamina, a Diomedes, ‘el del ronco grito de guerra,’ cuya tierra era Argos, ‘la de abundantes caballos,’ al astuto Odiseo, que reinaba entre las ásperas colinas de la isla de Ítaca, a Idomeneo de Creta, y a muchos otros.

Y desde Creta y Argos, desde tierra firme y de las islas, las negras naves se hicieron a la mar.

Los hombres, cumpliendo su juramento de fidelidad, abandonaron los campos de cultivo y los barcos de pesca, y descolgaron los arcos y las lanzas

<sup>1</sup> Micenas era el centro de la cultura a la que da nombre, pero que abarcó toda la península helénica y las islas, hasta que fue destruida por las invasiones doriaas. Ver ‘escenario de la guerra de Troya.’ [N. del Au.]

para hacer regresar a Helena, ‘la de hermosas mejillas,’ y vengarse de Troya, cuyo príncipe la había raptado.

Agamenón les esperaba con sus propias naves en el puerto de Aulis; y, tras reunirse allí con él, la poderosa flota zarpó hacia Troya.

Sin embargo, uno de los caudillos militares que debía acompañarlos faltó a la cita, y el motivo fue el siguiente: antes de que Paris naciera, Tetis, ‘la de los pies de plata,’ había dado un hijo al rey Peleo, a quien pusieron por nombre Aquiles.

Los dioses habían prometido a Tetis que si sumergía al niño en el río Éstigia, uno de los ríos del mundo subterráneo,<sup>2</sup> el agua sagrada lo inmunizaría contra la muerte en combate.

Tetis hizo gustosa lo que le habían indicado, pero, al sumergir a su hijo de cabeza en las oscuras y amargas aguas, lo sostuvo por un pie, de manera que su mano, al asir el talón del niño, impidió que las aguas tocaran ese lugar.

Cuando ella comprendió el error cometido, ya era demasiado tarde, pues la inmersión no podía repetirse.

Por ello, a partir de entonces, Tetis vivió en una constante zozobra y temor por su hijo.

Cuando el niño hubo crecido lo suficiente, su padre lo envió a Tesalia en compañía de un muchacho mayor, Patroclo, para que se educara con Quirón, ‘el más sabio de los centauros.’<sup>3</sup>

<sup>2</sup> El ‘mundo subterráneo’ es el Hades, los Infiernos, donde reina el dios del mismo nombre. Allí van a parar los muertos, a los que Hades no permite regresar al mundo de los vivos. Las almas de los muertos que han recibido honras fúnebres han de pagar una moneda a Caronte, quien los traslada en su barca atravesando los ríos que los separan del mundo de los vivos. [N. del Au.]

<sup>3</sup> El centauro era un animal mitológico con el cuerpo de caballo y el torso y la cabeza de hombre. Los centauros vivían

## el profanador de textos

Y Quirón les enseñó a montar a caballo sin montura, los adiestró en todas las artes del combate con lanza, espada y arco, y les enseñó a tocar la lira.

Cumplida su etapa de formación, Aquiles y Patroclo regresaron a la corte de Peleo.

Pero cuando Agamenón convocó a la flota y las naves negras se aprestaron a la guerra, su madre lo envió secretamente a la isla de Esciros, y le rogó al rey Licomedes que lo vistiera de doncella y lo ocultara entre sus propias hijas para que, pasando desapercibido, su vida no corriera peligro.

Nadie comprende cómo Aquiles pudo aceptar semejante humillación. Quizás Tetis, cegada por su amor, le echó algún conjuro.

Sea como fuere, Aquiles se quedó con las princesas, mientras las naves se reunían en Aulis.

Sin embargo, el amoroso plan de Tetis terminó fracasando porque, al seguir la ruta marina hacia el este, parte de la flota fondeó,<sup>4</sup> para reaprovisionarse de agua potable, en Esciros, donde corría el rumor de que el príncipe Aquiles se había ocultado en la isla.

El rey Licomedes dio la bienvenida a los guerreros, pero aseguró que ignoraba el paradero del joven príncipe.

Los caudillos lo buscaban desesperados, pues Calcante, ‘el más ilustre de los adivinos,’ que les acompañaban en la travesía, había vaticinado que no conquistarían Troya sin la ayuda de Aquiles.

Entonces Odiseo, a quien no por casualidad llamaban ‘el ingenioso,’ se tiñó de negro la barba y las cejas,

se disfrazó de comerciante, ocultó su cabello bajo una gorra roja de marinero y, con un cayado en la mano y un grueso saco a la espalda, subió al palacio.

Cuando las muchachas oyeron que un comerciante había llegado a palacio, todas salieron corriendo —y, entre ellas, Aquiles, oculto por un velo como las mujeres— para ver qué traía en el saco.

Cada una escogió lo que más le gustaba: una diadema de oro, un collar de ámbar, unos pendientes de turquesa, ‘azules como el cielo,’ una falda bordada de seda escarlata... hasta que del fondo del saco salió una gran espada de bronce<sup>5</sup> con incrustaciones de oro en la empuñadura.

Entonces, una de las muchachas, que, cubierta aún por el velo, se había mantenido apartada, se precipitó sobre el saco y tomó la espada como alguien muy acostumbrado al manejo de esa arma.

El conjuro de su madre se desvaneció, al punto.

—*¡Ésta es para mí!* —dijo el príncipe Aquiles, quitándose el velo.

Los reyes y jefes de la flota lo saludaron y se alegraron de verlo.

Lo despojaron de sus vestidos de muchacha y lo vistieron con la loriga<sup>6</sup> y el manto propios del guerrero que era, con su brillante espada colgada al costado.

Y lo enviaron de vuelta a la corte de su padre para que reclamara las naves y los guerreros que le correspondían por derecho, para así poder añadirlos a la flota.

—*Confiaba en mantenerte a salvo —le dijo su madre, llorando—. Pero ahora te toca a ti elegir.*

*Si te quedas aquí conmigo, vivirás muchos años y serás feliz.*

*Si te marchas con los guerreros, alcanzarás la fama, y ésta durará tanto como las historias que los hombres se cuentan junto al fuego, e incluso hasta el fin de los tiempos.*

*Pero no vivirás para ver los primeros cabellos grises de tu barba, y nunca más regresarás al salón del trono de tu padre.*

—*¡Corta vida y larga fama para mí!* —exclamó entonces Aquiles, levantando la espada.

Así pues, su padre le entregó cincuenta naves con su tripulación, y ordenó a Patroclo que lo acompañara, puesto que era su amigo y compañero de armas.

Y su madre, con lágrimas en los ojos, le vistió la armadura de su padre, glorioso arnés<sup>7</sup> de guerra que Hefesto, ‘el herrero de los dioses,’ le había fabricado.

Y así fue como Aquiles se embarcó para unirse a las naves negras que habían partido rumbo a Troya.



en los bosques y tenían costumbres brutales. Quirón era, en cambio, sabio y de carácter dulce. [N. del Au.]

<sup>4</sup> fondear: 5. intr. Mar. Dicho de una embarcación o de cualquier otro cuerpo flotante: Asegurarse por medio de anclas que se agarren al fondo de las aguas o de grandes pesos que descansen en él. U. t. c. tr. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>5</sup> El bronce se empleaba como material para la construcción de espadas y otras armas en la época micénica, anterior al siglo XII aC. [N. del Au.]

<sup>6</sup> loriga: 1. f. Armadura para proteger el cuerpo, hecha de láminas metálicas pequeñas e imbricadas. 2. f. Armadura del caballo para la guerra. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>7</sup> arnés: 1. m. Armadura o conjunto de piezas defensivas aseguradas con correas y hebillas. Diccionario RAEL [n. del pr.]

### 3 altercado con el Rey Supremo

Los griegos no gozaron de una feliz travesía. Las borrascas batían una y otra vez sus naves, y en más de una ocasión se encontraron con flotas enemigas y hubieron de trabar combate.

Pero al final alcanzaron a divisar la costa bajo la ciudad de Troya.

Entonces se empeñaron en hacer una carrera: los remeros aceleraban el ritmo de la boga,<sup>1</sup> lanzando las naves a toda velocidad y compitiendo por tocar tierra en primer lugar.

La nave del príncipe Protesilao ganó la carrera pero cuando el príncipe saltó a la orilla una flecha que procedía de los defensores le atravesó la garganta y lo hizo desplomarse al borde del agua: fue el primero de los griegos en llegar y el primero también en morir en la larga guerra de Troya.

Los guerreros del príncipe saltaron tras él y pronto hicieron retroceder a los troyanos, escasamente preparados para un ejército enemigo tan numeroso.

Y cuando el sol de aquel día se puso, los griegos eran ya los dueños de las dunas y los cañaverales costeros y de las praderas que bordeaban la extensa llanura que rodea a la ciudad de Troya.

Vararon sus naves y edificaron frente a ellas tiendas y cabañas para vivir, y muy pronto surgió una especie de puerto de mar.

Y en aquel pueblo de matorrales y madera vivieron mientras duró aquella larga guerra.

Nueve veces florecieron y fructificaron los almendros en las rocosas laderas de la ciudad. Nueve veces agostó<sup>2</sup> el verano los arbustos de los túmulos de los antiguos reyes.

Las maderas de algunas naves se pudrieron y las nobles y aguerridas esperanzas que los griegos habían traído consigo se fueron desvaneciendo a causa del cansancio.

Sabían poco de la guerra de asedio.

No intentaron cavar zanjas alrededor de la ciudad, ni vigilar los caminos por los que pudieran llegar suministros y guerreros de países aliados, ni trataron de derribar las puertas o escalar las altas murallas.

Y los troyanos, gobernados por un rey viejo y un consejo de ancianos, permanecían casi todo el tiempo dentro del recinto amurallado, salvo en las contadas ocasiones en que organizaban pequeñas escaramuzas, a pesar de que Héctor, caudillo de su ejército e hijo primogénito del rey, habría asaltado y arrasado el campamento griego si la decisión hubiera dependido de él.

Pero había otras ciudades más pequeñas a lo largo de la costa que eran una presa más fácil; y los hombres de las naves negras las saqueaban, y les robaban el ganado para abastecerse de carne, se llevaban los caballos para engancharlos a los carros que habían construido, y tomaban a sus mujeres más hermosas como esclavas.

En uno de estos saqueos en un extremo lejano de la costa, cuando ya los almendros empezaban a florecer por décima vez, capturaron y se llevaron a su regreso a dos hermosas doncellas: Criseida y Briseida.

Criseida fue entregada a Agamenón, quien, como Rey Supremo, siempre recibía la parte más valiosa del botín, mientras que Briseida fue la recompensa de Aquiles por haber dirigido el saqueo.

El padre de Criseida, que era sacerdote de Apolo, 'el dios del sol,' fue al campamento de los griegos y les suplicó que le devolvieran a su hija, ofreciéndoles a cambio mucho oro.

Pero Agamenón se negó y con graves insultos ordenó al anciano que se marchara.

En apariencia, allí acabó todo.

Pero al poco tiempo las fiebres atacaron el campamento griego.

Muchos fueron los que murieron y el humo de las piras funerarias se elevaba a lo largo de la costa día y noche.

Desesperados, los griegos pidieron al adivino Calcante que averiguara la causa de la desgracia.

Y Calcante observó el vuelo de los pájaros y, tras efectuar unos dibujos sobre la arena, les dijo que Apolo, enojado a causa de la ofensa hecha a su sacerdote, estaba lanzando flechas pestíferas<sup>3</sup> al campamento con su arco de plata.

Y que no lograrían aplacar su ira hasta que la doncella Criseida no fuera devuelta a su padre.

Al escuchar esto, Agamenón montó en cólera y, como los otros caudillos lo presionaban para que liberase a la muchacha, proclamó que si cedía a sus

<sup>1</sup> bogar: 1. intr. Mar. remar (trabajar con el remo).  
Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>2</sup> agostar: 1. tr. Dicho del excesivo calor: Secar o abrasar las plantas. U. t. c. prnl. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>3</sup> pestífero, ra: 1. adj. Que puede ocasionar peste o daño grave. Diccionario RAEL [n. del pr.]



## el profanador de textos

deseos, tomaría a cambio a Briseida de la tienda de Aquiles.

Aquiles, que se había encariñado de Briseida, dijo que desenvainaría su espada y lucharía por ella.

Pero Atenea, 'la de los ojos grises,' que estaba a favor de los griegos porque Afrodita favorecía a Paris y a los troyanos, le dio a entender que nadie debía pelear en contra del Rey Supremo.

Y que toda clase de males, desde la derrota en batalla hasta malas cosechas, habrían de suceder si hacía tal cosa.

A causa de esto, un amargo altercado surgió entre Aquiles y Agamenón, pese a que el sabio Néstor intentó apaciguarlos.

Aquiles, que a pesar de su juventud era el más orgulloso y arrojado de los caudillos griegos, le dijo a Agamenón que era un cobarde y un codicioso que tenía la cara de perro y un corazón de ciervo; luego añadió:

*—Apenas participáis en la batalla, pero tomáis como propias las recompensas de otros hombres cuando el combate ya ha terminado, y les robáis los premios y honores que en justicia les corresponden... y todo por la sola razón de que tenéis poder para hacerlo, pues sois el Rey Supremo.*

*—¡Yo soy, en efecto, el Rey Supremo! — exclamó Agamenón con el rostro ensombrecido como si una nube de tormenta se hubiera detenido sobre él.*

*¡Yo ostento el poder, como dices, y harás bien en no olvidarlo! ¡Como Rey Supremo tengo ese derecho, y más vale que no lo olvides, pues tú no eres más que un príncipe como cualquier otro!*

El altercado se agrió pese a que el sabio Néstor y los demás caudillos hacían cuanto podían para apaciguar los ánimos.

Fue Aquiles quien pronunció las últimas palabras:

*—¡Agamenón, me habéis deshonrado, y ahora juro por todos los dioses que no pelearé por vos nunca jamás!*

*¡Tampoco tomaré parte en esta guerra contra Troya hasta que se me restituya el honor!*

Y Aquiles y sus hombres se retiraron de la reunión del consejo hacia el sector del campamento que ocupaban.

Agamenón, con encendida y callada ira, ordenó que subieran a bordo de una nave a Criseida, acompañada de unas cabezas de ganado para ofrecerlas en sacrificio a Apolo.

Luego ordenó a Odiseo tomar el mando del barco y devolver a la muchacha junto a su padre.

Tan pronto como la nave hubo partido, dio órdenes para que le trajeran a Briseida de las tiendas de Aquiles.

Pero éste ya no opuso más resistencia y mientras se llevaban a la muchacha bañada en un mar de lágrimas permaneció inmóvil como una estatua.

Pero cuando Briseida se hubo marchado, Aquiles se acercó a la fría orilla, se dejó caer junto al agua y dio rienda suelta al llanto.

Su madre, Tetis, 'la de los pies de plata,' escuchó los gritos de su frenético dolor desde su morada en los cristalinos palacios del mar, y emergió de las aguas como una bruma marina sin que nadie, excepto su hijo, pudiera verla.

Y se sentó a su lado y le acarició el pelo y la arqueada espalda.

*—¿Qué dolor tan amargo es éste? —le dijo—  
. Háblame de la pena que anida en tu corazón.*

Así que, sollozando, Aquiles le contó todo, de su aflicción y cólera, y le rogó que fuera a ver a Zeus, 'el tronante dios de dioses,' y le suplicara que le concediera una gran victoria a los troyanos para que el Rey Supremo sintiera la pérdida del mejor de sus caudillos, y se viera así obligado a devolverle la honra y a suplicarle que volviese.

Tetis le prometió que haría lo que le pedía, pero no de inmediato, pues el padre de los dioses se encontraba ausente, ocupado en algún asunto en los confines de su mundo, y había que esperar a que regresara al Olimpo.<sup>4</sup>

Durante doce días, Aquiles estuvo cavilando sobre el agravio de que había sido víctima.

Y Odiseo, tras devolverle a Criseida a su padre con los adecuados sacrificios, oraciones y purificaciones, regresó al fondeadero<sup>5</sup> con la promesa de que Apolo ya no se sentía enemistado con los griegos y de que había levantado la maldición de la plaga.

Pero Briseida siguió llorando en la tienda del Rey Supremo, y Aquiles se sentó junto a sus naves, alimentando su ira como si fuera una rosa roja que crecía en su pecho. ♣

<sup>4</sup> Los dioses griegos no tenían, como puede verse, el don de la ubicuidad: su carácter físico no les permitía estar en todos los sitios a la vez. [N. del Au.]

<sup>5</sup> fondeadero: 1. m. Lugar de profundidad suficiente para que la embarcación pueda fondear. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## 4 combate singular

Cuando llegó el décimo segundo día, Zeus, 'el tronante,' ya estaba de regreso en la alta cumbre del Olimpo, y Tetis acudió a rogarle que concediera una victoria a los troyanos para que el Rey Supremo y todo el ejército griego lamentaran amargamente la ausencia entre sus filas de su hijo Aquiles.

Zeus prometió, aunque de mala gana, que cumpliría su deseo.

El 'padre de los dioses' consideró despacio la manera más conveniente de hacerlo.

Y esa misma noche envió un falso sueño a Agamenón mientras dormía en su cabaña de madera.

En el sueño, el anciano y sabio Néstor le decía al Rey Supremo:

*—¡Oh rey y soberano de reyes, prepara los soldados para la batalla! Porque si atacas Troya mañana mismo, Zeus te promete a ti la victoria, el dolor y la destrucción para el pueblo troyano.*

Al despertar, Agamenón recordó el sueño, y creció en él la esperanza.

Pero a medida que avanzaba el día recordó que los sueños pueden ser falsos.

El cambiante estado de ánimo de Agamenón le hacía dudar siempre de sus decisiones.

De modo que cuando se levantó en lugar de ceñirse la armadura y ordenar a sus heraldos que llamaran a las armas, se puso la túnica y el manto, tomó el cetro de madera de olivo guarnecido de oro, convocó a los reyes y capitanes y les pidió consejo sobre el sueño que acababa de tener.

Agamenón contagió sus dudas a los hombres que le escuchaban, y ya no hubo un ansioso grito de combate, sino tan solo un puñado de hombres que se miraban dubitativos.

Entonces el Rey Supremo sugirió una idea temeraria. Dijo que pondría a prueba el temple del ejército.

Reuniría a sus guerreros y les diría que el asedio ya se había prolongado en exceso y que había llegado el momento de echar las naves al agua y de poner rumbo a Grecia, incendiando el campamento al partir.

Si los guerreros obedecían sus órdenes sin protestar, ya se encargarían sus jefes de hacerles regresar antes de que alcanzaran las naves, y él mismo vería el modo de infundirles nuevos ánimos.

Pero el asedio había durado, en efecto, demasiados años.

Los guerreros habían perdido las ilusiones y añoraban sus hogares, a sus esposas y a sus hijos.

Cuando oyeron lo que Agamenón les propuso se levantaron del mismo modo que se levanta el mar ante el viento del poniente y, con gritos de alegría, se precipitaron hacia las naves, levantando una polvareda tras ellos.

Y sus capitanes se mostraron tan ansiosos por volver a casa como los soldados.

Sólo Odiseo se mantuvo firme, gritando a todos los caudillos que el Rey Supremo tan sólo les había hecho una broma, y que sería una vergüenza abandonar el asedio cuando le habían dedicado tanto tiempo.

Y con el cetro real en la mano, a manera de bastón, como un perro pastor, guió a los guerreros de vuelta al redil.

Regresaron por fin, aunque taciturnos, confusos y sin ánimos.

Sin embargo, sólo uno, jorobado y cojo, llamado Tersites, protestó y dio un paso al frente e inició una maliciosa arenga en la que insultaba a los superiores e incitaba a la tropa a fugarse alegando que no valía la pena seguirles.

Odiseo, al percatarse de que había que silenciarlo cuanto antes y que tenía que cambiar el estado de ánimo de los soldados, lo agarró y le dio un golpe con el cetro haciéndolo sangrar, y Tersites se echó a llorar como un niño.

Odiseo lo tiró al suelo y se rió del aspecto que ofrecía.

Aquellos que se encontraban junto al caudillo griego empezaron a reírse también, y la risa se extendió hasta las más alejadas filas del ejército, donde los hombres no sabían ya por qué se reían.

Recobrados los ánimos, los guerreros alzaron sus armas y aclamaron a Odiseo en cuanto él y Néstor, 'el de blancos cabellos,' les ordenaron disponerse para la batalla en nombre del Rey Supremo.

Así que, compañía a compañía, siguiendo a sus reyes, caudillos y capitanes, los griegos engancharon los caballos a los carros y avanzaron por la llanura como una gran masa sobre ruedas.

## el profanador de textos

Y los troyanos, con la fuerza que les daba el saber que Aquiles se había retirado del combate, salieron en tropel de la ciudad para hacerles frente.

Por primera vez durante los largos años de asedio, los dos ejércitos se encontraron cara a cara.

Ambos ejércitos se detuvieron y se dispusieron en dos líneas de batalla; y de entre la masa troyana salió al terreno que los separaba el mismo Paris, con una piel de pantera moteada sobre los hombros y, en las manos, sendas lanzas con punta de bronce y su gran arco.

Paris lanzó un desafío a las filas griegas:

—¿Hay algún guerrero que se atreva a salir y enfrentarse con él en combate singular?

Menelao, el esposo legítimo de Helena, tan alegre como un león ante su presa, saltó de su carro con su armadura reluciente a la luz del sol.

Y Paris, viendo que venía contra él, sintió que se le encogía el corazón de vergüenza y de temor.

Y con el rostro descompuesto se apresuró a regresar a las líneas del ejército troyano.

Allí se encontró con Héctor, quien le recriminó con desprecio su cobardía y consiguió infundirle algo de valor.

Recuperado el coraje, Paris propuso un trato en regla para acabar de un modo u otro con la guerra: un combate a muerte con Menelao.

—*Helena, engalanada con todas sus joyas, sería devuelta a su primer marido y a su pueblo si él moría en la lucha.*

*Y si él mataba a Menelao, Helena se quedaría con él y con los troyanos; y los griegos regresarían sin ella por las rutas marítimas a las tierras de las que partieron.*

Los griegos accedieron a la propuesta, y, para que el pacto alcanzado fuera aceptable a los ojos de los dioses, Héctor ordenó que trajeran de Troya dos corderos para ofrecerlos en sacrificio.

Entretanto, Paris se puso una armadura prestada, porque no había venido armado para la batalla: peto<sup>1</sup> y grebas<sup>2</sup> relucientes, y un gran casco con una larga cimera<sup>3</sup> de crin de caballo.

Y como el sol caía a plomo, todos los guerreros de los poderosos ejércitos de Grecia y Troya se quitaron las armaduras y se sentaron sobre sus escudos para contemplar cómodamente el espectáculo.

Mientras tanto, Helena, que se hallaba en palacio con las mujeres y tejía un gran manto púrpura en su telar, tuvo noticia del inminente combate entre Paris y su legítimo esposo.

Dejó de tejer, se ciñó un velo en la cabeza y subió al atalaya<sup>4</sup> de la muralla más próxima.

El rey Príamo ya se encontraba allí con algunos de los ancianos, observando a los dos grandes ejércitos enfrentados en la llanura.

Y al verla llegar, los ancianos susurraron entre ellos que no había por qué lamentar todos los males padecidos ni el largo tiempo dedicado a luchar por quedarse con tan hermosa mujer, pero que ahora sería beneficioso para Troya que ella regresara con su primer señor y con su pueblo.

<sup>1</sup> peto: 4. m. Parte de la armadura que cubría y protegía el pecho. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>2</sup> greba: 1. f. Pieza de la armadura antigua que cubría la pierna desde la rodilla hasta el pie. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>3</sup> cimera: 1. f. Parte superior del morrión, que se solía adornar con plumas y otras cosas. — morrión: 2. m. Armadura en forma de casco, que cubría la parte superior de la cabeza y que en lo alto solía tener un plumaje o adorno. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>4</sup> atalaya: 1. f. Torre hecha comúnmente en lugar alto, para registrar desde ella el campo o el mar y dar aviso de lo que se descubre. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Pero Príamo, que siempre se había mostrado muy amable con ella, vio cómo Helena se encogía ante esas palabras, así que le tendió la mano para atraerla hacia sí.

—*Querida hija —le dijo—, no te culpo por todo lo ocurrido. Es la voluntad de los dioses la que ha sembrado el mal entre tu pueblo y el mío.*

Pero Helena se echó a llorar y dijo:

—*Siempre me habéis tratado con cariño, pero ¿desearía haber muerto antes de abandonar a mi dueño y señor y a mi hija, y, como una desvergonzada, atravesar los mares con Paris para traeros tantas desgracias a todos vosotros!*

Se hubiera cubierto la cara y retirado del borde de la atalaya de no ser porque Príamo la retuvo a su lado, preguntándole por este o aquel héroe griego, con el fin de distraerla y que no se mortificara.

Y así estuvieron un buen rato, el uno junto al otro, mirando desde lo alto.

Mientras tanto, en el terreno libre entre los dos ejércitos, se había erigido un improvisado altar.

Sacrificaron los dos corderos y los caudillos de ambos bandos juraron solemnemente respetar el resultado final del combate, sin importar cuál fuese.

A continuación delimitaron una zona cuadrada para el combate y, mientras los dos contendientes permanecían uno frente al otro, dos tablillas marcadas una para Paris y la otra para Menelao, fueron introducidas en un casco, y Héctor las revolvió para decidir quién debía arrojar la primera lanza.

La suerte favoreció a Paris, y cuantos se hallaban cerca dieron un profundo suspiro.

—*¡Paris! ¡A Paris le toca lanzar primero!*

## el profanador de textos

Paris echó atrás su lanza y la arrojó con fuerza, pero la punta se quebró sobre el escudo de Menelao y cayó al suelo.

Entonces Menelao clamó con potente voz al padre de los dioses:

—¡Gran Zeus! ¡Concédeme justa venganza de ese hombre que me hizo una ofensa tan abominable, él, que comió en mi mesa y durmió bajo mi techo!

Y arrojó su lanza con toda la fuerza que le proporcionaba el agravio de que había sido víctima.

La punta de la lanza atravesó limpiamente el escudo y el peto de Paris y desgarró el bello tejido de su túnica, pero no le hizo más que un leve rasguño en la piel, pues el troyano se echó a un lado justo a tiempo.

Con un rugido furioso, Menelao se abalanzó sobre Paris con su gran espada en alto.

Pero la hoja, al cortar la cresta de bronce del casco, saltó en cuatro pedazos que se esparcieron relucientes y destellantes bajo el sol.

Menelao arrojó a un lado la inútil empuñadura y se lanzó sobre Paris como una pantera sobre su presa, lo tomó por el penacho del casco y lo arrastró hacia las líneas griegas.

Pero Afrodita hizo que se rompiera la correa del casco de Paris, por lo que Menelao se encontró de repente con el gran casco vacío en sus manos.

Dio media vuelta y lo arrojó en medio de sus guerreros, pero cuando volvió para acabar con su enemigo, al príncipe troyano no se lo veía por ningún lado.

Afrodita lo había cubierto con un manto de invisibilidad y se lo había llevado sano y salvo hasta su casa en el palacio de Príamo.

Mientras Menelao andaba de un lado a otro buscando enfurecido a su enemigo, los guerreros del ejército griego celebraban la victoria.

Pues de acuerdo con el pacto entre ellos y los troyanos, ahora recuperarían a Helena y podrían echar sus naves al agua con ella a bordo, y poner rumbo por fin a sus hogares.

Helena, tomada de la mano del viejo rey y todavía observándolo todo desde la torre Escea, pensó lo mismo.

Pero Afrodita se le apareció, aunque nadie más la vio, pues sólo una leve turbación del aire delataba su presencia, y le dijo:

—Ven, regresa ahora a tu casa. Paris, tu señor, se encuentra en los aposentos reales y te reclama.

—Paris ya no es mi señor. Eso se ha acabado; y ya no me reuniré con él por mucho que me reclame —contestó Helena.

Pero a nadie le es dado rechazar a Afrodita, ‘la diosa del amor,’ con esa facilidad; y su ceño se ensombreció, pese a toda su belleza.

—Has hablado con orgullo. Pero cuidate de que el amor que hasta ahora te he demostrado no se convierta en odio.

No me sería difícil conseguir que los corazones de los griegos y de los troyanos se volvieran contra ti, y entonces perecerías de una muerte mucho más cruel que la que has implorado para ti.

Helena se asustó, se echó el velo sobre el rostro y siguió a la diosa de regreso a su casa.

En los aposentos reales, Paris se encontraba sentado al borde de la cama, desarmado y con más

apariencia de haber venido de un baile que de un combate, a no ser por el moretón que le había hecho en el cuello la correa del casco.

Y de pie ante él, furiosa y resentida, Helena le dijo:

—Así que has huido del campo de batalla. Escucha ahora mi saludo: ¡Ojalá hubieras muerto entre los dos ejércitos a manos de mi legítimo dueño y señor, que es un hombre mucho más noble de lo que tú serás nunca!

Paris se puso de pie y empuñó sus armas.

—Amada mía, esas son palabras muy duras para un hombre que acaba de regresar del combate.

Ya habrá otras ocasiones para que Menelao y yo nos enfrentemos.

Pero, mientras tanto, no olvides el amor que te he entregado a lo largo de todos estos años.

—¡No olvides tú el pacto jurado que hace que ahora sea esposa de Menelao otra vez, y deje de serlo tuya!

Helena se dio la vuelta con la intención de marcharse, Pero Afrodita sabía que si Helena, ‘la de las bellas mejillas,’ regresaba con su pueblo, la larga guerra habría acabado y Troya sería la perdedora.

La promesa que le hizo a Paris se la llevaría el viento y, a los ojos de todos los dioses, ella quedaría como una necia y habría de tolerar las burlas de Hera y Atenea.

Así que lanzó un conjuro sobre Helena para que viera a Paris de pie y con los brazos extendidos, tal y como lo había visto hacía diez años entre los olivares de Esparta, esperando con su barco en el puerto.

Y Helena, aunque estaba resentida, no pudo evitar caer en brazos de Paris otra vez y permanecer junto a él en los aposentos reales de Troya. ♣

## 5 las troyanas

La guerra pudo haber terminado aquel día, pues la tregua estaba aún en vigor y daba un respiro en el que se podía haber negociado la paz.

Pero Atenea, partidaria de los griegos, decidió que la tregua tenía que romperse.

Le metió en la cabeza a Pándaro, uno de los príncipes aliados de Troya, que sería una acción admirable y valerosa matar a Menelao y acabar así con uno de los principales caudillos griegos.

De manera que Pándaro colocó una flecha en su gran arco de cuerno, lo tensó y disparó.

La flecha salió vibrando para clavarse en el peto del rey, y derramó su roja sangre.

Cuando Agamenón supo que habían herido a su hermano, declaró que si Menelao moría, el ejército se desanimaría y regresaría a casa, y los troyanos bailarían gozosos sobre su tumba.

Menelao lo calmó como si Agamenón fuera un caballo espantado:

*—No asustes a nuestro ejército, hermano.  
¿Ves? La herida no es profunda. La flecha saldrá  
sin ocasionar mucho daño.*

Y así fue, ya que Macaón, el médico del ejército griego, logró sacarle la punta.

Sin embargo, la tregua no se había respetado, y los hombres volvieron a ponerse las armaduras, y las trompetas tocaban ya a batalla: la primera batalla en regla en todos aquellos largos años de guerra.

Las dos formidables formaciones de guerra se aproximaron; los troyanos y sus aliados, ruidosos como una bandada de gaviotas, gritaban en sus diferentes idiomas; los griegos avanzaban en un tenebroso silencio de muerte.

Ambos ejércitos cargaron, escudo contra escudo, como cuando los torrentes de la montaña chocan entre sí y hacen que su estrépito resuene entre los peñascos.

Las líneas de batalla oscilaban por las mutuas acometidas, y los largos escuadrones comenzaron a dividirse formando remolinos y reflujos, como los que forman los torrentes al confluir.

Y cada remolino constituía una diminuta batalla en la que los hombres peleaban encarnizadamente, a pie o desde los carros.

Y cuando un hombre caía, la pelea se entablaba a su alrededor, porque el enemigo se esforzaba por arrastrar su cuerpo a un lado y robarle la armadura que ya les pertenecía por derecho de conquista, mientras que sus compañeros protegían su cuerpo, luchando sin desmayo para evitarle la deshonra.

El polvo les envolvía hasta tal punto que los emblanquecidos y resecos ejércitos se sentían morir de sed; y los hombres sucumbían ante la lluvia de flechas y piedras que les arrojaban de todas partes.

En medio de toda esa confusión, Diomedes, 'el del poderoso grito de guerra,' ebrio por el fragor de la batalla, iba y venía furioso por la llanura, dejando hombres muertos tras de sí como un río desbordado deja en las márgenes las ramas arrancadas a los árboles.



## el profanador de textos

Al verlo acercarse, Pándaro le disparó una de sus flechas envenenadas y lo hirió en el hombro, pero no consiguió hacerle más daño que a Menelao.

Diomedes pidió que le extrajeran la punta de la flecha y volvió raudo sobre Pándaro con una poderosa lanza que lo alcanzó de lleno en el rostro, lo hizo caer de espaldas contra el polvo y lo sumió en la sombra.

Mientras tanto, Héctor, acompañado de Sarpedón, ‘señor de los licios,’<sup>1</sup> hacía retroceder a los griegos hacia sus naves hasta que Odiseo y Diomedes lograron a su vez rechazarlos.

Pero a medida que el rojo día declinaba, la batalla comenzó a inclinarse cada vez más a favor de los griegos y en contra de los troyanos y sus aliados, hasta que al fin los soldados troyanos se encontraron luchando desesperadamente a las puertas de su ciudad.

En ese momento, el más ilustre de los adivinos<sup>2</sup> de Troya se acercó a Héctor, que se hallaba en el sangrante corazón de la batalla, y le conminó a dejar el mando a Eneas y presentarse en la ciudad ante su madre, la reina.

*—Pídele que reúna a sus mujeres —le dijo el adivino— y que elija la más bella y preciada de sus túnicas enjoyadas; que acudan entonces ante el templo de Atenea y, tras extender la túnica sobre las rodillas de la estatua sagrada, que le prometan sacrificar diez vacas si deja de*

<sup>1</sup> Los licios, pueblo situado en la costa sur del Asia Menor, eran aliados de Troya. Ver ‘escenario de la guerra de Troya.’ [N. del Au.]

<sup>2</sup> Los ‘aurúspices’ y los adivinos, en ambos bandos, eran considerados intérpretes de los dioses y gozaban de respeto y prestigio; eran obedecidos por los jefes y se les consultaba antes de iniciar cualquier empresa. [N. del Au.]

*favorecer a los griegos y se muestra piadosa con el pueblo de Troya, que también le rinde culto.*

De modo que, muy a su pesar, Héctor dejó el mando a Eneas y se retiró hacia las puertas de la ciudad.

Y mientras caminaba, el borde de su enorme escudo de piel de buey le iba golpeando a cada paso los talones y la nuca, como si le incitara a apresurar el paso.

Una vez en la ciudad, se dirigió al palacio real de su padre, el rey Príamo, en lo alto de la ciudadela.

Su madre lo recibió en una de las puertas con una copa rebosante de vino en las manos y le indicó que la bebiera y la presentara en ofrenda a los dioses.

Pero Héctor le dijo dulcemente:

*—No, madre; vengo sucio del campo de batalla, con las manos demasiado ensangrentadas como para presentar ofrenda alguna a los dioses.*

Te traigo un mensaje de uno de los que indagan en lo oscuro, y, cuando te lo haya dado, debo regresar a la lucha sin tardanza.

Y después de transmitirle las palabras del adivino, pidió permiso para irse y se marchó.

Pero no regresó de inmediato a la batalla.

Primero cruzó los patios del palacio y se encaminó hasta la casa que su padre, el rey, había construido para su hermano Paris, con el propósito de intercambiar unas palabras de cortesía con Helena.

Una vez en la cámara real, encontró a su hermano sacándole brillo a la armadura y jugando con su gran arco.

Parecía una muchachita que se engalana para ir a una fiesta, en vez de un guerrero que se arma para el combate.

En el otro extremo de la habitación, Helena trabajaba con sus doncellas en un rico tapiz en el telar. Se encontraba de espaldas y el aire de la estancia hervía de ira.

Desde la puerta, Héctor se dirigió a su hermano:

*—¡A los pies de las murallas los hombres mueren a causa del mal que trajiste hace diez años!*

*¡Levántate y deja de tratar tus armas como si fueran juguetes! ¡Ponte la armadura y únete a ellos!*

Paris le sonrió con aquella sonrisa que aplacaba la ira de los hombres, y, poniéndose de pie, echó mano a su peto.

*—Hermano, hay justicia en tus ásperas palabras. Pero no es la cobardía lo que me retiene aquí, sino el dolor que siento por mi indigna acción.*

*Sin embargo, ya me he repuesto y estoy ansioso por unirme a mis compañeros de armas.*

*Todo lo que me recriminas ya me lo ha echado en cara Helena, y, casualmente, me has encontrado en el preciso momento en el que iba a ponerme la armadura para el combate.*

Helena le replicó sin ni tan siquiera volverse:

*—Si los dioses fueran más bondadosos, no me encontraría unida a alguien a quien su mujer debe apremiar para que vaya a la guerra.*

Y a continuación se levantó, retiró las lanas de colores de la banqueta que tenía al lado y le pidió a Héctor que se sentara un momento.

## el profanador de textos

—Ahora debo ir a despedirme de mi mujer y apenas dispongo de tiempo —replicó Héctor—.

Haz que tu hombre se vista y se prepare para la acción, y quizás me alcance antes de que salga de la ciudad.

Y se fue hacia su casa a toda prisa.

Pero Andrómaca, su mujer, no se encontraba allí.

Sus doncellas le comunicaron que al tener noticia de que los troyanos estaban cediendo terreno y de que la victoria estaba al alcance de los griegos había echado a correr desesperada hacia las puertas Esceas, acompañada por su hijo.

Y Héctor la encontró en lo alto de la torre con Astianacte en brazos de la niñera.

Andrómaca se le acercó corriendo y lo tomó de la mano, llorando y rogándole que no volviera a la batalla:

—¡Si vuelves, encontrarás la muerte y ya nunca más regresarás con nosotros!

—Es probable —le contestó Héctor—: esa es la razón por la que he venido a despedirme.

Y entonces Andrómaca lloró todavía más desconsoladamente.

—Ya no tengo padre ni madre, y mis siete hermanos descendieron todos al tenebroso reino de Hades el mismo día.

Tú has sido padre, madre y hermano para mí, además de mi querido esposo; ¿acaso debo perderlos ahora a todos? ¡Apíadate de mí y de nuestro hijo! Ya has luchado bastante. ¡Quédate con nosotros!

Héctor negó con la cabeza, y la gran cimera de crin de caballo se balanceaba a uno y otro lado por encima de las almenas.

—No puedo quedarme contigo porque mi destino ya está escrito. No es que no te quiera lo suficiente... no, eso nunca; es que tengo la corazonada de que está próxima la hora en que Troya será reducida a cenizas y, con ella, el pueblo de mi padre.

Pero el dolor que siento por esa tragedia no es comparable al dolor que siento por ti, que, cuando llegue ese día, te conducirán cautiva a la casa de alguna mujer extranjera y te obligarán a tejer en telar ajeno y a transportar agua de pozo extraño.

Ojalá yo esté ya muerto para entonces y la tierra me cubra y no pueda ver cómo se te llevan.

Se acercó a tomar a su hijo en brazos, pero el niño se echó para atrás, asustado por el gran casco de bronce y la cimera de crin de caballo.

Héctor se rió y Andrómaca también, a pesar de su dolor.

Se quitó el aterrador casco y lo dejó sobre el suelo.

Astianacte se le acercó alegre. Héctor le acarició los bracitos y lo besó, y suplicó en voz alta a los dioses por el futuro del muchacho.

Se lo devolvió a Andrómaca, y abrazó fuertemente a madre e hijo como si quisiera retenerlos.

—Amada mía, deja de llorar. Vuelve con tus doncellas a hacer vuestras tareas. La guerra es cosa de hombres.

Y dicho esto, retomó su casco y se marchó. ♣

## 6 la embajada del Rey Supremo

Paris se reunió con su hermano y juntos salieron por las puertas Esceas como si nada hubiera ocurrido entre ellos y se arrojaron de nuevo al combate.

Con su llegada, los troyanos cobraron nuevos ánimos y se recuperaron.

Una vez más, la batalla se alejaba de las murallas de Troya, haciendo retroceder a los griegos casi hasta las mismas naves negras.

Y fue tan grande la matanza que los troyanos provocaron entre los griegos que Atenea, al ver la carnicería desde las alturas del Olimpo, no hizo el menor caso a la túnica decorada con piedras preciosas que le acababan de ofender sobre las rodillas de su estatua en el gran templo de Troya, y decidió poner fin a la lucha por lo que restaba del día.

Para ello hizo brotar en la mente de Héctor la idea de que, antes de que se pusiera el sol, debía entablar un duelo a muerte semejante al que su hermano Paris había protagonizado al empezar el día; no obstante, el resultado debía ser ahora menos confuso.

De manera que convocó a todos sus hombres y envió mensajeros a Agamenón.

Cuando ambas partes se sentaron de nuevo en el suelo, Héctor los desafió a grandes voces, instándo-

les a que escogieran al combatiente que estimasen oportuno para enfrentarse a él.

Menelao se apresuró a aceptar el segundo desafío del día.

Pero el Rey Supremo no tenía intención de permitirlo, pues ya sabía que su hermano no tenía posibilidad alguna frente al poderoso Héctor.

Así que lo echaron a suertes una vez más, y en esta ocasión le tocó a Áyax de Salamina, 'el más alto y fuerte' de todo el ejército griego.

Por segunda vez en un día marcaron sobre el suelo el cuadrilátero de combate y hacia allí se dirigió Áyax al encuentro de Héctor, resplandeciente como el dios de la guerra en persona, con su gran escudo de siete pieles de buey prensadas bajo una capa de bronce.

Los dos guerreros se insultaron como es la costumbre de los campeones antes de trabar combate y, de inmediato, echaron mano a las lanzas.

Héctor fue el primero en arrojar su lanza, que atravesó el escudo de bronce y seis de sus siete pieles de buey.

Áyax lanzó entonces su lanza y la punta atravesó el escudo y el peto de su oponente, aunque no le produjo herida alguna, pues Héctor se había apartado justo a tiempo.

Al instante, los dos arrancaron las lanzas de los escudos y se arrojaron uno sobre el otro para acometerse con las lanzas recortadas.

La de Áyax alcanzó a Héctor en el cuello, y al troyano empezó a brotarle la oscura sangre.

La de Héctor resonó en el centro del escudo de Áyax y su punta se dobló.

Héctor arrojó de sí la lanza y, tras tomar un pedrusco negro y rugoso, se lo estrelló a Áyax contra el escudo; pero Áyax se echó atrás y, alzando una pie-

dra aún más grande, se la arrojó a Héctor con todas sus fuerzas y lo hizo caer de espaldas, aplastándolo con su propio escudo.

A Héctor se le nubló la vista y todo empezó a darle vueltas, pero se puso de pie, sofocado y jadeante, mientras echaba mano a la espada.

Ayax había desenvainado la suya y, pocos instantes después, los dos héroes habrían luchado encarnizadamente a no ser porque los heraldos<sup>1</sup> de los dos ejércitos se les acercaron a toda prisa, se interpusieron con sus bastones y les ordenaron detener la lucha, pues ambos habían demostrado que eran dignos contendientes, y la noche caía.

Héctor, apoyado sobre su espada y con el sol poniente en los ojos, obedeció la orden.

*—Basta por hoy. Continuaremos el combate hasta que los dioses le concedan la victoria a uno de los dos. Pero ahora el día termina y es bueno dar paso a la noche.*

*—Me complace hacer lo que dices —replicó Áyax, y ambos se miraron sin resentimiento.*

*—Quizás no nos volvamos a encontrar en la batalla —dijo Héctor—. Separémonos, pues, con un intercambio de regalos. Que la gente que nos recuerde en tiempos venideros diga: 'Ésos que pelearon como enemigos se separaron unidos por la amistad.'*

Héctor le dio a Áyax una espada con la empuñadura labrada en plata, y Áyax le correspondió con un vistoso portaespadas teñido de púrpura.

<sup>1</sup> heraldo: 1. m. mensajero ( persona que lleva un mensaje). 2. m. Aquello que anuncia algo que va a suceder. El heraldo de la muerte, de la paz. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Y, a continuación, cada uno de ellos se volvió con los de su bando.

Y la noche llegó filtrándose por entre los antiguos túmulos<sup>2</sup> funerarios y las matas y arbustos.

Al día siguiente pactaron una tregua entre ambos ejércitos para que griegos y troyanos pudieran recoger y quemar a sus muertos en grandes piras, y durante la noche y al día siguiente, los griegos construyeron, por la línea más vulnerable del campamento, un muro de tierra y estacas protegido por un ancho y profundo foso, a fin de que ningún carro pudiera atravesarlo, y con unas gruesas puertas que giraban sobre sendas torres con lugar para los arqueros.

Nada más alborar el día, se reanudó el combate, que no cedió durante toda aquella jornada agotadora y cruel.

A Héctor le mataron a dos de sus aurigas<sup>3</sup> y por dos veces hubo de buscar otros conductores para sus briosos corceles.

En una ocasión Diomedes condujo el asalto hasta las mismas puertas de Troya. Pero, al ver semejante acometida, Zeus, 'señor de todos los dioses,' convocó sus nubes de tormenta para que descargaran rayos y truenos justo delante de los caballos al galope de Diomedes.

Los fogonazos y el hedor a azufre quemado espantaron a los animales y sembraron la confusión entre los que iban detrás, con lo que se amortiguó la fuerza de la carga.

<sup>2</sup> túmulo: 1. m. Sepulcro levantado de la tierra. 3. m. Montecillo artificial con que en algunos pueblos antiguos era costumbre cubrir una sepultura. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>3</sup> auriga: 1. m. Hombre que en las antiguas Grecia y Roma gobernaba los caballos de los carros en las batallas y carreras de circo. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Al acabar el día, los griegos se habían refugiado de nuevo tras el muro, y otra vez tenían el corazón atenuado por la desesperación.

Esa noche, por primera vez, los troyanos no buscaron refugio en sus murallas; desengancharon a los caballos de las varas,<sup>4</sup> los ataron con cuerdas y mandaron a buscar vino y comida a la ciudad.

Encendieron grandes fogatas en la llanura, tantas como estrellas hay en el cielo, y los hombres, alrededor del fuego, en grupos de cincuenta, se acomodaron para beber, comer y escuchar la música de las flautas.

Entretanto, los caballos comían forraje de cebada. Y allí siguieron hasta que amaneció, seguros de que con la llegada del sol alcanzarían la victoria final.

En el campamento griego, mientras tanto, Agamenón, completamente abatido, convocó a todos sus caudillos a una reunión.

Les dijo con gravedad que desde que Zeus, 'el tronante,' les había vuelto la espalda, no veía otra salida que quemar el campamento, hacerse a la mar bajo el manto protector de la noche, y partir rumbo a su tierra, olvidando para siempre a Helena y la conquista de Troya.

Pero Diomedes se levantó y dijo en voz alta para que lo escuchara todo el campamento:

—¡Dejemos que el Rey Supremo ponga rumbo a casa si no tiene el coraje suficiente para quedarse aquí! ¡Los demás nos quedaremos hasta que tomemos la ciudad de Troya!

La primera vez que el Rey Supremo les habló de levantar el asedio, los soldados tenían la sangre fría y

el ánimo abatido; pero ahora el amargo fulgor de la batalla resplandecía en su interior, y eso lo cambiaba todo.

No estaban dispuestos a marcharse sin vengar a los camaradas que habían muerto en combate.

Y los guerreros proclamaron a gritos que estaban con Diomedes y que continuarían peleando hasta que se cumpliera el propósito que les había llevado ante los muros de Troya.

Y el anciano rey Néstor, el más sabio del consejo, se puso de pie en medio de todos y dijo que había llegado la hora de hacer lo imposible para conseguir que Aquiles volviera a pelear en sus filas: que Agamenón, 'el Rey Supremo,' enviara una embajada a los aposentos de Aquiles, con la promesa de devolverle a Briseida y colmarle de ricos regalos de oro y caballos, y que le pidiera perdón por las ofensas del pasado.

—Porque —añadió el anciano— si regresa a nuestras filas, los troyanos, cuando se enteren, se desmoralizarán antes incluso de que Aquiles monte en su carro, y nosotros les haremos retroceder hasta el interior de sus murallas y los tendremos acorralados como en el pasado.

O mejor aún, los rodearemos y segaremos sus vidas como los hombres siegan un campo de trigo, de manera que nunca más podrán refugiarse en su ciudad.

Agamenón apretujó su negra barba y frunció el entrecejo.

Pero, finalmente, admitió la sabiduría de las palabras de Néstor.

Y de esta manera, Odiseo y Áyax, que se contaban entre los mejores amigos de Aquiles, y el viejo y sabio Fénix, que había sido su tutor antes de que

lo enviaran con Quirón a las montañas de Tesalia, partieron hacia el extremo más alejado del campamento, donde se encontraban varados los barcos negros de Aquiles.

Y allí le encontraron, sentado a la entrada de su tienda, tocando ociosamente una lira de plata; cerca de él, Patroclo bruñía su casco y se deleitaba con la música de Aquiles.

Aquiles, atónito, se puso de pie para dar la bienvenida a los mensajeros nada más verlos llegar.

Le pidió a Patroclo que trajera comida y vino, y se dispusieron a celebrar el reencuentro como si nada hubiera ocurrido.

Cuando acabó el banquete, Odiseo, en nombre de todos los demás, le explicó la razón de su venida: traían la humilde súplica de perdón del Rey Supremo por la injusticia cometida con él, y la promesa de devolverle a Briseida y entregarle ricos presentes de oro, caballos, esclavos, muchas tierras y hasta a su propia hija en matrimonio cuando regresaran a sus países de origen.

Todo eso a cambio de que Aquiles reprimiera su cólera y ocupara el lugar que le correspondía en el cuerpo de ejército.

Patroclo, que se encontraba muy cerca, lo escuchó todo con la esperanza reflejada en el rostro.

Pero Aquiles había alimentado su cólera durante tanto tiempo y había dejado que le penetrara tan profundamente que no era capaz de apaciguarla, por más que lo pretendiera.

Cuando Odiseo acabó su parlamento, Aquiles dijo tan solo:

—Muy generosas son las promesas del Rey Supremo. Pero ¿qué motivos me ha dado para confiar en ellas? ¿Por qué he de arriesgar mi

<sup>4</sup> vara: 9. f. Cada una de las dos piezas de madera que se afirman en los largueros de la escalera del carro y entre las cuales se engancha la caballería. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

*vida, la única que tengo, y que me es tan preciada? ¡Prefiero echar los barcos al agua y poner rumbo a casa con la primera marea antes que seguir a un rey como ése! —y le dio una patada a un tronco de pino que chisporroteaba en la fogata—. No me interesan sus regalos y, cuando llegue la hora, yo mismo elegiré a la mujer que desee por esposa.*

Entonces, Fénix dijo en voz alta y a punto de llorar:

*—Cuando eras niño, intenté enseñarte a dominar tu ira y a perdonar cuando llega el momento de la clemencia. Hasta ahora, con las heridas de la afrenta todavía sin restañar, era natural que te dejaras llevar por la ira porque tu honor así lo exigía.*

*»Pero ahora el Rey Supremo está dispuesto a darte cumplida satisfacción y que suplica tu perdón y te envía palabras de paz a través de tus mejores amigos, es hora de arrinconar tu ira y de regresar junto a tus camaradas, que tanto te necesitan.*

Y Ajax añadió (quizás hubiera sido mejor que se hubiera mantenido callado) que todo era por culpa de una muchacha y que no comprendía su inquina cuando el Rey Supremo estaba dispuesto a devolverle y a hacerle valiosos regalos.

Y Aquiles les dijo:

*—¡Ajax, Odiseo, Fénix, amigos míos!  
¡Regresad con Agamenón y decidle que no lucharé hasta que el gran Héctor haya arrasado con su ejército todo lo que encuentre a su paso hasta la proa de mis navíos negros!*

*Entonces, y sólo entonces, pondré mis lanzas en acción.*

Y éstas fueron sus últimas palabras. Fracasado su cometido, la embajada regresó entonces hasta los aposentos de Agamenón, el Rey Supremo. ♣

## 7 los caballos del rey Reso

Ninguno de los caudillos griegos durmió aquella noche.

Agamenón, demasiado inquieto como para quedarse en sus aposentos, se echó encima la manta de piel de león de su lecho y salió a buscar al viejo y prudente Néstor.

Pero fue a Menelao al que encontró algo más allá del lugar donde se hallaban varadas las naves, pues también él había salido por el mismo motivo, y ambos se quedaron contemplando el llano y las fogatas del ejército de Troya.

*—Sería— buena idea —dijo Menelao al fin— que alguno de nuestros hombres, falto de sueño como nosotros, se acercara sigiloso al campamento troyano y escuchara lo que están maquinando para que así pudiéramos saber qué es lo que nos espera al salir el sol.*

Al Rey Supremo le pareció una idea muy acertada.

*—Es, en verdad, una buena idea, hermano, y vamos a ponerla en práctica, aunque primero habrá que someterla al consejo.*



## el profanador de textos

De modo que fueron a despertar al anciano y sabio Néstor y a los demás caudillos que, sin perder tiempo en ponerse la armadura, se echaron encima las mantas de piel del lecho y salieron a la reunión del consejo.

Primero comprobaron si los jóvenes guerreros que vigilaban las naves seguían despiertos y, como así era, en efecto, cruzaron el foso y empezaron a discutir el plan teniendo a la vista la luz de las fogatas troyanas.

Néstor empezó diciendo:

*—Que uno de nuestros jóvenes guerreros se acerque en la oscuridad al campamento troyano y capture a algún enemigo rezagado para someterlo a interrogatorio y, si ello no es posible, que intente al menos espiar lo que deliberan, de manera que podamos saber si piensan quedarse donde están y atacarnos al amanecer, o más bien se inclinan por regresar a la ciudad, ahora que les debe parecer que nos han infligido una severa derrota.*

Diomedes se había puesto de pie antes de que el anciano terminara su parlamento.

*—Ésa es una misión para dos. Yo me ofrezco voluntario, si puedo elegir a mi compañero.*

*—Elige, entonces —le dijeron reyes y capitanes.*

Y eligió a Odiseo. Éste tardó un instante en reaccionar.

*—Lo mejor será —dijo, poniéndose de pie— que nos pongamos en camino, porque la noche ya está avanzada.*

Como habían acudido sin armas a la llamada del Rey Supremo, tuvieron que tomar prestadas las armas de los guerreros de guardia y sus cascos de cuero, más apropiados que los de bronce, pues éstos hubieran reflejado la luz de las fogatas; y de esa manera se pusieron en camino como leones al acecho de la pieza, amparados por la oscuridad y rodeados de cadáveres.

En el campamento troyano se celebraba al mismo tiempo un consejo de capitanes, en el transcurso del cual Héctor pidió un voluntario para que penetrara en el campamento griego y averiguara si mantenían la vigilancia habitual, para ver si era posible sorprender a los centinelas durmiendo en un ataque al alba.

A quien se acercara a espiarlos y regresara con la información, Héctor le prometía los dos mejores caballos del enemigo.

Había entre los troyanos un joven llamado Dolón, tan feo como estúpido, aunque muy ligero de pies, que sentía verdadera pasión por los caballos. Así que dijo en voz alta:

*—Concédeme, gran Héctor, los caballos del carro de Aquiles, y penetraré en el campamento griego hasta la tienda misma de Agamenón, y sabrás por mí cuanto precisas saber.*

Y con el arco y una piel de lobo sobre los hombros, marchó encorvado hacia el campamento del enemigo.

Pero Diomedes y Odiseo, en su propia misión de espionaje, lo vieron acercarse y, adivinando sus intenciones, se ocultaron entre los muertos aún calientes del último combate y lo dejaron pasar. Después lo siguieron como perros de caza tras una liebre. Dolón notó el ruido de sus pisadas y aceleró el paso, pero no lograba dejarlos atrás ni tampoco

podía regresar con los suyos porque se le habían interpuesto y cerrado el paso.

Cuando Diomedes y Odiseo atraparon por fin a Dolón justo delante de los barcos y lo inmovilizaron, el miedo hacía que le castañetearan los dientes. Se echó a llorar y les suplicó que no lo mataran porque su padre era rico y podía ofrecerles mucho oro como rescate.

*—Antes de negociar el rescate, dinos qué estás haciendo aquí tan lejos de tu campamento y tan cerca del nuestro —le dijo Odiseo.*

Y Dolón le contó la promesa que Héctor le había hecho de premiarle con los caballos del carro de Aquiles como pago por espiar a los griegos.

*—¡Mucho ambicionas! —dijo Odiseo sonriendo en la oscuridad—.*

Los caballos de Aquiles no son de raza mortal, y nadie, excepto Aquiles o el hombre que él designe, puede dirigirlos.

A pesar de todo, ha sido una suerte que nos hayamos encontrado aquí, pues ahora nos dirás si los troyanos piensan seguir acampados en la llanura con la intención de atacarnos al amanecer, o si su propósito es regresar a la ciudad, ahora que parece que llevan la mejor parte.

*—¿Dónde se apostan vuestros centinelas?  
¿Dónde duerme Héctor esta noche? ¿Dónde están sus caballos?*

Y es que Odiseo había empezado a urdir (por algo su abuelo Autólico había sido un famoso y consumado ladrón, y él había heredado su habilidad) un ventajoso plan: robar los mejores caballos del ejército troyano.

## el profanador de textos

Con la esperanza de salvar el pellejo, Dolón contó todo cuanto Odiseo deseaba saber: que Héctor no dormía en aquel momento, sino que estaba reunido con el consejo; que los troyanos mantenían los centinelas en estado de alerta, ya que sus familias se encontraban en la ciudad; pero que los aliados, al tener a salvo a sus mujeres e hijos en su tierra, no eran tan precavidos como ellos; y que si se decidía o no un ataque, dependía de lo que él, Dolón, informara tras su misión de reconocimiento.

*—Pero si lo que quieres son caballos —añadió—, los mejores y más nobles de todo el campamento son los de Reso, rey de las tracias, que acaba de unirse a nosotros hoy mismo.*

Se encuentran en el extremo este de nuestro campamento. Son grandes, veloces como el viento, blancos como los cisnes, y junto a ellos está su hermoso carro con guardas de oro y plata, digno de los dioses.

*Entonces empezó a llorar y a rogar por su vida. Pero Diomedes le dijo: —¿Quieres que te dejemos escapar para que vuelvas a espiarnos otra vez?*

Y le asestó semejante golpe seco con la espada que la cabeza de Dolón rodó por el suelo cuando aún estaba suplicándoles.

*—Ya hemos acabado con el espía —dijo Odiseo—. Ahora, vayamos por los caballos del rey de Tracia.*

Rápidamente cubrieron el cuerpo del espía con juncos y ramas verdes, le quitaron el arco y el casco de piel de comadreja y los colocaron sobre una mata

cercana, a manera de señal con la que encontrar el camino de regreso.

Cuando llegaron al campamento de los de Tracia no encontraron ningún centinela.

Todos los guerreros estaban profundamente dormidos y, en medio de ellos, el rey Reso descansaba junto a su carro, rodeado de los doce miembros de su guardia personal.

Diomedes mató al rey y a sus doce acompañantes con suma rapidez y sin hacer el menor ruido que pudiera alertar al resto del campamento.

Odiseo arrastró los cadáveres a un lado para dejar paso a los caballos del rey, de manera que no se asustaran ante tamaña carnicería, pues probablemente no habían intervenido aún en batalla alguna.

Les quitaron los correajes que los enganchaban a las varas del carro de marfil, pero no se entretuvieron en llevarse también el magnífico carro, pues ya se estaba haciendo de día y el campamento comenzaba a despertar.

De un salto subieron a las grupas de los caballos y partieron al galope, dejando atrás a los tracias muertos o dormidos, y se dirigieron hacia su campamento, no sin antes retomar las armas y el casco de piel de comadreja del desdichado Dolón.

El recibimiento que les dispensaron reyes y caudillos fue apoteósico, y extraordinario el júbilo que manifestaron ante el relato de su escaramuza.

Con el rey Reso muerto, era seguro que los tracias regresarían a su patria y el ejército troyano perdería el refuerzo de miles de guerreros de refresco.

Diomedes ató los caballos junto a los suyos y les dio de comer el mismo trigo dulce al que estaban acostumbrados.

Mientras tanto, Odiseo colocó el casco ensangrentado y las armas de Dolón en la popa de su barco, como ofrenda a la diosa Atenea.

Y cuando su misión hubo concluido, los dos contrincantes se metieron en las aguas del mar y se lavaron la sangre y el sudor.

Después, volvieron a bañarse en pulidas bañeras de agua caliente que los esclavos les habían preparado hasta que se sintieron del todo limpios.

Luego dieron buena cuenta de su ración matutina de vino y comida, pues para entonces ya había amanecido. ♣

## 8 la lluvia roja

Aunque el sol había salido aya, apenas había luz en el campamento griego, ya que Zeus había extendido sobre ellos una agitada masa de nubes negras.

Sin embargo, los troyanos, que se hallaban en lugar más alto, tenían el cielo claro y despejado.

Y muy pronto, de aquel techo de nubes amenazantes descargó la lluvia: una lluvia roja como la sangre.

A pesar de este mal presagio, los griegos estaban más animados que la noche anterior porque la hazaña de Diomedes y Odiseo les había dado nuevos bríos.

Agamenón se puso la armadura lleno de confianza; colocó, en primera línea, a la infantería; tras ella, a todos los carros para apoyarla; y, en tercera línea, a los lanceros y arqueros, flanqueados por los honderos.<sup>1</sup>

Los troyanos se lanzaron cuesta abajo y los griegos fueron a su encuentro.

Ambos ejércitos chocaron violentamente, y los hombres caían como la mies ante el segador.

Los cascos de los troyanos más valerosos resplandecían entre las filas griegas, y las espadas griegas desgarraban y herían a los troyanos.

No cesaba de caer una silbante y oscura lluvia de flechas.

Al mediodía, a esa hora soporífera en que los pastores de las montañas hacen el menor ruido posible por miedo a despertar al dios Pan, 'el de las patas de macho cabrío,' Agamenón se puso al frente de la infantería en una violenta carga.

Mató a muchos caudillos con sus propias manos, y, entre otros, a dos hermanos de Héctor.

Fue una carga magnífica y terrible, en la que los jinetes y los soldados de infantería aniquilaban sin piedad a sus enemigos; el ejército griego exterminaba en su avance a los troyanos como el fuego arrasa el bosque en un día de viento: saltando y corriendo de un árbol a otro.

Los caballos sin jinete se estrellaban por todas partes y los carros crujían destrozados.

Y, ante tan violenta embestida, los troyanos fueron retrocediendo hasta que se encontraron a las mismas puertas de su ciudad.

Allí, siguiendo órdenes de Héctor, se detuvieron, reorganizaron sus líneas y recobraron fuerzas para afrontar una nueva carga de los griegos.

Pero la temida carga se deshizo antes de alcanzarlos, ya que habían herido a Agamenón de una lanzada en un brazo, y la herida le sangraba tanto que tuvieron que subirlo a un carro y llevárselo a los barcos para que lo atendieran.

Al percatarse de ello, Héctor lanzó su grito de guerra como un cazador azuzaría sus perros contra un león, y se lanzó a la batalla al frente de sus guerreros, literalmente barriendo a los griegos como si fueran polvo.

En esta embestida podría haberlos hecho retroceder hasta los barcos de no ser porque Odiseo y Diomedes se mantuvieron firmes ante el desconcierto general, matando a cuantos se les ponían al paso.

Cuatro caudillos troyanos cayeron ante sus poderosas lanzas, por lo que los griegos ganaron confianza y volvieron al ataque.

Héctor lanzó el siguiente asalto, pero Diomedes le sacudió un golpe tan fuerte en el casco que, aunque no logró atravesarlo, derribó a Héctor por el suelo.

Sus guerreros lo protegieron con sus escudos y, en un abrir y cerrar de ojos, Héctor, reanimado, se había subido de nuevo al carro, y el auriga fustigó a los caballos en dirección al ala izquierda del ejército griego.

Diomedes siguió luchando en la misma posición hasta que Paris —que, como de costumbre, se encontraba lejos del núcleo de la batalla— le disparó una flecha que le atravesó limpiamente el pie y lo clavó en el suelo.

Y mientras se la sacaba y Odiseo lo cubría con un escudo enorme, comprendió que ahora le tocaba a él subirse dolorosamente al carro para ser conducido de vuelta a los barcos.

Odiseo era, en aquellos momentos, el único caudillo griego que continuaba luchando en el centro de la batalla, pese al agobiante acoso de los troyanos.

Imperturbable, mantenía su posición y derribaba enemigos como el jabalí acorralado derriba a los perros.

Pero una lanza enemiga le atravesó el peto y le dejó un reguero rojo sobre las costillas. Odiseo se dio la vuelta hacia el lancero y, conforme huía, le clavó su lanza en la espalda y le quitó la vida.

<sup>1</sup> hondero: 1. m. Soldado que usaba honda en la guerra. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Luego se arrancó la lanza, que todavía llevaba hincada y haciendo acopio de todas sus fuerzas pidió tres veces ayuda a sus camaradas.

Áyax y Menelao lo oyeron y se abrieron paso luchando hasta llegar a su lado.

Menelao lo subió al carro y se lo llevó; mientras tanto, Áyax ocupaba el mismo centro de la batalla con su gran escudo, en sustitución de Odiseo.

Entonces llegó Héctor como un rayo por la izquierda y el combate se recrudeció en torno a él.

Paris disparó otra flecha, que hirió de gravedad a Macaón, por lo que quien tenía en sus manos la habilidad de curar las heridas de los demás tuvo que ser cargado en un carro y trasladado a la tienda del anciano Néstor para ser atendido.

En aquel momento, casi todos los caudillos griegos que aún vivían estaban heridos y fuera de combate. Y los lanceros volvían a retroceder.

Aquiles, desde la popa de su barco, contemplaba impasible el desarrollo de la batalla, sin mostrar el más mínimo deseo de intervenir.

Pero cuando vio a Macaón pasar, muerto o gravemente herido, en el carro de Néstor, llamó a su amigo Patroclo y le rogó que se acercara y se interesara por su estado de salud.

*—Porque si perdemos a Macaón —añadió—, será fatal para los heridos.*

Patroclo acudió al punto y encontró al curandero en la tienda de Néstor.

Hecamede, una de las esclavas del anciano rey, le estaba dando vino con queso rallado para reanimarlo, mientras otra le sacaba la flecha y le curaba la herida.

Néstor se había enzarzado en un inacabable relato sobre sus proezas de juventud, mientras que

Patroclo, con extrema ansiedad, esperaba en la entrada y procuraba no perder la calma.

Pero cuando acabó el relato, Patroclo formuló su pregunta y fue el mismo Macaón quien le respondió que sobreviviría a sus heridas, aunque en los próximos días era poca la ayuda que podría prestar a los heridos.

Patroclo ya se iba cuando el anciano rey le llamó. Le dirigió unas palabras que recordaría tiempo después:

*—¡Dile a tu señor Aquiles que si todavía se niega a participar en la lucha, que al menos envíe a la batalla a los mirmidones a las órdenes de otro capitán!*

*Tú tienes su misma corpulencia y, si llevaras su armadura, podrías hacer creer a los troyanos que eres Aquiles en persona y que has vuelto a la guerra.*

*¡Les entraría el pánico porque nadie se atreve a enfrentarse con él cuerpo a cuerpo!*

Y Patroclo fue rápidamente a reunirse con su señor.

Pero, en el camino, lo retuvo Eurípilo, otro de los caudillos, herido de una flecha en el muslo, que se arrastraba muy dolorido hacia su tienda.

*—Apóyate en mí —le dijo Patroclo, y lo ayudó a llegar a la tienda.*

Una vez allí, le sacó la punta con el puñal, le limpió la herida y se la cubrió con un ungüento para calmar el dolor. ♣

## 9 Lucha por las naves

Entretanto, Héctor apremiaba a los guerreros para que cruzasen el foso, pero los caballos de los carros se detenían al borde mismo y relinchaban de miedo, pues el foso era ancho y profundo y estaba defendido con afiladas estacas.

Y entre el foso y el muro, donde los griegos se apiñaban en su retirada, no había espacio suficiente para desmontar y luchar.

Finalmente los guerreros dejaron a los aurigas al otro lado del foso y lo atravesaron a pie formando cinco compañías, cada una de las cuales seguía a su caudillo —Héctor, Paris, Héleno, Eneas, y los aliados a Sarpedón—, avanzando en formación cerrada y unidos los escudos de piel de buey para crear un sólido muro en cada una de sus frenéticas cargas.

La puerta por la que los carros griegos entraban y salían aún seguía abierta; era la única vía de escape para los soldados que se batían en retirada.

El gran Asia, 'el más impetuoso de todos los troyanos,' colocó sus enormes caballos de color castaño oscuro frente a la puerta, con la intención de derribarla.

Pero dos campeones, lanceros del pueblo septentrional de los lapitas, tomaron posición en la brecha y, cubiertos por sus camaradas, que arrojaban piedras

y lanzas desde las defensas, mantuvieron a raya a los troyanos mientras se cerraban y bloqueaban a toda prisa las hojas de la gran puerta.

En otra sección de la muralla, ante otra puerta, la compañía de Héctor, que debía haber sido la primera en atacar, estaba indecisa.

Un águila, ‘el ave de Zeus,’ había dejado caer sobre ellos una serpiente viva, roja como la sangre, y aquello se interpretó como un mal augurio.

Algunos pensaron que era mejor suspender el ataque por aquel día.

Pero Héctor les dijo:

—*El mejor augurio de todos es... ¡lucha por tu patria!*’

Esto les dio nuevos ánimos y, tras lanzar el grito de guerra, acometieron de nuevo tras su caudillo.

Un poco más allá, Sarpedón y Glauco, amigos y compañeros de guerra, arremetían contra la muralla como leones salvajes mientras sus aliados bramaban junto a ellos.

Abrieron una brecha en la empalizada, aunque durante un tiempo no pudieran atravesarla porque los defensores cayeron sobre ellos como un enjambre.

Glauco fue herido por una flecha en el brazo y tuvo que retirarse para que le sacaran la punta.

La sangre salpicaba los maderos de la puerta y el fragor de las armas retumbaba por toda la muralla.

La compañía de Héctor trataba de destrozar los maderos de la puerta, esforzándose por echar abajo el parapeto.<sup>1</sup> Los griegos consiguieron levantar otro

parapeto con sus propios escudos, al tiempo que arrojaban rocas y lanzas. Entonces Héctor tomó una enorme piedra —dos hombres no podrían haberla levantado, pero Zeus hizo que a Héctor le pareciera menos pesada que el vellón<sup>2</sup> de un carnero— y, apoyando bien en el suelo las piernas abiertas, la arrojó con fuerza contra la puerta.

Las trancas saltaron hechas añicos y los maderos quedaron destrozados.

Y gritando a sus hombres que lo siguieran, Héctor saltó al interior; y sus hombres, con el rugido de un torrente impetuoso, rebasaron la puerta y las empalizadas de ambos lados, mientras los griegos, arrastrados por esta marea humana, tuvieron que batirse en retirada hacia los barcos.

Pero Zeus, que había llevado en un instante a los troyanos hasta el corazón del campamento griego, fue seducido y arrullado por su esposa Hera y, retirándose con ella al monte Ida, abandonó la cruda batalla cuando los ejércitos luchaban bajo la popa<sup>3</sup> de las negras naves.

Entonces Poseidón, ‘el de cabellos azules,’ ‘señor de océanos y terremotos,’ se compadeció de los griegos al comprobar su desesperada situación.

Enganchó al carro sus caballos, veloces como el viento, y ascendió desde su palacio submarino, acompañado de grandes monstruos marinos que saltaban en torno suyo como lo hacen los delfines junto a la proa de los barcos, hasta llegar con sus caballos a la orilla del campamento griego.

Abandonando los caballos, se dirigió, invisible, hacia los guerreros asediados y les infundió nuevos ánimos, instándolos a mantenerse firmes.

Y así, sin saber que Poseidón los asistía, resistieron y cobraron fuerzas con el poder que fluía del dios.<sup>4</sup> Hicieron retroceder a los troyanos y cerraron filas alrededor de sus barcos.

En medio de aquella revuelta masa de combatientes se encontraron Héctor y Áyax.

Áyax tomó un enorme piedra de los que se usaban como cuñas bajo la quilla de los barcos y, levantándolo con fuerza, se lo arrojó a Héctor, golpeándolo entre el brazo del escudo y la correa del casco.

Con la violencia del impacto, la armadura le crujió, y Héctor cayó desplomado como un toro bajo el hacha del sacrificio.

De inmediato, todos sus camaradas se apresuraron a salvarlo y, mientras unos lo cubrían, otros lo sacaron de la encarnizada pelea.

Y al ver cómo se llevaban al gran Héctor, muerto en apariencia, los griegos, con Poseidón todavía entre ellos, lanzaron un estruendoso rugido de júbilo, potente como una tormenta marina, y se lanzaron al ataque, haciendo retroceder a los troyanos hacia las murallas, y, después, hasta el foso y la llanura.

Zeus volvió entonces a mirar a Troya: vio huir a los troyanos en desbandada y a Héctor vomitando sangre negruzca y postrado junto al vado del río Janto, donde sus camaradas lo habían llevado.

Y Zeus adivinó que todo era obra de su hermano Poseidón. Poco podía hacer contra él, ya que ambos tenían poderes parecidos.

<sup>1</sup> parapeto: 1. m. Pared o baranda que se pone para evitar caídas, en los puentes, escaleras, etc. 2. m. Mil. Terraplén corto, formado sobre el principal, hacia la parte de la campaña, que defiende de los golpes enemigos el pecho de los soldados. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>2</sup> vellón: 1. m. Conjunto de la lana de un carnero u oveja que se esquila. 2. m. zalea (cuero curtido de oveja o carnero con su lana). Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>3</sup> popa: 1. f. Parte posterior de una embarcación. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>4</sup> La suerte de los dos bandos contendientes depende, como vamos viendo, del apoyo que reciban de los dioses. [N. del Au.]



## el profanador de textos

Pero le suplicó a Apolo, ‘dios del Sol,’ y experto arquero, que bajara hasta donde se hallaba Héctor y le insuflara nueva vida y una energía para la guerra como nunca antes la había tenido.

Apolo se precipitó desde el Sol con la velocidad del halcón y, acercándose a Héctor en el instante en que sus camaradas le echaban agua fría, le insufló nueva vida y la energía de los dioses.

Y Héctor se levantó, pidió su armadura y volvió a la batalla.

Los griegos lo vieron venir como una nube de tormenta arrastrada por el viento, y les entró el pánico.

Sin embargo, Áyax y otros guerreros formaron un enorme escudo humano para detenerlo mientras sus camaradas retrocedían hacia los barcos.

Pero Héctor, con los carros troyanos retumbando tras él, atravesó las filas apenas formadas como las lanzas atraviesan las rodela.<sup>5</sup>

El frente se rompió y dispersó, y los hombres se mataban los unos a los otros en la llanura, en el foso o bajo las puertas destrozadas.

Los troyanos comenzaron a despojar a los muertos de sus armaduras, pero Héctor les dijo a gritos:

—*Dirigios a los barcos y dejad ahora los despojos de la guerra! ¡Al que se quede atrás, haré que lo maten y echaré su cuerpo a los perros!*

Y blandiendo el látigo, fustigó a los caballos.

Los carros hacían un estruendo tan grande como el trueno con que Zeus hace temblar las montañas.

Y los guerreros arrojaban lanzas que parecían relámpagos centelleantes.

<sup>5</sup> rodela: 1. f. Escudo redondo y delgado que, embrazado en el brazo izquierdo, cubría el pecho al que se servía de él peleando con espada. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Lanzaron los carros hacia el foso; esta vez los caballos no se desviaron como antes, por temor a las afiladas estacas, sino que bajaron en tropel como olas gigantes sobre una nave que se hunde.

Y treparon por entre los cuerpos que obstruían el paso y por las murallas de turba<sup>6</sup> y la empalizada, barriendo a los griegos que oponían resistencia.

Poco después llegaron a los barcos, empuñando la espada y el hacha, mientras los griegos, arracimados sobre las cubiertas de las naves, intentaban hacerles retroceder con las picas<sup>7</sup> que se usan en las batallas navales.

En el lugar más arriesgado de la batalla estaba siempre Héctor, con la fuerza de los dioses todavía en su interior.

La fiebre de la lucha ardía en sus ojos, echaba por la boca espumarajos blancos como el vellón de carnero, la luz de los héroes resplandecía sobre su cabeza.

Y sus gritos se oían por todas partes:

—*¡Fuego! ¡Prended fuego a las naves negras!*

Tomaron antorchas de las fogatas pisoteadas y se apresuraron a seguirlo, agitando las antorchas llameante s por encima de sus cabezas.

Había muertos por todas partes, y los vivos, a las órdenes de Héctor, se hundían entre la apiñada masa de cuerpos al abordar los barcos, desde donde los desesperados griegos intentaban rechazarlos.

<sup>6</sup> turba: 1. f. Carbón fósil formado de residuos vegetales, de color pardo oscuro, aspecto terroso y poco peso. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>7</sup> picas: 1. f. Especie de lanza larga, compuesta de un asta con hierro pequeño y agudo en el extremo superior, que usaban los soldados de infantería. 2. f. Soldado armado de pica. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Tomadas las naves principales, la marea de troyanos continuaba bramando, mientras Áyax gritaba a sus camaradas:

—*¡Adelante! ¡Acabad con Héctor! ¡No le dejéis que se pasee por nuestras naves!*

Y pasaba de una cubierta a otra como el que salta de la grupa de un caballo a otro, atacando sin cesar con una pica del tamaño de tres hombres.

Se levantaron espesas columnas de humo y se oyó el crepitar de las llamas al arder la vieja madera impregnada de sal de los barcos.

Y la potente voz de Héctor se imponía sobre la inmensa gritería:

—*¡Fuego! ¡Prended fuego a las naves negras!*

Fue entonces cuando Patroclo vio, al salir de la tienda de Eurípilo, situada en uno de los extremos del campamento, lo que parecía la mitad de la flota en llamas y la batalla arremolinándose en torno a los barcos. ♣

## 10 la armadura de Aquiles

*guerreros descansados aún pueden dar un vuelco a la guerra .*

El dolor se apoderó de Aquiles, que había jurado no unirse al resto del ejército hasta que Héctor no llegara hasta sus naves.

*—Toma mi armadura y los caballos — dijo—, y dirige a los mirmidones. Haz retroceder a los troyanos antes de que quemén nuestras naves y nos impidan el regreso.*

*Pero, en cuanto consigas alejarlos de las naves, regresa a mi lado.*

Así lo prometió. Y mientras Aquiles en persona reunía las banderas de guerra, Patroclo se puso la espléndida armadura que todo troyano conocía y temía antes de la disputa de Aquiles con Agamenón.

Automedonte, el auriga del príncipe, enganchó a Janto y Balio, los dos caballos inmortales, engendrados por el Viento del Poniente; y junto a ellos puso a Pédaso, el caballo mortal, tan ligero como el viento y tan bravo como sus compañeros.

Y los mirmidones, ansiosos de lucha como una manada de lobos a causa de su larga inactividad, formaron compañías y prepararon sus lanzas.

Patroclo montó en el carro y, con sus tropas en filas apretadas, escudo contra escudo, cargaron contra los troyanos.

Atacaron uno de los flancos del enemigo y fue entonces cuando los troyanos vieron los caballos y la armadura de Aquiles al frente del ejército, y sus corazones se entornaron y el miedo se apoderó de ellos.

Aquiles no presencié el ataque porque se hallaba en el interior de su tienda.

Llenó de vino una antigua copa labrada en oro, derramó su contenido, rojo como la sangre, sobre

la tierra reseca del umbral, y suplicó al padre de los dioses:

*—Sagrado Zeus, cúbrelo de gloria y fortalece su corazón. Haz que, cuando los haya alejado de las naves, regrese sano y salvo, en compañía de sus camaradas.*

Zeus escuchó sus plegarias pero sólo le concedió la mitad de lo rogado.

Tras ordenar a los mirmidones que le siguieran, Patroclo atacó a los troyanos que rodeaban las naves, segando muchas vidas a su paso, e hizo retroceder a los portadores de antorchas, acometiendo a unas tropas vacilantes, que se retiraban y huían en desbandada.

En muy poco tiempo las naves quedaron libres, se apagaron los incendios, y los troyanos habían traspasado de nuevo el foso, ahora repleto de carros destrozados, mientras que los caballos corrían dispersos por el llano.

En persecución del enemigo en retirada, los caballos de Aquiles saltaron el foso, y Patroclo los hizo correr hasta situarse entre los troyanos y las murallas de su ciudad, cortándoles el paso y obligándoles a regresar hacia las filas griegas, que se disponían a recibirlos adecuadamente.

Patroclo mató a muchos hombres, de la infantería y la caballería, y el más notable de todos ellos fue Sarpedón, 'señor de los licios,' y jefe de las tropas aliadas de Troya.

En el lugar donde cayó, los troyanos, por orden de Héctor, formaron un cerco en torno a su cuerpo y lucharon por defenderlo hasta que los griegos, al fin, lograron apoderarse del mismo y, tras despojarlo de su espléndida armadura, saltaron de alegría.

Atenazado por la angustia, Patroclo echó a correr hacia el campamento de los mirmidones, adonde la lucha aún no había llegado, y se presentó ante el barco de su señor Aquiles, que lo estaba esperando.

*—¿Lloras, Patroclo? —le dijo su señor cuando alcanzó la proa de la nave—. ¿Como las niñas que tiran de las faldas de su madre para que las tomen en brazos?*

*¿Ha muerto tu padre? ¿O es el mío? ¿O es que lloras por los griegos que mueren junto a sus naves en pago de su locura?*

*—No mueren por su propia locura —contestó Patroclo—, sino por la acción ruin de un solo hombre, que ha querido darte cumplida satisfacción... y al que has rechazado.*

Y mientras hablaba, se acordó de las palabras del anciano y sabio Néstor, y continuó:

*—Si hay alguna razón oculta que te impida regresar al combate, déjame tu armadura, el carro y los caballos, y permíteme que sea yo el que guíe a los mirmidones en tu lugar.*

*Los troyanos pensarán que eres tú en persona quien los ataca y se acobardarán. Pues dos mil*

Pero Sarpedón era hijo de Zeus y de una mortal, por lo que su cuerpo se les esfumó de entre las manos sin que nadie supiera cómo había desaparecido, y ello se debió a la intervención de los gemelos Sueño y Muerte, a quienes su padre había enviado para que, con sus grandes alas, descendieran sin ser vistos y se lo llevaran a la tierra que lo vio nacer para enterrarlo entre su gente.

En ese momento, lejos ya los troyanos de las naves, Patroclo debería haber recordado las órdenes de Aquiles y haber regresado.

Pero Zeus, dolido por la muerte de su hijo, lo envenenó con la fiebre del combate y lo hizo olvidarse de todo.

Ordenando a su auriga, Automedonte, que fustigara a los caballos, Patroclo prosiguió la matanza, hasta que, adelantándose a todos los soldados mirmidones, llegó en solitario a las mismas murallas de Troya.

Y en su locura guerrera, tres veces trató de trepar por los enormes sillares<sup>1</sup> y tres veces lo derribaron.

Héctor, que se encontraba en las puertas Esceas, ordenó a su auriga que se dirigiera al encuentro de Aquiles —. de la armadura de Aquiles—.

Patroclo, de pie frente a las murallas, alzó en vilo un gran pedrusco y se lo arrojó a Héctor, pero erró el tiro y mató al auriga.

Patroclo, y los mirmidones tras él, cargaron tres veces contra la masa de soldados troyanos y mataron nueve hombres en cada una de las acometidas.

Al cargar Patroclo por cuarta vez, el sagrado Apolo, sin que nadie lo viera, se colocó tras él y lo golpeó en la espalda, de tal manera que la vista se

le nubló y su empenachado casco rodó por el suelo con gran estrépito y fue a parar entre las patas de los caballos.

Al verle el rostro, los troyanos se percataron de que aquel hombre no era Aquiles sino Patroclo.

Su lanza saltó hecha añicos y el enorme escudo se le cayó al suelo.

Un guerrero troyano se le acercó por detrás y le clavó la lanza en la espalda.

Patroclo vio entonces una neblina rojiza ante sus ojos, mas partió la lanza que llevaba en la mano y trató de acercarse al contrincante; pero en ese momento Héctor le atacó de frente y de un lanzazo le atravesó el vientre y lo derrumbó.

La neblina roja se oscureció del todo y la vida huyó de su cuerpo.

Con el último aliento, Patroclo le dijo al gran Héctor, que se encontraba de pie ante sí:

*—También la muerte llamará pronto a tu puerta, y en este mismo lugar, a manos de mi señor Aquiles, cuya armadura llevo puesta.*

Ya su alrededor se hizo el silencio, pues todos sabían que los moribundos ven el futuro.

Patroclo había muerto y Héctor lo despojó de aquella armadura que pertenecía a Aquiles y que había sido regalo de los dioses.

Y, haciéndose a un lado, se colocó la armadura de Aquiles y envió la suya a la ciudad como ofrenda a Atenea.

Después se lanzó al combate que bullía alrededor del cuerpo desnudo del combatiente muerto.

La lucha por la posesión del cuerpo se prolongó durante todo el día: los troyanos, con la intención de llevárselo a rastras y echarlo a los perros; los griegos,

con el propósito de conducirlo a las naves y darle honrosa sepultura.

Automedonte, ¿? fue muerto antes; ¿? que había servido como auriga a Patroclo, no pudo en un primer momento unirse al resto de sus camaradas, porque los dos caballos inmortales de Aquiles permanecían cabizbajos, llorando la suerte del amigo de su amo, a quien tanto querían tras los largos años de asedio; y no se hubieran movido del lugar ni para desertar ni para unirse a la pelea.

Pero Zeus, movido por su pena y por la intercesión del Viento del Poniente, padre de los dos caballos, les infundió valor y fuerza y, al encontrar Automedonte a otro camarada, caballos y hombres se entregaron al combate.

Poco a poco, a medida que el sol seguía su imparable trayectoria, la batalla comenzó a decantarse a favor de los troyanos, y los griegos comenzaron a ceder terreno ante su empuje.

Sin embargo, los mirmidones no abandonaron el cadáver de Patroclo, sino que cargaron con él, pisoteado y despedazado como un trapo viejo, cubierto de sangre reseca y polvo, mientras Áyax y sus camaradas les cubrían la retirada hacia las naves con sus escudos y lanzas. ♣

<sup>1</sup> sillar: 1. m. Piedra labrada, por lo común en forma de paralelepípedo rectángulo, que forma parte de un muro de sillería. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## 11 la venganza de Aquiles

El ejército griego se retiraba cuando Antíloco, hijo de Néstor, fue corriendo a informar a Aquiles de la muerte de su amigo, con la esperanza de que noticias tan sombrías le hicieran regresar al combate.

Entró jadeando en los aposentos de Aquiles — donde éste había estado caminando de un lado a otro mientras escuchaba el fragor de la batalla, ansioso por conocer el desarrollo de la misma— y, con voz entrecortada, le comunicó la terrible noticia:

—*¡Patroclo ha muerto, y ahora se disputan su cadáver desnudo, pues Héctor lleva puesta tu armadura!*

Aquiles no pronunció una palabra, sino que se abalanzó sobre el hogar y comenzó a echarse cenizas<sup>1</sup> sobre su lustrosa cabellera hasta que Antíloco se detuvo las manos por miedo a que se matara en la locura de su gran dolor.

Al oír sus horribles gemidos, su madre Tetis emergió de las profundidades del mar para consolarlo.

Y él juró que no viviría sino para matar a Héctor, autor de la muerte de su amigo.

—*No puedes luchar sin armadura —le dijo su madre, rodeándolo con los brazos—.*

*No conseguirás acercarte a Héctor, pues está muy bien protegido por sus lanceros.*

*Espera una noche y le pediré a Hefesto, ‘señor de los armeros,’ que te forje para mañana un escudo, un casco y un peto como jamás han visto los humanos.*

Y, dicho esto, desapareció y en el aire sólo permaneció el eco de su voz, como el susurro de las olas del mar.

Mientras tanto, la pelea por el cuerpo destrozado de Patroclo había llegado de nuevo hasta las mismas naves.

Con un dolor que le destrozaba el alma, Aquiles salió y, desarmado como iba, subió a la parte más alta de la muralla y se apostó allí ante la intensa llamarada del sol poniente.

De su cabeza parecía salir fuego, como la hoguera que se prende en solicitud de ayuda para una ciudad atacada en plena noche.

Y allí siguió, gritando con todas sus fuerzas en abierto desafío a los troyanos, como el grito de guerra que lanzan los soldados cuando asaltan las murallas de una ciudad.

Tres veces lanzó su poderoso grito y tres veces los caballos troyanos relincharon atemorizados y se detuvieron ante el foso, y las tres veces los guerreros troyanos quedaron aterrorizados.

Y el ánimo les flaqueó y se dispersaron, de manera que los mirmidones pudieron sacar el cuerpo de Patroclo del polvoriento campo de batalla y lo condujeron hasta donde se encontraban las naves.

Cerraron bien todas las puertas del campamento y las atrancaron.

Tendieron a Patroclo en un féretro y Aquiles se quedó a su lado, lamentándose por haberle enviado a combatir en su lugar.

Trasladaron el cuerpo destrozado a los aposentos de Aquiles, donde las esclavas, con los ojos bañados en lágrimas, le limpiaron la sangre y la suciedad de la batalla y, con gran delicadeza, y lo envolvieron en un lienzo blanco.

Y el sol se puso y llegó el sosiego de la noche.

Algunos de los lugartenientes de Héctor querían que, por seguridad, su caudillo se retirara al interior de las murallas de Troya, pues era inevitable que, a la mañana siguiente, Aquiles volviera de nuevo al frente de sus guerreros, y todos correrían un peligro mortal.

Pero Héctor les dijo:

—*¿No estáis hartos ya de las murallas de la ciudad? ¡Que venga Aquiles! Le haremos frente en la llanura.*

Y, una vez más, la llanura, entre las matas y los antiguos túmulos, apareció salpicada de estrellas por las fogatas de los troyanos y sus aliados.

En los aposentos de Aquiles, las mujeres se arrojaron ante Patroclo y los mirmidones lamentaron su muerte, sobre todo Aquiles, que no movía la cabeza del pecho inerte de su amigo.

Mientras tanto, en su mansión del Olimpo, Hefesto, observado por Tetis, hacía bramar sus fraguas con el soplo de veinte fuelles de piel de buey.

<sup>1</sup> Arrojar ceniza sobre la cabeza, al igual que arrancarse los cabellos o tirarse por el suelo, eran formas de expresar el profundo dolor ante la muerte de un ser querido. Príamo, más adelante, llegará incluso a tirarse estiércol sobre la cabeza. Las mujeres solían arañarse la cara y golpearse el pecho. [N. del Au.]

## el profanador de textos

Tomó bronce y plata, estaño y oro, y construyó un espléndido peto, unas grebas, un gran casco de oro reluciente y un escudo enorme, sobre el que incrustó metales preciosos formando dibujos de ciudades, mares y batallas, la cacería del león, campos en los que se recogía el grano, fértiles viñedos y hombres y mujeres danzando al son de flautas.

Al amanecer, Tetis, 'la de los pies de plata,' bajó de la cumbre del Olimpo con la armadura que Hefesto había forjado para su hijo.

Y al ponerse la lustrosas piezas, Aquiles sintió unas ansias de guerra y venganza como nunca antes había experimentado. Pero Odiseo, que conocía las reglas del honor y sabía cómo se debían hacer las cosas, no iba a permitirle conducir a los mirmidones a la batalla hasta que hiciera las paces debidamente con Agamenón, con el oportuno sacrificio a los dioses y el cumplimiento de todas las ceremonias necesarias.

Agamenón, por su parte, debía volver a ofrecer los regalos que Aquiles había rechazado tiempo atrás.

Agamenón pidió que le trajeran los regalos y, cuando los tuvo ante sí, se puso de pie y le expresó a Aquiles su aflicción por el mal que le había causado.

Aquiles, que ya no quería oro, ni esclavos, ni briosos corceles, ni tan siquiera a la doncella Briseida, los aceptó para abreviar la ceremonia y proseguir la guerra.

De modo que, por fin, hicieron las paces.

A continuación, los mirmidones y el resto del ejército griego comieron las raciones de la mañana.

Pero Aquiles, que había prometido no comer ni beber nada hasta no haber vengado a Patroclo, saltó al carro y quiso arrancar a toda velocidad; pero Janto, al que la diosa Hera le había concedido el don de la palabra para aquel preciso instante, tras incli-

nar su cabeza hasta que las crines tocaron el suelo, le dijo:

—*Mi señor Aquiles, la pena nos embarga porque, aunque te lleváramos con la rapidez de nuestro padre, el Viento del Poniente, no podríamos hacer nada por salvarte, pues la hora de tu muerte está próxima.*

—*Ya lo sé —le dijo Aquiles—. Pero no regresaré del combate mientras Héctor viva, así que ayudadme con vuestra rapidez.*

Y después de cabecear, ambos caballos se lanzaron a la carrera.

Durante todo el día, a la cabeza de los mirmidones, Aquiles acosó y mató a multitud de troyanos.

Les hizo retroceder y atravesar el río y, a pesar de que el río intentó defender a su propia gente con una crecida de agua roja como la sangre, que casi logra arrastrarlo, Aquiles consiguió cruzar las aguas tras sus enemigos y matarlos en la otra orilla.<sup>2</sup> Y continuó matando hasta que la tierra se puso de color carmesí, y los caballos, pisoteando los cuerpos de los muertos, hacían brotar chorros de sangre que salpicaban el eje y las varas del carro.

Y prosiguió el avance, furioso por tomar venganza y ansioso por obtener la gloria; unidos él, sus soldados y el fuego, hicieron retroceder a los troyanos hasta las murallas mismas y les obligaron a entrar como un torrente por las puertas de la ciudad, que habían abierto de par en par para facilitarles la entrada.

<sup>2</sup> Aquiles intenta atravesar el río Janto o Escamandro, un dios-río que nace en el monte Ida. En este pasaje, el dios, enojado por la matanza de Aquiles, intenta proteger a los troyanos desbordándose para así ahogar al héroe griego. [N. del Au.]

Pero Héctor, sujetando bien la lanza, aguantó a pie firme frente a las puertas Esceas.

Y mientras Aquiles se dirigía hacia él con la velocidad de una estrella fugaz y vestido con la armadura que Hefesto le había regalado, Príamo, que vio a su hijo Héctor desde el puesto de guardia de la torre, le rogó angustiado que entrara a la ciudad.

Pero Héctor aguardó inmóvil a Aquiles como si el de ambos fuera un encuentro largamente esperado.

Se quedó porque ése era su destino, que allí lo retenía. Y se quedó porque sabía que, al haber hecho acampar la noche anterior al ejército troyano fuera de las murallas, había traído muerte y destrucción sobre sus hombres, y, si no los podía vengar matando a Aquiles, debía pagar con su propia vida.

Pero cuando Aquiles bajó del carro y se abalanzó sobre él, el valor de Héctor se desvaneció.

Jamás le había sucedido nada semejante desde la llegada de las naves negras.

Héctor se dio media vuelta y echó a correr.

Tres veces rodeó las murallas de Troya y tres veces pasó junto a la sagrada higuera y el pozo donde las mujeres solían lavar la ropa en tiempo de paz.

Héctor corría como un ciervo y Aquiles le pisaba los talones con saltos de leopardo.

De repente, y del mismo modo en que lo había perdido, Héctor volvió a recobrar su valor y, cuando llegaron por tercera vez a las puertas Esceas, se volvió para hacer frente a su enemigo.

La lanza de Aquiles le pasó rozando el hombro tan cerca que sintió la corriente de aire.

Entonces Héctor le arrojó también su lanza, pero la punta no logró atravesar el maravilloso escudo de Aquiles, con figuras de ciudades, batallas y bailarines danzando al son de flautas.



El griego aún disponía de una lanza, pero Héctor no tenía ya ninguna, así que desenvainó la espada y se abalanzó sobre Aquiles, gritando:

—*¡No moriré sin honor!*

Pero antes de que estuviera al alcance de su espada, Aquiles le arrojó la lanza que le quedaba, atravesándole el cuello y haciéndole tambalearse hasta que cayó al sueño sin respiración.

—*Los perros y los cuervos desgarrarán y devorarán tu carne insepulta —le dijo Aquiles mientras lo contemplaba tendido sobre el polvo.*

Héctor le hizo un ruego:

—*Acepta el oro que mi padre te —ofrezca y entrégale mi cuerpo a cambio para que pueda enterrarlo con honor.*

Pero Aquiles no sentía clemencia alguna por él.

—*¡Canalla! ¡Yo mismo te descuartizaría y devoraría tu carne cruda! ¡Pero prefiero echarla a los perros para que se la disputen, aunque tu padre me ofrezca tu peso en oro!*

Héctor dejó de suplicarle y le contestó, ya moribundo:

—*Te acordarás de mí cuando mi hermano Paris te mate ante esta misma puerta —y dio un último suspiro antes de que sus ojos se oscurecieran y su alma iniciara el camino hacia el reino de los muertos.*

Y mientras Aquiles le despojaba de la armadura, que volvía a ser de su propiedad, los guerreros griegos más próximos se acercaban para admirar la

belleza y la arrogante figura de Héctor, ahora que ya no podían sentir temor alguno por él.

Y, acortando sus lanzas, las clavaron en aquel cuerpo sin vida antes de retirarse.

Aquiles hizo entonces algo repugnante.

Perforó los tobillos de Héctor, justo por detrás de los tendones que unen el talón con la pantorrilla, le introdujo unos correajes de piel de buey y los ató al armazón de su carro.

Cargó la armadura que había recuperado y, tras montarse y tomar las riendas, fustigó a los caballos, que salieron volando hacia las naves, ligeros como el Viento del Poniente.

Y en su carrera arrastraron el cuerpo de Héctor, que iba dando tumbos y bandazos sobre la áspera tierra, con su negra cabellera movida por el viento y cubierta del polvo y la suciedad del campo de batalla. ♣

## 12 juegos fúnebres

La madre de Héctor y todas sus damas, que se apiñaban tras las almenas de las puertas Esceas, lanzaron un grito lastimero y comenzaron a gemir y a lamentarse por la muerte de Héctor.

Andrómaca se encontraba en sus aposentos, tejiendo un fino manto de color púrpura con decorado de flores doradas, mientras las doncellas calentaban agua para que su señor se lavase a su regreso a casa tras la batalla.

Cuando oyó aquellos lamentos que provenían de las murallas, se le cayó la lanzadera<sup>1</sup> de las manos y profirió un grito al reconocer la voz de la madre de su esposo.

Y tras pedir a dos de sus doncellas que la acompañaran, salió corriendo de su casa para averiguar la causa de tales lamentaciones.

Se acercó a la puerta y, desde la atalaya, reconoció el cuerpo de Héctor envuelto en una nube de polvo cuando aún era arrastrado por el carro de Aquiles hacia las naves.

Y se desmayó como un pájaro herido en manos de las doncellas.

<sup>1</sup> lanzadera: 1. f. Pieza en la que se enrolla el hilo que usan los tejedores para tramar. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

Más tarde, ya recuperada, volvió a lamentarse y a gemir por la suerte del hijo huérfano de padre, y por su amado Héctor, que corría peor suerte que si lo hubieran asesinado, ya que no iba a poder disfrutar de unas exequias como merecía y sin las cuales jamás alcanzaría el reino de Hades.

Estaría condenado a vagar, solitario y desconsolado, por entre los confines del reino de los vivos y de los muertos.

Pero Héctor no fue el único héroe que quedó sin enterrar aquella noche.

Mientras Aquiles dormía como un león tras una caza abundante, el fantasma de Patroclo se le apareció y le dijo:

—¿Por qué no me has incinerado y sepultado aún? Las sombras de los otros muertos no me dejan que les acompañe, y ahora vago solitario por el exterior de las oscuras puertas del Hades.

Toma mi mano por última vez porque, en cuanto haya atravesado esas puertas, ya no podré regresar.<sup>2</sup>

Y Aquiles intentó abrazar en vano a su hermano de armas, pues la visión se desvaneció en el aire.

Entonces se despertó e, inmediatamente, mandó a varios hombres a cortar árboles para una pira funeraria.

Trajeron leña desde los lejanos bosques del monte Ida, tierra adentro, cargada sobre mulas. Y en el lugar exacto en el que les ordenó Aquiles, levanta-

<sup>2</sup> Según la mitología griega, a los difuntos no se les permitía la entrada al Hades, el reino subterráneo de los muertos, si previamente no se les habían rendido las ceremonias rituales. Ello explica el interés por que los muertos ilustres no caigan en poder de los enemigos, que se pueden vengar dejándolos insepultos o sin incinerar, con lo cual el espectro del difunto estaría condenado a vagar errante en torno a sus despojos. [N. del Au.]

ron una gran pira funeraria, sobre la cual colocaron el cuerpo de Patroclo; y todos sus compañeros se cortaron mechones de pelo y los esparcieron sobre su cuerpo, en señal de duelo.

El mismo Aquiles se cortó la rubia cabellera<sup>3</sup> y la puso entre las manos de su amigo muerto.

Mató muchas reses en honor de Patroclo y las colocó en la pira junto a cuatro briosos corceles y a dos de sus perros favoritos.

Finalmente, loco de pena y de rabia, degolló a doce prisioneros troyanos y los colocó también en la pira, sobre la cual virtió dos ánforas de aceite y miel.

A la puesta del sol, lanzó varias antorchas encendidas sobre la pira, que hicieron prender la madera, el sebo y la miel.

El viento norte y el de poniente avivaron las llamas y la hoguera ardió durante toda la noche hasta que, con las primeras luces del amanecer, las llamas se consumieron.

Entonces colocaron los huesos calcinados de Patroclo en una urna de oro, cubiertos por una doble capa de grasa. Luego depositaron la urna en el suelo y, sobre ella, construyeron una tosca cámara de piedra, por encima de la cual levantaron un túmulo de tierra.

Pero no sellaron la cámara de piedra, ya que Aquiles dio orden de que, cuando él muriera, mezclaran sus cenizas con las de su amigo en la misma urna.

<sup>3</sup> Los antiguos griegos solían lucir largas melenas y, al llegar a la edad adulta, ofrecían, como un voto ritual, el corte de su cabellera a algún dios. El echar un mechón para que ardiera con el difunto era un homenaje de afecto y de sentimiento. Igualmente, la costumbre de sacrificar animales, incluso esclavos o prisioneros. En la Grecia micénica se solía enterrar a los muertos; sin embargo, en la 'Ilíada,' quizá por influencia de las costumbres troyanas, o simplemente por encontrarse en guerra, los griegos incineran los cadáveres. [N. del Au.]

Y, según la costumbre, llegó la hora de comenzar los juegos fúnebres en honor del muerto.<sup>4</sup>

Los premios serían aportados por el tesoro personal de Aquiles, y los juegos durarían todo el día.

En primer lugar, la carrera de carros, en la que tomaron parte cinco paladines.

Los mejores carros, los caballos más veloces, y los aurigas más diestros de todo el ejército galoparon raudos por la llanura, levantando nubes de polvo tras ellos, y, tras dar la vuelta a un tronco seco que les habían marcado como referencia, regresaron a toda velocidad hacia las naves, desde donde los hombres contemplaban la carrera.

Diomedes llegó el primero, fustigando y gritando a sus caballos, con las ruedas del carro casi sin tocar el suelo, por lo que apenas dejaban rastro en el polvo.

Para él fue, por lo tanto, el primer premio: una esclava diestra en las más primorosas labores y un magnífico banquillo de tres pies con asas.

En segundo lugar llegó Antíloco, hijo de Néstor, quien más por su destreza en el manejo del carro que por la velocidad de sus caballos acababa de adelantar a Menelao, aunque éste le seguía tan de cerca que a duras penas se distinguía el estruendo de los cascos de los caballos de ambos campeones.

A ellos les correspondieron el segundo y el tercer premios: una hermosa yegua y un caldero pequeño, que habían de repartirse como les pareciera.

<sup>4</sup> El homenaje al difunto, si era persona importante, suponía la realización de concursos deportivos, los cuales debían ser sufragados por los familiares o deudos del fallecido. Los juegos funerarios incluían carreras de carros, boxeo, lucha, carreras a pie, combate con armas, tiro al arco, lanzamiento de jabalina, etcétera. Son, en cierto modo, el origen de los juegos panhelénicos. [N. del Au.]

Después llegó Meríones, y mucho después Eumelo, tirando él mismo penosamente del carro roto y llevando a los caballos de las riendas.

Ellos también recibieron premios —si bien más modestos— del tesoro de Aquiles.

A continuación vino el boxeo. Epeo, un gigante entre los humanos y famoso púgil, y Euríalo, uno de los caudillos de Argos, se pusieron de pie y comenzaron a desnudarse hasta quedar sólo con un taparrabos y un ancho cinturón de piel.

Se acometieron con sus robustos puños y se entrelazaron. El combate fue largo y muy reñido, y el sudor les empapaba el cuerpo.

Al fin, Epeo tumbó a Euríalo de un puñetazo en el pómulo, y, como premio, le fue entregada una mula de carga, mientras el otro se sentaba aturdido en el suelo y escupía sangre.

Luego vino el combate de lucha. Áyax y Odiseo (este último, con su herida apenas cicatrizada) lucharon como dos ciervos en celo.

Pero estaban tan igualados que ninguno pudo alzarse claramente con la victoria, así que Aquiles les ordenó que detuvieran el combate y compartieran el premio.

Sin embargo, Odiseo ganó con claridad la carrera a pie que tuvo lugar a continuación, y su premio fue una crátera<sup>5</sup> de plata para mezclar vinos.

Para finalizar, Aquiles ordenó que trajeran la armadura de Sarpedón y que la colocasen sobre una lanza en medio de los asistentes; luego pidió dos campeones voluntarios para que lucharan con lanzas hasta que uno hiciera sangrar al otro: el primero que lo consiguiera se llevaría la armadura.

<sup>5</sup> crátera: 1. f. Arqueol. En Grecia y Roma, vasija grande y ancha donde se mezclaba el vino con agua antes de servirlo. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Diomedes y el gran Áyax se colocaron sus armaduras y fueron a encontrarse en el espacio libre que habían dejado los asistentes.

Tres veces se acometieron y tres veces se trabaron y procuraron herirse.

Con los ánimos caldeados, Áyax atravesó el escudo de Diomedes, aunque sin lograr perforarle el peto; y Diomedes, justo por encima del escudo, le asestó un golpe en el cuello.

Los espectadores les pidieron a gritos que detuvieran la lucha porque temían que uno de los dos muriera.

Y así acabó el combate, sin que se derramara una sola gota de sangre, por lo que ambos contendientes compartieron la armadura de Sarpedón.

Y, como el sol estaba ya a punto de ponerse, se fueron a celebrarlo a la tienda de Aquiles.

Terminado el banquete, y cuando ya todos los hombres se habían marchado a dormir, Aquiles no pudo conciliar el sueño; en la oscuridad, lloraba la muerte de Patroclo y la pérdida de todo aquello que habían aprendido y compartido juntos.

Al final se levantó, se acercó hasta la orilla y se puso a pasear por la ribera de aquella desolada playa, hasta que comenzó a despuntar el alba.

Pero el nuevo día no le trajo consuelo alguno y, como un hombre a quien el dolor ha hecho perder la razón, se acercó a las caballerizas, enganchó sus caballos al carro y los condujo al lugar en el que Héctor yacía boca abajo y cubierto de polvo.

De nuevo lo ató a su carro y, saliendo del campamento, dio tres vueltas alrededor del túmulo funerario de Patroclo, arrastrando el cadáver de Héctor.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> La desproporcionada y brutal profanación del cadáver de Héctor por parte de Aquiles convierte al héroe griego en un ser inhumano y cruel más que heroico, pero esa actitud es una muestra de la intensidad de su odio hacia el enemigo

Una y otra vez, durante doce noches y doce días, repitió la misma acción.

Pero, en todas las ocasiones, Apolo protegió el cuerpo de Héctor para que no sufriera los graves daños de un trato tan salvaje.

Y al final los dioses, llenos de ira, pensaron que el gran Aquiles, en su locura, no sólo se deshonoraba a sí mismo, sino que también deshonoraba a su amigo y hasta a la misma Tierra, por lo que era preciso poner fin a aquella aberración. ♣

y de su amistad al amigo muerto. Homero, al igual que los dioses, censura su actitud, que habla por sí sola. [N. del Au.]

### 13 el rescate de Héctor

Los dioses hicieron venir a Tetis y le rogaron que dijera a su hijo que todos los dioses del Olimpo estaban furiosos con él por el trato infligido al cuerpo de Héctor, y le ordenaban que se lo entregara a su venerable padre a cambio de un honroso rescate que el anciano rey pagaría.

Y Aquiles escuchó a su madre como no hubiera sido capaz de escuchar a nadie más cuando ésta se le acercó con palabras que le llegaron al corazón, aun a pesar de su dolor.

Al mismo tiempo, los dioses enviaron al palacio de Príamo a su habitual mensajera, Iris, ‘señora del arco iris’; y en el patio encontró al rey gimiendo y con la cabeza cubierta de estiércol, polvo y cenizas, en señal de luto.

Y le hizo saber que debía ir al encuentro de Aquiles y ofrecerle un rescate justo por el cuerpo de su hijo, añadiendo que Aquiles le escucharía.

El viejo rey se dirigió a la cámara del tesoro y, tras abrir sus cofres de madera tallada y aromática, sacó doce magníficos mantos, doce capas blancas y varias túnicas ricamente bordadas.

Luego añadió diez lingotes de rubio oro, calderos relucientes y una hermosísima copa de oro, el orgullo de sus posesiones, regalo del pueblo de Tracia.

Después convocó a Paris, a Deífaba y al resto de sus hijos, y, abrumado por el dolor, les increpó por seguir aún vivos cuando Héctor yacía muerto, y les ordenó preparar un carromato y cargar el rescate en él.

Y una vez hubieron enganchado las mulas y cargado el tesoro, tal y como él les había ordenado, Príamo dirigió una plegaria y ofreció vino a los dioses.

Luego montó en el carro y, con la sola compañía de los aurigas y un heraldo, salió por las puertas Esceas, y en la oscuridad más absoluta atravesó la llanura en dirección a las naves.

No sabía que el dios Hermes, ‘señor de los viajeros,’ lo acompañaba y que, con ayuda de su varita alada, iba adormeciendo a todos los que miraban en aquella dirección, de modo que nadie vio pasar al viejo rey y al carromato cargado con el tesoro del rescate.

De ese modo, Príamo y sus servidores lograron atravesar el campamento sin ser atacados y pudieron llegar a la tienda con techado de paja de Aquiles.

Príamo descendió del carro y entró.

Los hombres de Aquiles comenzaron a descargar el carromato y el dios Hermes emprendió el camino de regreso al Olimpo.

Aquiles se encontraba rodeado por sus camaradas, y los restos de la cena no habían sido todavía retirados.

Nada más entrar, el anciano rey se arrodilló a los pies del príncipe, le tomó las manos y se las besó, según era costumbre.

Aquellas manos le parecieron teñidas de rojo con la muerte de tantos de sus hijos y de su bien amado Héctor.

*—Apíadate de mí, escucha la palabra de los dioses y devuélveme a mi hijo muerto —le suplicó—.*

*Piensa en tu padre, viejo y afligido como yo, aunque él aún mantenga la esperanza de ver vivo a su hijo.*

*Apíadate de mí ya que, por amor a mi hijo, he hecho lo que nunca imaginé que haría: besar las manos que lo mataron a él y a sus hermanos.*

Y Aquiles pensó en su anciano padre, quien, en tierras lejanas, muy pronto tendría tantas razones como Príamo para sentirse abatido.

Así que ayudó al anciano a levantarse y le habló afectuosamente; luego lloraron juntos, Príamo por su hijo, y Aquiles por su padre y por su amigo Patroclo.

Entonces Aquiles ordenó a las mujeres que lavaran y cubrieran con aceite el cuerpo de Héctor para su entierro y lo cubrieran con un manto blanco, el mejor que hallaran en el carromato de su padre.

Y cuando terminaron y el cuerpo de Héctor yacía ya en el carromato de su padre, Aquiles mandó traer más vino y comida, y él y el anciano rey comieron y bebieron juntos.

Por fin, Príamo pudo partir con el cuerpo rescatado de su hijo, atravesó la oscura llanura y entró en la expectante ciudad de Troya.

Todos los troyanos salieron a recibirlo a las puertas de la ciudad, y allí lloraron amargamente la pérdida de Héctor.

Luego el rey Príamo condujo el cadáver de su hijo hasta el palacio real y lo depositó en un lecho labrado.

## el profanador de textos

Las mujeres se congregaron a su alrededor, ansiosas por contemplarlo; y, entonando cánticos funerarios, se arrancaban sus hermosos cabellos.

Inclinada sobre el lecho mortuorio, Andrómaca, 'la de níveos brazos,' encabezó las lamentaciones mientras sostenía la cabeza de su amado Héctor entre las manos.<sup>1</sup>

—*Esposo mío, has abandonado la vida demasiado joven, dejando a una viuda sola en tu casa y a un hijo sin padre. No has muerto en la cama, estrechando mis manos y dirigiéndome esas últimas palabras que recordaré durante los días y las noches de los interminables años que te lloraré.*

Entonces su madre Hécuba prosiguió con los lamentos.

—*Héctor, el más querido de todos mis hijos: cuando estabas vivo eras amado por los dioses, y sin duda te siguen amando, porque no han permitido que apareciera la más pequeña señal o marca de que fuiste arrastrado por las ruedas del carro de tu asesino.*

*Si no fuera por la mancha roja de la herida que te produjo la muerte, se diría que estás dormido.*

Las palabras de Hécuba excitaron el llanto de todas las mujeres.

Luego fue el turno de Helena, la tercera en dirigirla sus lamentaciones.

—*Héctor, tú fuiste, de todos los hermanos de mi marido, el más querido de mi corazón.*

*¡Cómo desearía haber muerto antes de que todo esto empezara!*

*Nunca tuviste ni una sola palabra agria o descortés para conmigo, y cuando otros censuraban mi conducta, tú los contenías con tu buen corazón y con tus amables palabras.*

*Pero, ¡ay de mí!, porque ahora ya no queda nadie en Troya al que pueda llamar amigo mío.*

Así dijo, y la muchedumbre prorrumpió en gemidos.

Príamo, el rey, ordenó entonces a la gente que unciera<sup>2</sup> los bueyes y trajera leña para levantar una pira funeraria, asegurándoles que no debían temer un ataque de los griegos mientras llevaran a cabo estos menesteres, pues había pactado una tregua de once días con Aquiles para poder enterrar a Héctor.

De modo que los troyanos salieron con los carros tirados por bueyes, y durante nueve días acarrearón leña y levantaron una gran pira fuera de las murallas de la ciudad.

Al décimo día, colocaron el cuerpo de Héctor en lo más alto y después metieron varias antorchas en el centro de la pira.

Consumido el fuego, recogieron las cenizas y los huesos carbonizados y los envolvieron en un fino lienzo de color púrpura, sin dejar de llorar un momento.

Después lo colocaron en una urna de oro y lo introdujeron en una cámara excavada en la tierra y, con vigías dispuestos alrededor, lo taparon con rocas y levantaron a toda prisa un túmulo funerario, porque los once días de paz prácticamente habían terminado.

Luego volvieron a la ciudad y celebraron un gran banquete, según era la costumbre.

Así fue el entierro que los troyanos organizaron en honor de Héctor, 'el domador de caballos.' ♣

<sup>1</sup> En la ceremonia de las lamentaciones, los aedos o los parientes más cercanos al difunto entonaban cantos fúnebres que eran respondidos por un coro de mujeres. [N. del Au.]

<sup>2</sup> uncir: 1. tr. Atar o sujetar al yugo bueyes, mulas u otras bestias. Diccionario RAEL [n. del pr.]



## 14 la 'Suerte de Troya'

Tras los días de tregua por el entierro de Héctor, el asedio continuó con lentitud, como venía ocurriendo durante los últimos diez años.

El propio Aquiles parecía haber perdido la sed de luchar, y los troyanos, ahora que su caudillo había muerto, no se atrevían a salir del recinto amurallado y adentrarse en la llanura.

Los troyanos, además, esperaban la llegada de nuevos aliados que acudieran en su ayuda: guerreros del sur al mando del rey Memnón, 'hijo de la luciente Aurora,' y un poderoso ejército de guerreras, las amazonas.

Mientras tanto, permanecieron en calma en el interior del recinto amurallado.

Tanto los griegos como los troyanos sabían que en el templo de Atenea, situado en la parte alta de Troya, había una imagen sagrada, una piedra negra con la forma del escudo de Atenea, que había caído del cielo hacía ya mucho tiempo.

Los hombres la llamaban el 'Paladio,' aunque también se la conocía como la 'Suerte de Troya,' y se pensaba que, mientras siguiera allí, la 'diosa de ojos grises' les ayudaría a impedir que sus enemigos entraran en la ciudad.

De modo que la custodiaban día y noche, y su sola presencia ya les daba fuerza y consuelo.

A Odiseo le parecía una buena idea robar la 'Suerte de Troya' de aquel templo tan bien custodiado, situado en el mismo corazón de la ciudad.

Era indudable que los troyanos interpretarían su pérdida como un presagio funesto, y ello les haría perder el poco ánimo que aún les quedaba.

Entonces comenzó a pensar cómo llevaría a cabo la hazaña, y enseguida concibió un plan.

Había un rey en la isla de Delos que tenía tres hijas. Se decía que una de ellas podía convertir el agua en vino, que otra convertía las piedras en panes, y que la más joven era capaz de volver el barro en aceite de oliva.

Los griegos estaban hartos de pagar en oro a los mercaderes fenicios sus suministros de grano, vino y aceite.

De modo que Odiseo se dirigió al Rey Supremo y le pidió permiso para dirigirse a Delos con una nave y traerse a las tres princesas, si ellas aceptaban.

Como en ese momento no había combates, a Agamenón le pareció una buena idea, así que, a bordo de su barco y con cincuenta hombres a los remos, Odiseo partió con la promesa de regresar antes de un mes.

Al día siguiente, un viejo mendigo apareció en el campamento griego, apoyándose en un cayado y vestido con harapos mugrientos y una piel de ciervo raída a manera de capa.

Encogido y sonriente, se acercó a la choza de Diomedes y se sentó junto a la puerta.

Diomedes le tiró unos trozos de pan y de carne, y, cuando el mendigo se los hubo comido, después de roer los huesos como un perro, le preguntó quién era y de dónde venía.

El mendigo, que dijo ser un pirata cretense, le contó una larga historia sobre cómo había sido capturado por los egipcios y obligado después a efectuar trabajos forzados en sus canteras de piedra, hasta que logró escapar escondido entre las grandes piedras que, para la construcción de un templo a orillas del mar, transportaban en una balsa por el Nilo; y luego había conseguido subir a un barco mercante fenicio, pero el barco había naufragado en la costa al sur de Troya y sólo él había logrado sobrevivir, arrastrado a la orilla por una tabla de madera de la cubierta.

Como el relato le había complacido, Diomedes le dio una estera al mendigo y le dejó pasar la noche a la puerta de la choza.

Al día siguiente, aquel pobre desgraciado comenzó a vagar por el campamento, pidiendo limosna y hablando con los soldados.

Y a todos les dio la impresión de que ya nunca más iban a librarse de él.

Allá donde iba, provocaba peleas, y si había alguna historia secreta e inconfesable sobre alguno de los caudillos, sus padres o abuelos, él la averiguaba y se encargaba de airearla.

Así que los hombres de Agamenón lo abofetearon, Áyax le propinó varias patadas e Idomeneo le dio un golpe con el canto de la lanza a causa de una historia que contó sobre su abuela.<sup>1</sup>

Al final el mendigo robó la copa de oro de Néstor —una hermosísima copa con dos asas adornadas con sendas figuras de palomas— y, cuando se la encontraron en su sucio morral, todos exclamaron que

<sup>1</sup> Idomeneo era rey de Creta y nieto del rey Minos y su esposa Pasifae. Posiblemente, la historia a la que se refiere es la pasión erótica de Pasifae con un toro, unión de la que engendró el famoso monstruo Minotauro, para el que el rey Minos mandó construir el 'Laberinto de Creta.' [N. del Au.]

## el profanador de textos

aquella situación era ya insostenible y que debían expulsarlo del campamento a latigazos.

Algunos de los soldados más jóvenes se lo llevaron a rastras hacia la llanura, en medio de una gran algarabía, y en dirección a las puertas de Troya.

Una vez allí, lo sujetaron firmemente y el jefe del grupo, Trasímedes, el hijo de Néstor, dijo en voz alta a los de las murallas:

*—Estamos ya hartos de este mendigo desvergonzado, de modo que le vamos a dar una buena paliza, y luego os lo podéis quedar, si queréis, y si no, que vague por aquí hasta que muera de hambre.*

*Pero si vuelve a nuestro campamento, le arrancaremos los ojos, le cortaremos las manos y los pies y echaremos sus restos a los perros.*

Los jóvenes de Troya se rieron al oír aquello, y se acercaron a las murallas para contemplar el espectáculo.

Los griegos azotaron al mendigo con las cuerdas de los arcos hasta que comenzó a sangrar, y, cuando dejó de aullar, quedó tendido sobre el suelo como si estuviera muerto.

Finalmente, se despidieron dándole una última patada y se alejaron de allí.

El mendigo permaneció así durante un buen rato, hasta que se incorporó, se enjugó los ojos y comenzó a insultarles.

Luego intentó ponerse de pie, pero sus piernas no lograban sostenerlo y, a rastras, llegó hasta la puerta, donde se sentó, gimiendo y lloriqueando, con la piel de ciervo cubriéndole la cabeza.

Helena, que se encontraba sobre la puerta y había visto lo sucedido, se compadeció de él, así que bajó las escaleras y ordenó a los centinelas que abrieran

una de las hojas de la puerta, tal y como solían hacerlo cuando les traían víveres, Entonces salió, recogiendo con cuidado la falda, y se dirigió amablemente a aquel pobre desgraciado para preguntarle por qué lo habían sometido a un trato tan cruel.

El mendigo gimió un momento, se pasó la mano por los doloridos hombros, y a poco le contestó que era un pobre hombre que había naufragado y mendigaba para poder volver a su casa, pero que los griegos sospechaban que era un espía troyano.

Después, mirándola con más atención por entre el pelo revuelto, le dijo que, si ella era Helena, ‘la de las hermosas mejillas,’ tal y como su belleza le daba a entender, él, que hacía poco tiempo que había estado en su país, podía contarle nuevas de su padre, de sus hermanos —los cuales habían muerto hacía ya tiempo, aunque ella aún no lo sabía— y de la hijita que allí había quedado.

Helena se echó a llorar porque hacía muchos años que no sabía nada de su familia.

Luego ayudó al mendigo a levantarse y le pidió que la siguiera, Y en compañía de sus damas volvió a entrar en la ciudad, seguida del mendigo rengo, y fue caminando hasta su casa en el palacio del rey.

Helena ordenó llenar la bañera con agua caliente y traer ropa limpia.

Ella misma se dispuso a limpiarle las heridas y a untárselas con el mejor de los aceites, porque aquel mendigo le daba que pensar.

Y a medida que lo lavaba, lo untaba con aceite y la mugre desaparecía, fueron creciendo en ella las sospechas hasta que, una vez lo hubo peinado y vestido con una túnica blanca y un manto de un intenso color púrpura, lo observó en su apariencia normal y reconoció a Odiseo, su amigo de la juventud.

A Helena casi se le escapa un grito, pero él se puso un dedo sobre los labios y le rogó que guardara silencio.

Y ella comprendió enseguida el enorme peligro que Odiseo corría en aquel lugar, rodeado de enemigos.

*—¡Qué extraño eres! —exclamó Helena, temblando y llorando—.*

*¿Cómo has podido soportar que te apaleasen y te humillasen, y todo para poder entrar en la ciudad?*

*—Tengo una buena razón —le dijo Odiseo mientras dirigía su mirada hacia la puerta por temor a que Paris pudiera entrar en cualquier momento y lo descubriera.*

Ella entendió la razón de la mirada y, sin pensárselo dos veces, le dijo:

*—Paris, mi señor, se encuentra lejos de casa. Ha ido a reunirse con Pentésilea y sus amazonas, que vienen de camino para ayudar a Troya.*

Odiseo sonrió para sus adentros; Helena se percató también de ello y cayó en la cuenta de la gravedad de lo que acababa de revelarles.

*—¡Desgraciada de mí! —clamó, llorando de nuevo—. Acabo de traicionar al pueblo al que ahora me siento ligada. Si huyes de Troya, se lo dirás a tu gente, y entonces les tenderán una emboscada a las amazonas y las matarán a todas.*

*¡Si no existiera todavía entre nosotros esta antigua amistad, llamaría a los guardias para que echaran tu cuerpo a los perros y colocaran tu cabeza en una pica de las puertas Esceas!*

## el profanador de textos

—Señora —le respondió Odiseo—, es cierto que somos amigos desde hace mucho tiempo; y seguiremos siéndolo cuando los griegos entren finalmente en Troya para matar a los hombres y raptar a las mujeres.

Cuando llegue ese momento, si aún sigo vivo, nadie te causará daño alguno. Regresarás sana y salva y llena de honra a casa del rey Menelao.

Y te juro por todos los dioses que jamás diré a nadie lo que acabas de revelarme.

Entonces Helena le trajo algo de comida y vino. Cuando terminó de comer y de beber y hubo recuperado sus fuerzas, Odiseo le dijo:

—Ahora debo ponerme otra vez mis sucios harapos, tomar el morral y empuñar el cayado para mendigar por la calles de la ciudad.

Cuando Odiseo se disponía a salir, Helena quiso despedirse de él con un regalo, en honor de su vieja amistad.

Se acercó a un arcón de madera de olivo que se encontraba contra la pared y sacó una botella dorada muy fina, tallada con dibujos de flores y animales.

—Últimamente me siento siempre desgraciada, excepto cuando estoy dormida —le dijo—. Por esa razón he llegado a pensar que el sueño es el mejor de los regalos.

Una reina egipcia me dio esto, cuando veníamos de camino a Troya. Es una droga que hace conciliar el sueño hasta a los más infelices, y se obtiene de las vainas de las amapolas que adornan la cabeza del dios del sueño.

Te doy este frasco para que ni en la misma Troya te separes de Helena sin un recuerdo tuyo.

Y aunque no necesitaras su ayuda para dormir, la botella es muy valiosa y bella.

Y se la dio a Odiseo, quien la colocó con sumo cuidado en el morral junto con las hermosas prendas que le había regalado.

Helena le entregó también una espada, que el astuto griego escondió bajo los harapos.

—Si te cruzas conmigo en la calle, no te detengas —le dijo Odiseo—.

Te saludaré como lo haría un mendigo al que se le ha dispensado un trato amable en la casa.

Mantén el ánimo bien alto, señora, porque el final de la pena que te aflige está próximo.

Y salió del palacio para internarse en las calles de Troya.

Se quedó unos días en la ciudad para dar tiempo a que las gentes se acostumbraran a su presencia.

Durante el día mendigaba por las calles, y, al caer la noche, buscaba refugio en alguno de los templos.

No levantó sospecha alguna porque era costumbre que la gente enferma o desdichada pasara la noche en los templos, confiando en que los dioses les enviaran un sueño que les revelara cómo remediar sus enfermedades o aliviar sus penas.

La última noche acudió a dormir al templo de Atenea, en cuyo altar estaba depositada la piedra de color negro llamada la ‘Suerte de Troya,’ que las sacerdotisas custodiaban haciendo turnos durante toda la noche.

Aquella noche, Odiseo se acostó en el suelo al lado de otras personas que esperaban obtener de la diosa la gracia de algún sueño.

Él, sin embargo, no pretendía que se le concediera un sueño, sino permanecer bien despierto hasta el

momento en que la última de las sacerdotisas viniera para hacer la ronda final.

La sacerdotisa se paseaba descalza por entre la gente que dormía, portando una antorcha en la mano y murmurando una oración a Atenea, ‘la de los ojos grises.’

Pasó junto a Odiseo y continuó su ronda.

Y al darle ella la espalda, Odiseo tomó la botella dorada del morral y la puso a su lado en el suelo de mármol.

Al volverse ella hacia Odiseo, él ya se encontraba con los ojos cerrados como si estuviera profundamente dormido.

Cuando la sacerdotisa volvió a pasar, la luz de su antorcha parpadeó sobre aquella hermosa botella; la mujer se inclinó y, tras recogerla, la observó con curiosidad.

La tapa estaba algo suelta y el fragante aroma que despedía era como la esencia de todas las flores de la región de su infancia.

La abrió, aspiró el aroma y, con la punta de la lengua, probó aquella droga almibarada.

Le pareció que tenía el sabor más dulce que jamás había probado, y siguió saboreándola una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que la botella estaba casi vacía.

Después, como le remordía la conciencia, volvió a colocar la tapa en su sitio, dejó la botella en el suelo y se alejó murmurando una oración.

Pero, al poco rato, le entró una modorra que la hizo desplomarse frente al altar y sumirse en un profundo sueño, por momentos más y más pesado.

Dejó caer de sus manos la antorcha, que se apagó tras chisporrotear sobre las losas, y el templo quedó a oscuras.

## *el profanador de textos*

Odiseo volvió a meter la botella en su morral, se arrastró por entre los cuerpos dormidos hasta el altar y, palpándola en la oscuridad, agarró la ‘Suerte de Troya,’ la introdujo en el morral bajo los restos de comida del día anterior, y la reemplazó con una copia hecha de arcilla ennegrecida que él mismo había modelado con antelación.

Después volvió al lugar que había ocupado entre los que allí dormían, se echó de nuevo y descansó hasta que las primeras luces del amanecer se colaron por entre las columnas del santuario.

Entonces se despertaron todos y, tras abrirse las puertas del templo, Odiseo salió en compañía de aquellos afligidos.

En el exterior, todavía era poca la gente que circulaba por las calles, pero, aun así, el astuto griego se alejó del templo caminando por los rincones más oscuros y apoyándose pesadamente en el cayado hasta que llegó a la puerta del este, orientada hacia las colinas y alejada del campamento griego.

Les contó a los centinelas que había recogido suficiente comida como para llegar a otra ciudad y que tenía intención de ponerse en camino.

Abrió el morral y les enseñó aquel revoltijo de pedazos de pan y de carne bajo el cual ocultaba el Paladio.

Los centinelas se echaron a reír y, deseándole que tuviera la suerte de encontrar una ciudad con sobras de comida más espléndidas que Troya, lo dejaron pasar.

El astuto Odiseo se alejó cojeando por el camino que conducía a los bosques del monte Ida; cuando por fin llegó a los primeros árboles, y tras asegurarse de que no podían verlo desde la ciudad, se apartó de la senda, se tumbó bajo aquellas frondosas copas, y

se puso a dormir hasta que empezó a oscurecer y el fresco de la noche lo despertó.

Entonces se levantó, vació el morral y engulló la comida mendigada el día anterior, pues tenía hambre y aún le quedaba un buen trecho que recorrer hasta llegar al campamento griego.

Se lavó en las frías aguas de un arroyo y, vestido con las ropas que Helena le había regalado, se echó el morral a la espalda y escondió el Paladio bajo la túnica.

Después se puso otra vez en camino, siguiendo la orilla de un arroyo que discurría entre frondosos márgenes, y así llegó al río Janto.

Pronto alcanzó los puestos de guardia más avanzados del ejército griego.

Cuando los guerreros reconocieron a Odiseo a la luz de las fogatas, lo recibieron con gritos de bienvenida y sorpresa, ya que su barco aún no había regresado de Delos.

Odiseo se inventó la historia de que estaba cansado de navegar y había ordenado a sus hombres que lo dejaran en tierra para estirar las piernas con un paseo hasta el campamento, mientras ellos se encargaban de efectuar unas reparaciones necesarias en la nave.

Luego deseó a los hombres del puesto de guardia una noche tranquila y se dirigió hacia el campamento en busca de los aposentos de Agamenón, donde el Rey Supremo y todos los caudillos y capitanes celebraban un banquete.

También ellos se sorprendieron de su regreso, y Agamenón le preguntó si había traído a las princesas que podían hacer grano, vino y aceite.

*—No —le contestó Odiseo—, pero he traído algo que estoy seguro que nos será de más utilidad.*

Y de debajo de su manto extrajo la ‘Suerte de Troya’ para que todos pudieran verla.

Al hijo de Néstor le dijo, mientras lo sujetaba por los hombros:

*—¡Y la próxima vez que echés a un mendigo, no lo maltrates de esa manera!*

Todos los griegos lanzaron una carcajada y mostraron un gran júbilo, pues, ahora que la ‘Suerte de Troya’ estaba en su poder, volvían a recuperar la esperanza.

Así que sacrificaron diez bueyes a Zeus.

En el interior de las murallas de Troya, sin embargo, se produjo una fuerte conmoción por la pérdida de su tesoro más sagrado, y muchos troyanos, profundamente abatidos, sintieron que habían perdido la última esperanza. ♣

## 15 las mujeres guerreras

Mientras tanto, Paris conducía a las amazonas hacia Troya.

Las amazonas<sup>1</sup> eran una tribu de mujeres guerreras que vivían en la cuenca del río Termodonte.

En la guerra rivalizaban con los hombres más fuertes, y se decía que eran hijas de Ares, ‘el dios de la guerra.’

Pentesilea, su joven reina, había dado muerte por accidente a su hermana Hipólita un día en que salieron de caza y una lanza que iba dirigida a un ciervo la alcanzó.

Y Pentesilea, amargada por la desgracia, pues era grande el amor que sentía por su hermana, no amaba ya la vida y tan solo sentía deseos de morir.

Pero su muerte debía ser gloriosa y en combate. Tal era la razón por la que ella y las doncellas de su guardia personal se habían alejado de los bosques y los ríos en que habitaban y habían decidido unirse a los defensores de Troya.

<sup>1</sup> Las amazonas eran un pueblo de mujeres guerreras que sólo se unían con hombres una vez al año con el objeto de perpetuar la especie. Únicamente conservaban a las hijas, y matando a los varones. La intervención de las amazonas en la guerra de Troya —episodio que no figura en el poema de Homero— se explica por la relativa proximidad de su territorio, las costas del mar Negro, a la zona de Troya. [N. del Au.]

Conducidas por Paris, que conocía mejor que nadie los caminos de los bosques y los pasos de las montañas, llegaron a la ciudad sin contratiempo alguno.

Odiseo había mantenido la promesa de guardar silencio que le había hecho a la bella Helena, y de ese modo no sufrieron ninguna emboscada de los griegos.

En cuanto entraron a caballo en la ciudad, el pueblo de Troya se arremolinó en torno a ellas, asombrados al verlas montar, según era costumbre en su país, en lugar de conducir carros de guerra.

Pentesilea se destacaba de las otras amazonas como la luna sobre las estrellas, y todos se le acercaban y agitaban sus lanzas en señal de bienvenida, le arrojaban flores bajo su caballo y le besaban los pies.

Príamo dispuso un gran banquete para celebrar su llegada y le regaló varias copas de oro, vestidos con bordados muy finos y una espada con la empuñadura de plata.

Pentesilea, alzando la espada, juró que con ella mataría a Aquiles.

Pero, al oír el juramento, Andrómaca se dijo a sí misma: “¡Pobre mujer! Si Héctor fracasó en su intento, y ahora yace bajo un montón de tierra, ¿cómo pretendes tú darle muerte a Aquiles?”

A la mañana siguiente, Pentesilea se levantó y se vistió su reluciente armadura, con la nueva espada a un costado.

Tomó todas sus lanzas y su poderoso escudo y, tras montar en su caballo blanco, flanqueada por doce de sus doncellas, todos los hermanos de Héctor y otros familiares, se situó a la cabeza del ejército troyano y se lanzó veloz como el viento hacia el campamento griego.

Viéndola acercarse, los griegos se preguntaban, mientras desplegaban sus tropas para el combate: “¿Quién será ese que guía a los troyanos como lo haría Héctor? ¡Debe ser algún dios el que así encabeza y dirige los carros de guerra!”

De modo que la llanura de Troya, al igual que en ocasiones anteriores, volvió a teñirse de rojo como un campo de amapolas, y las guerreras causaron gran cantidad de bajas entre los griegos más diestros y valerosos.

Pero antes del mediodía, la mitad de las amazonas había muerto, y el dolor y la rabia se apoderaron de Pentesilea.

Así que, sedienta de venganza, se abalanzó sobre los carros e hizo huir a los soldados como las leonas hacen huir al ganado por las colinas, gritando mientras cabalgaba:

—*¡Hoy es el día en que pagaréis todo lo que habéis hecho sufrir a Príamo!*

*¡Diomedes! ¡Aquiles! ¡Áyax! ¡Vosotros, de quienes se dice que sois los más valientes de entre los vuestros, salid y enfrenaos a mis lanzas!*

Una y otra vez Pentesilea cargó al frente de los parientes de Príamo y de las pocas guerreras de su guardia que aún le quedaban.

Los carros la seguían, dando bandazos y sacudidas, por encima de los cuerpos muertos.

Pasaba como un relámpago entre nubarrones, e igual estaba aquí que allá, y los griegos comenzaron a retroceder hacia el foso, acosados por hombres con antorchas que, al igual que el día del furioso ataque de Héctor, pretendían quemar las naves negras.

Aquiles y Áyax no supieron que la batalla había empezado, porque no se encontraban en ese momento en el campamento; pero al regresar justo



cuando Pentesilea y los troyanos cruzaban el foso, se lanzaron al combate para alejar al enemigo de las naves.

Áyax atacó a los troyanos y Aquiles cargó contra Pentesilea y mató a las últimas cinco guerreras de su guardia.

Y la reina, al ver muertas a sus doncellas más queridas, se revolvió contra los dos paladines griegos.

Arrojó una lanza sobre Aquiles, pero rebotó en su escudo y cayó despuntada al suelo.

Luego lanzó una segunda lanza contra Áyax al grito de:

—*¡Soy hija del dios de la guerra, prueba ahora mi lanza!*

Pero la armadura de Áyax también resistió la lanza de Pentesilea, y tanto él como Aquiles se rieron a carcajadas.

Y Aquiles, sin dejar de reírse, levantó la enorme lanza que nadie excepto él podía manejar, y, aunque la reina se apresuró a empuñar la espada, le atravesó el bronce labrado del peto y se la clavó en el pecho, del que enseguida comenzó a manar abundante sangre.

A continuación mató al caballo con una lanza corta, y cabalgadura y jinete murieron al tiempo que se desplomaban al suelo.

Pentesilea yacía sobre el agitado polvo como un álamo joven derribado' por el viento. El casco se le había desprendido de la cabeza, desparramando su brillante cabellera.

Y, al ver a la reina de las amazonas, los griegos que se congregaban a su alrededor se maravillaron de su juventud y belleza.

La pena y el dolor embargaron entonces el corazón de Aquiles, que la había matado, y 'el héroe de rápidos pies' rompió a llorar, lamentando su acción.

Los griegos, apesadumbrados, no persiguieron a los troyanos, que se batían en retirada, ni tampoco les quitaron las armaduras a la reina y a sus guerreras, sino que las colocaron a cada una en un féretro y se las devolvieron a Príamo para que les diera honrosa sepultura.

Y Príamo, que la noche anterior había organizado un banquete en su honor, ordenó incinerar sus cuerpos en una gran pira y depositar sus cenizas en unas urnas doradas, a las que luego dio sepultura en el túmulo de un rey de Troya muerto tiempo atrás. ♣

## 16 la muerte de Aquiles

El rey, los caudillos, los príncipes y los ancianos de Troya se reunieron en consejo y decidieron no salir del recinto amurallado hasta que el rey Memnón llegara en su ayuda al mando del gran ejército etíope.

Polidamante, el más sensato de todos, dijo que no debían esperar más ni continuar aquella guerra: había llegado el momento de devolver a Helena a su pueblo y entregarles, además, el doble de las joyas que ella había traído consigo de la casa de Menelao.

En ese instante, Paris se levantó enfurecido, llamó cobarde a Polidamante y añadió que el destino de Troya le importaba poco si podía retener a Helena algún tiempo más a su lado.

De modo que el ejército troyano se retiró otra vez y esperó dentro del recinto amurallado.

Poco tiempo después llegó el rey Memnón, un hombre casi tan hermoso como Paris y Aquiles, al mando de un ejército de hombres a los que tan intensamente les había acariciado el sol en la tierra de la que procedían, que lo único blanco que tenían eran los dientes.

Así que Príamo organizó otro banquete y le ofreció al rey Memnón una gran copa de oro rebosante de vino.

Y Memnón se la bebió de un trago.

Después, como era contrario a alardear de su habilidad para el combate, dijo:

—*Si soy o no un buen guerrero, eso se sabrá cuando empiece el combate.*

*Mientras tanto, retirémonos a descansar, porque pasar la noche en vela emborrachándose no es la mejor manera de preparar la batalla de mañana.*

Al amanecer, Memnón se colocó al frente de aquel ejército de piel oscura y salió en dirección al llano.

Y los griegos se habrían derrumbado ante aquella legión de soldados de refuerzo si Aquiles, con su reluciente armadura, no les hubiera infundido valor.

Memnón cayó sobre el ala izquierda del ejército griego, y allí se enfrentó con Antíloco, hijo de Néstor.

Memnón se abalanzó sobre el joven príncipe al igual que los leones se arrojan sobre sus víctimas; Antíloco levantó una de las piedras de la tumba de un antiguo rey y le golpeó con ella en el casco, derribándolo al suelo.

Pero, en un instante, ‘el rey de piel oscura’ se levantó y le hundió su lanza en el pecho traspasándole el corazón y haciéndole caer sin vida en presencia de su anciano padre.

Memnón volvió a la carga, sembrando la muerte a su paso y despojando de su armadura a los muertos.

Néstor, que se había visto apartado del cadáver de su hijo por la acometida de Memnón, montó en su carro y se abrió paso hasta Aquiles para rogarle que, a toda prisa, le ayudara a librar de la deshonra el cadáver de Antíloco.

Aquiles se acercó veloz al lugar en que el joven había caído y se encontró, cara a cara, con el rey Memnón, quien ordenó a su guardia que se retirara para hacerle frente.

Memnón le lanzó una piedra enorme, pero Aquiles la desvió con el escudo y, adelantándose, le hirió en un hombro.

Pero, pese a encontrarse herido, ‘el rey de piel oscura’ arrojó su lanza contra Aquiles y lo hirió en un brazo.

Aquiles no hizo caso alguno de la sangre que le brotaba porque no era en el brazo donde podía recibir una herida mortal.

Entonces desenvainaron ambos las espadas y descargaron fuertes golpes y reveses sobre escudos y cascos.

Se cercenaron mutuamente las largas cimbras de crin de caballo, que volaron como si fueran pájaros abatidos por el vendaval, mientras los escudos resonaban por los golpes de espada.

Dirigían sus golpes a las rodillas y al cuello, que quedaban desprotegidos por el escudo.

Una asfixiante nube de polvo envolvía a los combatientes.

Por fin, Aquiles lanzó una estocada tan rápida que Memnón no logró esquivarla: la hoja de bronce entró limpiamente por el esternón y el cuerpo del aguerrido rey se derrumbó ya sin vida.

Aquiles soltó su potente grito de victoria y ordenó avanzar al ejército griego.

Muy pronto se encontraron a las puertas de la ciudad, y la entrada por las puertas Esceas se obstruyó con la aglomeración de hombres y carros, perseguidos y perseguidores.

En aquel momento los griegos habrían podido penetrar en Troya y poner fin a tan largo asedio;

pero Paris se situó en la torre de la puerta y, tras colocar una nueva cuerda en el arco, pues la anterior estaba completamente desgastada por el uso, eligió una flecha de la aljaba,<sup>1</sup> reclinó su cuerpo y apuntó a Aquiles entre la muchedumbre que se apiñaba a su alrededor.

La flecha salió disparada y Apolo la guió de tal modo que penetró por entre aquel enjambre humano y, entre tantos pies en continuo movimiento, encontró el objetivo al que iba dirigida.

Dio de lleno en el talón de Aquiles, justo en el lugar desprotegido que hay por debajo del protector de la pierna, justo el sitio por donde su madre Tetis lo había tomado al sumergirlo de niño en el río Éstigia, el único punto que no había entrado en contacto con el agua y

que podía dejar pasar la muerte.

Aquiles se tambaleó y cayó. Volvió a levantarse y empezó a dar vueltas sobre sí mismo mientras gritaba:

—*¿Quién es el cobarde que me ha disparado sin dar la cara? ¡Que venga aquí y pelee con lanza y espada!*

Y se sacó de un tirón la flecha de la herida, y la sangre salió a borbotones.

Había sangre por todas partes. Su mirada se nubló.

Avanzaba tambaleándose, dando golpes a ciegas, hasta que sus fuerzas le abandonaron y se detuvo apoyado en su lanza.

Soltó un grito áspero y bronco:

<sup>1</sup> aljaba: 1. f. Caja portátil para flechas, abierta por arriba y con una cuerda o correa con que se colgaba del hombro. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

—¡Perros troyanos! ¡Me muero, pero no os libraréis de mis lanzas!

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, cayó derrumbado ante la puerta, y la armadura resonó estrepitosamente.

Los troyanos lo miraban expectantes como los cazadores ante el león que agoniza, sin atreverse a acercarse hasta que se le escapó el último aliento de vida.

Y así fue como se cumplieron las palabras de Héctor en el momento de su muerte; que “Aquiles moriría a manos de Paris ante las puertas Esceas.”

Entonces los troyanos se apresuraron a capturar el cuerpo de Aquiles y su gloriosa armadura, mientras los griegos pugnaban por sacarlo de allí para enterrarlo.

El combate se desarrolló alrededor de su cuerpo; los hombres de ambos ejércitos se entremezclaban de tal modo que los arqueros no se atrevían a disparar por miedo a matar a los de su bando.

Por fin, Odiseo, aunque herido en la rodilla, tomó el cuerpo de Aquiles por las muñecas, se lo cargó a la espalda y se encaminó dando traspiés hacia las naves.

Áyax y sus guerreros le siguieron para cubrirle las espaldas, cargando contra los troyanos cuando éstos se acercaban demasiado.

Pero, poco a poco, y disputando cada palmo de terreno, consiguieron llevarse a Aquiles hasta las naves negras, atravesando la llanura sembrada de cadáveres.

Lo llevaron a sus propios aposentos y, una vez allí, las mujeres, con Briseida a la cabeza, le limpiaron la sangre y la suciedad del campo de batalla y

lo colocaron en un féretro cubierto con un manto blanco.

Luego lloraron su pérdida, gimiendo y entonando cantos fúnebres.

Y todos los caudillos griegos que aún quedaban con vida se cortaron mechones de pelo en su honor, tal y como él había hecho hacía poco por su amigo Patroclo.

Su madre, Tetis ‘la de los pies de plata,’ subió entonces del fondo del mar acompañada de todas sus doncellas.

Ascendieron desde los salones cristalinos de las profundidades del mar con el mismo movimiento de las olas en un día estival, y sus cantos tristes y melódicos podían oírse por toda la costa.

El miedo se adueñó de los griegos y todos habrían huido de no ser porque Néstor los tranquilizó, diciéndoles:

—*No temáis. Es su madre, con su séquito de doncellas, que viene a velar a su hijo muerto.*

Y se mantuvieron firmes en sus posiciones.

Tetis y las ninfas marinas aparecieron y rodearon el cadáver y se unieron con sus dulces cantos a los lamentos de las mortales.

Entonces los griegos levantaron una gran pila de leña y colocaron a Aquiles encima; luego añadieron bueyes sacrificados, jarras de aceite, vino y miel, y le prendieron fuego a todo.

Cuando la pira se consumió, recogieron las blancas cenizas del héroe y las mezclaron con las de Patroclo en la misma urna de oro que habían sacado previamente de su tumba.

Y volvieron a levantar un túmulo de tierra, esta vez mucho más alto que el anterior, y colocaron una lápida muy alta en la parte superior para que todo

el que pasara por tierra o por mar pudiera verla y recordar quiénes yacían allí.

Después celebraron los juegos fúnebres en su honor: carreras de carros y a pie, boxeo y lucha, tal y como habían hecho con Patroclo.

Y para cada uno de los ganadores, Tetis ofreció ricos y muy honrosos premios.

Finalmente, cuando los juegos acabaron, Tetis hizo traer la espléndida y reluciente armadura que Hefesto había forjado para su hijo y, extendiéndola a los pies del túmulo funerario, dijo:

—*Que esta armadura sea el premio para el mejor y el más valiente de los dos campeones que consiguieron rescatar el cuerpo de Aquiles de manos troyanas.*

Y una vez dicho esto, se alejó de todos ellos y regresó al mar con sus doncellas.

Áyax y Odiseo se pusieron de pie y, creyéndose cada uno el mejor y el más valiente, reclamaron la armadura de Aquiles, convencidos ambos de ser merecedores de ella.

Pero el viejo Néstor se puso también de pie y dijo:

—*Es lamentable que los dos únicos héroes que nos quedan tengan que competir por el premio. Porque el perdedor quedará resentido y puede que se sienta rechazado o que piense que ya no es uno de nuestros campeones, de modo que sufriremos una gran pérdida.*

*Pero, si es irremediable que compitan, no debemos ser nosotros quienes actuemos de jueces, ya que, si unos elegimos a Áyax y otros a Odiseo, podemos acabar enfrentándonos.*

## el profanador de textos

*Tenemos muchos cautivos troyanos esperando a que alguien pague su rescate. Que sean ellos quienes juzguen.*

*—Sabias palabras —dijo Agamenón, el Rey Supremo.*

Así pues, trajeron a los cautivos troyanos y los colocaron en el centro de la asamblea.

Y Odiseo y Áyax, frente a ellos, explicaron las razones por las que se creían merecedores de la armadura de Aquiles.

Áyax habló primero; pero el dios Dioniso, quien disfrutaba haciendo diabluras, le insufló una especie de borrachera que le hizo hablar de un modo ordinario y torpe, de manera que no sólo argumentó su reivindicación, sino que procuró menospreciar a Odiseo, calificándolo de cobarde y débil.

Cuando terminó, Odiseo dijo con mucha delicadeza:

*—Que sean los troyanos los que juzguen si merezco los insultos con que Áyax me ha obsequiado; que sean ellos, que fueron testigos de mis múltiples hazañas en combate y que no ignoran que fui yo quien les arrebató la Suerte de Troya.*

*Que consideren, además, que Áyax no me juzgó tan débil como dice cuando, a pesar de que me encontraba convaleciente de una herida, peleamos el uno contra el otro en los juegos fúnebres en honor de Patroclo.*

Los cautivos decidieron que Odiseo era el mejor guerrero de los dos y le concedieron la armadura de Aquiles.

Y el resentimiento se apoderó del espíritu de Áyax hasta el punto de no dejarle articular palabra.

Se quedó rígido e inmóvil hasta que sus amigos le acompañaron a su tienda.

Allí permaneció sentado todo el día, sin comer, ni beber, ni tan siquiera hablar, y todo a causa de la estúpida locura que el dios había insuflado en él.

Al caer la tarde, la locura seguía dominándolo; pero cuando se hizo de noche, los pensamientos malignos bullían en su interior y lo atormentaban.

Tomó la espada y salió en la oscuridad de la noche hacia los aposentos de Odiseo, con la intención de descuartizado.

Pero de camino pasó junto al rebaño de ovejas que los griegos guardaban para abastecerse de carne, y, lanzándose al redil, con furia incontenible, comenzó a matarlas a todas sin otro motivo que saciar su sed asesina.

Al amanecer recobró el juicio y se dio cuenta de que no había matado a Odiseo y de que se encontraba en medio de un gran charco de sangre y de un montón de ovejas descuartizadas.

Ya no podía seguir viviendo con la deshonra que aquella locura le había ocasionado.

Así que aseguró su sangrienta espada firmemente en el suelo por la empuñadura, se apartó un poco, echó a correr y se lanzó sobre la punta de la espada, que le atravesó el corazón de parte a parte.

Y ése fue su final.<sup>2</sup> ♣

<sup>2</sup> El suicidio, como éste de Áyax, arrojándose sobre su propia espada, constituyó una costumbre en la antigüedad grecolatina como forma de quitarse la vida generales o reyes, cuando consideraban perdido su honor —es el caso de Áyax— o cuando no querían caer en manos enemigas. [N. del Au.] ♣

## 17 la flecha envenenada

Cuando los griegos encontraron sin vida a Áyax, lamentaron tanto su muerte que sus gritos de dolor se oyeron por toda la costa.

El propio Odiseo clamó:

*—¡Ojalá no me hubieran premiado los troyanos con la armadura de Aquiles!*

*¡Habría preferido mil veces que se la concedieran a Áyax a que todo nuestro ejército tuviera que soportar tan amarga pérdida!*

Cremaron y sepultaron el cuerpo de Áyax y entonaron lamentos ante su cadáver, tal y como habían hecho con Aquiles.

Sabían que, aunque habían matado a Héctor y derrotado a las amazonas y al ejército de Memnón, además de tener en su poder la ‘Suerte de Troya,’ también habían perdido a demasiados campeones, por lo que no estaban ahora más cerca de conquistar la ciudad y recobrar a Helena de lo que lo habían estado hacía diez años.

Así que, al borde de la desesperación, acudieron a Calcante, ‘el adivino,’ y le rogaron que les aconsejara qué hacer.

## el profanador de textos

Calcante escudriñó los lugares más oscuros de su interior, escuchó las voces que desde allí le hablaban, y dijo a sus camaradas:

—*Buscad a Filoctetes, 'el arquero de la isla de Lemnos,' pues la palabra de los dioses es que nunca podremos conquistar Troya sin su ayuda.*

Y es que los griegos habían desembarcado en Lemnos hacía diez años, de camino a Troya, para reaprovisionarse de agua dulce; y uno de los suyos, Filoctetes, se había enfrentado a un reptil venenoso que vivía en las colinas.

Aunque al final consiguió aniquilarlo, el reptil le había mordido en un pie, y la herida no sólo no curaba sino que supuraba un veneno que despedía un hedor nauseabundo.

Dolorido fuertemente, Filoctetes mantenía a todo el campamento en vela con sus alaridos una noche tras otra.

Los griegos le tenían lástima, pero no podían soportar la idea de llevárselo con ellos en el reducido espacio de una nave, así que lo abandonaron en aquella isla desolada cuando se hicieron de nuevo a la mar.

Pero ahora, un poco tarde a decir verdad, los dioses le hacían saber a Calcante que los griegos no tomarían Troya sin la ayuda de Filoctetes.

Así que Diomedes y Odiseo partieron en su búsqueda y, tras desembarcar en aquella costa desierta, escucharon los gritos de dolor y desesperación que les resultaban tan familiares, y que les condujeron hasta una cueva de los acantilados de la costa.

Y allí encontraron a Filoctetes en un estado espantoso y deplorable, convertido en un verdadero saco de huesos, con los cabellos largos y enmarañados y los ojos hundidos en las cuencas.

Estaba quejándose, tumbado sobre un montón de plumas y huesos de aves marinas que había cazado para comer, con el arco y las flechas al alcance de la mano, y con el pie herido supurando aún aquel veneno pestilente.

Cuando vio a Odiseo y a Diomedes acercarse, empuñó el arco y preparó una flecha envenenada con su mismo veneno.

Pero ellos alzaron las manos en señal de paz y sólo así dejó el arco y les permitió acercarse.

Sentados sobre unas rocas, le contaron el motivo de su visita; le prometieron que, si él los acompañaba, se ocuparían de la herida y harían todo lo posible para compensarle por el abandono en que le habían dejado.

Filoctetes los escuchó con atención y, finalmente, accedió a viajar a Troya en su compañía.

Los remeros lo instalaron en una litera y lo trasladaron al barco.

Odiseo le lavó la herida con agua que había calentado en una hoguera hecha de maderos arrasados por el mar, se la untó con aceite y le vendó el pie con un lienzo muy suave.

Le dieron comida y vino, que hacía diez años que no había probado, y a la mañana siguiente pusieron rumbo a Troya.

Vientos favorables los condujeron veloces hasta la costa donde se hallaban las naves negras.

Una vez allí, llevaron a Filoctetes a los aposentos de Agamenón, donde el Rey Supremo le dio la bienvenida y Macaón, el médico, hizo lo que pudo por curar aquella herida.

Le proporcionaron varias esclavas para atenderle y le regalaron veinte caballos bien domados y varias vasijas de bruñido bronce.

Lo bañaron, le cortaron y peinaron el cabello y, en sustitución de sus harapos, le dieron una túnica que pertenecía al propio rey.

Muy pronto, en cuanto notó que recuperaba sus fuerzas, se sintió impaciente por empuñar el arco y lanzar sus flechas —aún conservaba algunas envenenadas— contra los troyanos.

Los griegos, sin embargo, consideraban indigno usar flechas envenenadas, pero Filoctetes les dijo:

—*Es el arte que he aprendido en estos diez largos años. Si queréis que os ayude, tiene que ser a mi manera.*

Cuando los griegos volvieron a cargar contra las altas murallas de la ciudad, y Paris les arrojaba una lluvia de flechas desde los baluartes,<sup>1</sup> Filoctetes le gritó burlón al verlo:

—*¡Debes sentirte muy orgulloso de tu pericia como arquero y de la flecha que mató al gran Aquiles; pero también yo soy hábil y, además, el arco que llevo en la mano lo tensó el poderoso Hércules en persona!*

Colocar una flecha en el arco, tensar la cuerda, y disparar fue todo uno.

De inmediato sintió un agudo dolor que creció y se extendió como un fuego en su interior, y, dando un grito, cayó al suelo.

Los troyanos lo retiraron al interior de las murallas, y los médicos tuvieron que asistirle durante la noche.

Pero nada podía detener su agonía y, al amanecer, exclamó:

<sup>1</sup> baluarte: 1. f. Empalizada de defensa. Diccionario RAEL [n. del pr.]



## el profanador de textos

—¡Llévame junto a la ninfa Enone, que vive en las faldas del monte Ida!

Así que sus amigos lo acomodaron en una litera y lo trasladaron a través de abruptos bosques por la senda que tantas veces había seguido cuando era joven e iba a visitar a su amada, y que no había vuelto a recorrer desde hacía muchos años.

Por fin, los que lo transportaban llegaron a la cueva de Enone y olieron el dulce humo de la madera de cedro y escucharon las tristes y graves notas de la canción que la ninfa estaba entonando.

Paris la llamó; ella escuchó su voz, salió de la cueva y se detuvo a la entrada, pálida como una mariposa nocturna al contraluz de las llamas de la fogata.

Los que transportaban a Paris dejaron la litera a sus pies, y Paris extendió el brazo para tocar a su amada, suplicándole compasión; pero ella se retiró, recogiendo y ciñéndose la túnica.

—Señora —imploró—, no me odies. No me rechaces de este modo, porque este dolor es tan grande que apenas puedo soportarlo.

¡Te aseguro que yo no actué libremente cuando te abandoné aquí! ¡Fueron las Moiras<sup>2</sup> las que me condujeron hacia Helena!

¡Ojalá hubiera muerto en tus brazos antes de haber visto nunca su cara! ¡Ten piedad de mí, por el amor que hubo entre nosotros, y no me dejes morir a tus pies con este sufrimiento!

Pero Enone le contestó con una voz fría y apagada:

—Hace ya demasiado tiempo que me abandonaste por el amor de Helena. Estoy segura de que ella es más hermosa que yo y te podrá ayudar mejor que yo.

Vuelve con Helena y que sea ella la que te libre del dolor.

Y se dio media vuelta, entró a la cueva y se tendió junto al fuego, llorando con desconsuelo.

Pero al poco rato su corazón se ablandó, y se levantó y volvió a la entrada de la cueva, con la esperanza de encontrar a Paris todavía allí.

Pero agotada su última esperanza, Paris había ordenado a los que lo transportaban que lo llevaran a lo más profundo del bosque, como hacen los animales salvajes cuando van a morir.

Y cuando Enone se puso a buscar algún rastro de Paris alrededor de la boca de la cueva, el héroe troyano ya había muerto.

Los que lo transportaban trasladaron rápidamente su cuerpo por espesos bosques de robles de regreso a la ciudad.

Una vez allí, su madre lloró amargamente por él al igual que hicieron las plañideras.<sup>3</sup>

Y Helena entonó cantos funerarios, como lo había hecho ante Héctor, en recuerdo de lo que una vez hubo entre ambos.

La gente levantó una gran pila de leña seca y colocó el cuerpo en la parte superior; luego prendió fuego al ramaje, y las llamas se elevaron enseguida al cielo en la oscuridad de la noche.

Enone, mientras tanto, vagaba entre la oscura arboleda, derramando lágrimas y llamando a su amor

como una leona a la que los cazadores han arrebatado sus cachorros.

Por fin, divisó a lo lejos las llamas de la pira y entendió lo que aquello significaba.

Entonces proclamó a gritos que Paris era ahora del todo suyo y que, si cuando estaba vivo la había abandonado por otra mujer, una vez muerto estarían juntos y nadie podría separarlos nunca más.

Y se lanzó a la carrera, bajando por el escarpado terreno y por las espesuras del bosque, donde las ninfas lloraban por él, y llegó a la llanura, en la que una multitud de troyanos se arremolinaba alrededor de la pira en llamas.

Cubierto el rostro con un velo de novia, cruzó rauda por entre la multitud, que se hacía a un lado para abrirle paso, y se arrojó al centro mismo de la alta hoguera, allí donde las lenguas de fuego ascendían como si quisieran lamer las estrellas.

Y allí se acurrucó junto al cuerpo de Paris para estrecharlo entre sus brazos.

El fuego los devoró a los dos unidos, y, cuando se apagaron las llamas, recogieron sus cenizas en una urna de oro, colocaron la urna en una cámara de piedra y la cubrieron de tierra oscura.

Y al cabo de mucho tiempo, las ninfas del bosque plantaron sobre el túmulo dos rosales silvestres que, al crecer, se inclinaron el uno hacia el otro de manera tal que sus tallos se entrelazaron y, más que dos rosales, parecían uno solo.<sup>4</sup> ♣

<sup>2</sup> En la mitología griega, las Moiras [en latín, Parcas] eran tres divinidades que simbolizaban la fuerza misteriosa del destino. Suele presentárselas como tres hermanas. [N. del Au.]

<sup>3</sup> plañidero, ra: 1. adj. Lloroso y lastimero. 2. f. Mujer llamada y pagada que iba a llorar a los entierros. Diccionario RAEL [n. del pr.]

<sup>4</sup> La bella alegoría de los rosales que enredan sus ramas como símbolo del abrazo de los amantes muertos es un motivo literario muy frecuente con el que se expresa la sobrevivencia del amor más allá de la muerte. [N. del Au.]

## 18 el caballo de madera

Tras la muerte de Paris, Helena no fue devuelta a Menelao, su marido legítimo.

Es posible que los troyanos lo consideraran un acto deshonesto, sobre todo porque temían que se la sometiera a una muerte cruel.

Así es que Deífobo, uno de los hermanos todavía vivos de Paris, la acogió en su casa.

Y la guerra prosiguió.

Los griegos volvieron a acometer las murallas de la ciudad en un nuevo asalto desesperado.

Pero los troyanos, seguros tras de las almenas, los obligaban a retroceder con un enjambre de flechas.

En vano Filoctetes disparaba sus dardos envenenados, pues rebotaban contra la muralla de piedra o se clavaban sin causar daño alguno en los gruesos maderos de las puertas.

Muchos griegos que intentaban escalar las defensas troyanas morían atravesados por las lanzas o aplastados bajo enormes piedras.

Al anoecer se retiraron a sus naves.

Agamenón convocó a consejo.

Quedaban ya pocos jefes de los que al principio acudieron a la llamada del rey.

Y, como siempre, todos confiaban en la sabiduría de Calcante, 'el adivino.'

*—Ayer —dijo Calcante de pie en el centro— vi cómo un halcón perseguía a una paloma.*

*La paloma logró escapar y se refugió en una de las grietas de las rocas que hay en la base de las murallas de la ciudad.*

*Durante un buen rato, el halcón se esforzó en sacarla de allí, pero no lo conseguía.*

*Entonces se le ocurrió alejarse un poco y ocultarse entre las piedras.*

*Y cuando la pobre paloma se atrevió a sacar inocentemente la cabeza, el halcón se abatió sobre ella y la mató.*

*Aprendamos del halcón, y, si con la fuerza no podemos doblegar a Troya, intentémoslo con la astucia.*

Entonces Atenea sembró en la mente de Odiseo la semilla de una idea, una de esas ideas ingeniosas que le habían hecho famoso.

Y, poniéndose de pie, se la explicó a todos los griegos, que lo escucharon con atención:

*—Debemos construir un caballo de madera, un enorme caballo con el cuerpo hueco.*

*Y en su interior se esconderán los hombres más valientes de todo el ejército, perfectamente armados.*

*Después, el grueso del ejército subirá a bordo de sus naves y simulará que parte de vuelta a casa, aunque apenas sobrepasará la isla de Ténedos, en cuyo extremo opuesto se ocultará.*

*Los troyanos, como la paloma de Calcante, saldrán de la ciudad para comprobar si hemos abandonado de verdad el campamento y para contemplar el enorme caballo, y se preguntarán*

*por qué razón lo hemos construido para luego abandonarlo allí.*

*Y para que no lo observen con demasiado detalle o lo dañen, descubriendo así a los hombres que se encuentren en su interior, uno de nosotros —alguien inteligente y valeroso, a quien los troyanos no conozcan— permanecerá por los alrededores y se dejará descubrir.*

*Y, cuando lo atrapen, les contará que los griegos, abandonada toda esperanza, habíamos resuelto zarpar rumbo a casa; pero, como temíamos que Atenea estuviera airada con nosotros a causa del robo de la 'Suerte de Troya,' habíamos construido aquel enorme caballo de madera como ofrenda a la diosa, a fin de que no nos castigara con alguna tempestad en el camino de regreso.*

'Si consigue hacerles creer esta historia —añadió Odiseo—, es muy probable que los troyanos se lleven el caballo a rastras hasta el interior de la ciudad y lo exhiban en el templo de Atenea como un trofeo de guerra.

Llegada la noche, los guerreros escondidos en su interior saldrán y franquearán las puertas a sus compañeros, quienes habrán regresado ya de Ténedos nada más caer el oscuro manto protector de la noche.

Calcante dio su aprobación al plan y, tras observar que dos pájaros volaban a su diestra, lo que constituía un augurio favorable, declaró que todo iba a salir bien.

Entonces, Epeo, que era el mejor carpintero de todo el ejército griego, reunió a un grupo de hombres para que lo ayudaran, y todos se pusieron a trabajar.

## el profanador de textos

Al día siguiente la mitad de los soldados, con hachas en las manos, fue a talar árboles de los bosques que cubrían el monte Ida.

Cortaron robles, pinos y arces, los engancharon a las mulas y los arrastraron hasta el campamento.

Epeo y sus hombres convirtieron los troncos en tablas y en otras piezas talladas.

En tres días habían terminado el gigantesco caballo: su orgullosa crin sobrepasaba la parte más alta de la tienda de Agamenón, y su vientre hueco podía albergar a una veintena de hombres.

Odiseo pidió algún voluntario para que se quedara allí y se dejara capturar por los troyanos.

Un joven guerrero llamado Sinón se puso de pie y se ofreció.

Aunque no había combatido nunca en primera línea —si lo hubiera hecho, los troyanos podrían reconocerlo—, aquel día mostró más valor que muchos de los guerreros que habían luchado en el frente.

Néstor habría querido ser el primero en subir al vientre del caballo, pero era ya demasiado viejo y los demás no se lo permitieron.

El segundo habría sido Agamenón, pero su presencia era necesaria en la flota que iba a partir hacia Ténedos, y luego debía dirigirla cuando regresaran.

Así que subieron Menelao, Odiseo, Diomedes, Epeo, ‘el constructor del caballo,’ y otros muchos.

Poco antes, sin embargo, Menelao se había llevado a Odiseo aparte y le había dicho que si tomaban Troya —ya que ahora sólo tenían dos opciones: tomarla, o morir a manos de los troyanos—, le regalaría una de sus propias ciudades para que pudieran estar siempre juntos.

Pero Odiseo sonrió, negó con la cabeza y añadió que no tenía la menor intención de abandonar su reino en la áspera isla de Ítaca.

*—Pero si logramos sobrevivir esta noche —añadió—, hay algo que sí me gustaría pedirte. Un favor que no te costará ni tierra, ni oro, ni hombres.*

Menelao prometió por la gloria de Zeus que, le pidiera lo que le pidiese, se lo concedería gustoso cuando llegara el momento.

Y, tomándose de los hombros, fueron a ponerse las armaduras y ocuparon sus lugares en el estrecho hueco del vientre del caballo .

Los guerreros se envolvieron en mantos de tela gruesa para que las armaduras no produjeran ruido alguno que les pudiera delatar cuando los troyanos arrastraran el caballo.

Y allí quedaron, a la espera, apiñados en la oscuridad, mientras en el exterior el ejército prendía fuego al campamento, echaba al mar las naves y empezaba a remar rumbo a la isla de Ténedos.

Desde las murallas de la ciudadela, los troyanos divisaron el humo del campamento en llamas elevándose hacia el cielo y la flota surcando el mar.

Y, con los corazones saltando de alegría, abrieron las puertas y corrieron hacia la orilla, aunque, por si se trataba de una trampa, iban armados hasta los dientes y precedidos de exploradores.

Se encontraron con todas las cabañas de madera ardiendo y el campamento desierto; sólo las cuñas y los rastros de las quillas sobre la arena daban a entender dónde habían estado varadas las naves.

Y, en medio de las ruinas, vieron brillar el enorme caballo con el sedoso color trigueño de la madera nueva.

Príamo y todos sus nobles lo contemplaron detenidamente, maravillados de su tamaño y belleza, y se preguntaban recelosos por el motivo de su construcción.

Y fue en ese momento cuando Laocoonte, sacerdote de Apolo, llegó corriendo de la ciudad con sus dos hijos y una multitud de ciudadanos.

Desde lejos todavía, les advirtió a gritos:

*—¡Amigos, no toquéis eso! ¿Es que acaso pensáis que los griegos nos van a regalar algo sin que medie el engaño?*

*O han dejado a algunos de los suyos encerrados en su interior, dispuestos a atacarnos en el momento más oportuno, o hay algún maleficio en esa criatura que nos traerá desgracias.*

Y arrojó su lanza contra el combado vientre del caballo.

Al clavarse el arma en él, sonaron estruendosos ecos y retumbos del espacio vacío del interior de la madera; y quizá los troyanos habrían podido advertir el peligro que corrían y habrían ayudado a Laocoonte a examinar el interior a no ser porque en aquel mismo instante apareció un grupo de soldados que traía preso a Sinón.

Lo arrojaron a los pies de Príamo, y uno de ellos dijo:

*—Lo hemos encontrado escondido en el cañaverol. Si le quemamos las plantas de los pies, es posible que nos cuente el secreto del monstruo de madera.*

Pero Sinón respondió a gritos:

## el profanador de textos

—¿Hay alguien más desgraciado que yo?  
¡Primero mi propio pueblo, y ahora, los troyanos!  
¡Todos me odian a muerte!

—Cuéntanos cómo te ganaste el odio de tu pueblo, y cómo es que aún te encuentras aquí si ellos se han marchado, y entonces quizá dejemos de odiarte —dijo el viejo rey mientras hacía una señal a sus hombres para que lo pusieran de pie.

—Contaré lo que deseadis saber, majestad  
—dijo Sinón, tomando aliento antes de comenzar—.

Yo era amigo y escudero del caudillo Palamedes, a quien el malvado Odiseo mató en secreto por el odio que éste le profesaba.

Esto me llenó de ira, y fui incapaz de guardar silencio.

Como un insensato, hablé más de la cuenta hasta que mis palabras llegaron a oídos de Odiseo, de manera que el rey de Ítaca intentó matarme a mí también.

Después, Calcante, el adivino... —y aquí se interrumpió—: Pero ¿de qué sirve contaros toda esta historia, si no me vais a creer?

Matadme ya, pues eso es lo que Agamenón y Odiseo desean. Menelao os gratificaría por mi cabeza.

Esto avivó aún más la curiosidad de los troyanos, y Príamo le ordenó que continuara su relato.

Así que, entre sollozos y convulsiones, les contó que los griegos habían consultado el oráculo antes de partir de regreso a casa, y que éste les había mandado sacrificar a uno de ellos para tener los vientos favorables y la mar en calma.

Pidieron a Calcante que eligiera a la víctima y Calcante lo había elegido a él, a Sinón.

De modo que lo ataron bien y lo mantuvieron preso mientras construían el caballo de madera, que era ofrenda de paz a Atenea; y ahora mismo estaría muerto si no se las hubiera ingeniado para escapar y esconderse entre el cañaveral hasta que vio zarpar las naves.

Sinón contó su historia con tal poder de convicción que los troyanos le creyeron y le desataron las manos, felices como estaban de que aquel enorme caballo no representara ninguna amenaza, ya que se trataba de una ofrenda a Atenea por el robo del Paladio.

Pero aún no habían acabado de desatarlo cuando sucedió algo terrible.

Dos enormes serpientes de mar surgieron en dirección a la costa, rasgando las brumas del amanecer, irguiendo sus cabezas coronadas de rojas crestas, enroscándose sobre sí mismas, dando tremendos coletazos y dejando una estela como la de un barco de treinta remos.

Antes de que nadie llegara a creer lo que veía y alcanzara a ponerse a salvo, ya estaban las serpientes reptando sobre la playa, con los ojos brillantes como luceros y unas lenguas bífidas<sup>1</sup> que silvaban y restallaban como látigos cada vez que entraban y salían por entre sus mandíbulas tremendamente abiertas.

Se abalanzaron sobre los dos hijos de Laocoonte, enroscándolos con sus anillos y, aunque su padre corrió en su auxilio, ya era demasiado tarde.

Abandonaron los cuerpos destrozados de los muchachos y se volvieron contra él.

Y antes que los horrorizados troyanos tuvieran tiempo de arrojar ni siquiera una lanza, ya se habían enroscado en Laocoonte, apretándole el cuello y todo el cuerpo y, tras hacerle lanzar un aullido que pareció rasgar el cielo, exhalo en silencio el último aliento de vida.

Entonces las serpientes se desenroscaron y abandonaron la orilla con tanta rapidez que no hubo lanza que pudiera alcanzarlas, y, después de atravesar la llanura, llegaron a la ciudad.

Las sacerdotisas del templo de Atenea las vieron llegar y desaparecer por entre el pavimento de mármol, justo por detrás del escudo de la gran estatua de la diosa, por alguna madriguera desconocida que debía de haber bajo sus pies.

Príamo y sus acompañantes quedaron atónitos ante los cuerpos estrangulados y destrozados de Laocoonte y sus hijos.

Les pareció evidente que las serpientes las había enviado Atenea, airada con el sacerdote por haber arrojado la lanza contra su caballo sagrado; y para no enfurecerla aún más, la descomunal ofrenda debía ser conducida al interior de la ciudad y colocada en un lugar privilegiado dentro del templo de la diosa.

Ataron sogas al gran caballo, le colocaron rodillos como los que se utilizan para la botadura de los barcos y, turnándose —Sinón también colaboró—, arrastraron aquella enorme figura, que se balanceaba y daba tumbos sobre el terreno desigual, y cruzaron la llanura hasta alcanzar las puertas Esceas.

En la puerta, las gentes acudieron a su encuentro; hasta los niños y las muchachas tomaban las cuerdas de cáñamo y ayudaban a tirar.

Cassandra, la hija del viejo rey, que tenía el poder de la adivinación, gritó que aquel caballo sería la ruina de Troya si lo metían en la ciudad.

<sup>1</sup> bífido, da: 1. adj. Biol. Que está hendido en dos partes. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Pero nadie la escuchó.

Con gritos, bailes y cantos de alabanza, el monstruoso caballo con su carga oculta apareció dando tumbos por la última cuesta y por entre los escombros que tantos años de lucha habían provocado.

Y, tras atravesar las torres de la puerta y subir las empinadas callejuelas, lo colocaron al fin en el patio interior del gran templo de Atenea, situado en la parte alta de la ciudad. ♣

### 19 la caída de Troya

El pueblo festejó el acontecimiento durante todo el día cantando y bailando por las calles, y engalanó los templos con ramas de roble y arrayán para celebrar al día siguiente una fiesta sagrada.

Y cuando todo estuvo preparado y se hizo de noche, los troyanos regresaron a sus hogares y se dispusieron a dormir.

En ese momento la flota griega, oculta por la callada oscuridad que precede a la salida de la luna, regresaba ya de Ténedos con los remeros remando al límite de sus fuerzas.

Y Odiseo y sus compañeros, acurrucados y apiñados en aquel espacio sin ventilación del vientre del caballo, esperaban con el oído atento y la respiración contenida.

Mientras, desde lo alto del muro del templo, Sinón observaba el horizonte marino a la espera de una señal de la nave del Rey Supremo que le indicara que la flota se encontraba cerca, y que había llegado el momento de que los guerreros salieran del interior del caballo.

Y, mientras todo aquello sucedía, Troya dormía tranquila.

Por fin llegó la señal: un destello rojo, allá a lo lejos, en medio de la oscuridad del mar.

El corazón le dio un vuelco a Sinón, que, saltando del muro, echó a correr hacia donde habían dejado el enorme caballo, cuya silueta se perfilaba en el cielo a la plateada luz de la luna.

Y cuando se encontró debajo, dio un solo grito semejante al de un ave marina, pero que los guerreros apiñados en el interior del caballo interpretaron debidamente.

Epeo retiró las trancas de madera de pino y abrió una puerta trampa en un costado del caballo.

Dejaron caer una cuerda y, uno a uno, todos se deslizaron al suelo: Menelao, Odiseo, Diomedes y todos los demás.

Descendieron como sombras armadas desde la acrópolis<sup>1</sup> hasta las mismas puertas de Troya.

Mataron a los centinelas y abrieron las anchas puertas a sus camaradas, que ya avanzaban para reunirse con ellos.

El terror se apoderó entonces de la ciudad dormida.

La oscura marea de guerreros que fluía hacia el interior se iba convirtiendo en un río de llamas, porque los griegos encendían antorchas en las fogatas de los puestos de guardia y corrían raudos a incendiar todas las casas de Troya.

Los hombres, medio dormidos y a medio armar, se esforzaban en hacer frente a los griegos, pero eran abatidos sin piedad.

La noche se llenó de gritos de mujeres y de niños.

El aire se espesaba con el fragor de la batalla, y las lenguas de fuego se extendían por toda la ciudad como se extienden en un trigal azotado por el fuerte viento.

<sup>1</sup> acrópolis: 1. f. Recinto fortificado situado en la parte más alta de las antiguas ciudades griegas donde se emplazaban templos y edificios públicos. 2. f. Parte más alta de una ciudad. Diccionario RAEL [n. del pr.]



## el profanador de textos

Pero Odiseo no participó en el incendio y saqueo. Nadie lo había vuelto a ver desde que el destacamento salió del vientre del caballo de madera.

Diomedes, Automedonte y un nutrido grupo de guerreros habían encontrado el palacio del rey y habían logrado reducir a la guardia en el patio exterior.

Lanzaron antorchas a los tejados allí donde los defensores arrancaban las pesadas tejas pintadas para arrojárselas encima.

Protegiéndose la cabeza con los escudos, cargaron contra las puertas de la entrada principal con hachas de guerra y con las decoradas vigas que habían sacado de otros edificios menores.

Reventaron las hojas de la puerta y arrancaron los pasadores de bronce de las bisagras, y los hombres se desparramaron por los patios, cámaras y columnatas, reduciendo a los guardias que les hacían frente.

Ni las cerraduras, ni las trancas, ni el arrojado desesperado de los defensores al desenvainar la espada podían detenerlos.

Asaltaron uno tras otro todos los corredores hasta que llegaron al patio interior en donde se encontraba el altar de los dioses del hogar, junto a un viejo laurel que se inclinaba hacia él como para protegerlo del cielo inclemente.

Allí se habían reunido la reina y las princesas, aferradas a su tronco retorcido como las palomas cuando se resguardan de la tormenta.

Pero no había refugio posible para ellas ni para Príamo, el anciano rey que, de rodillas, rezaba a los dioses ante el altar.

Un joven guerrero, ebrio de sangre y fuego, lo agarró de la larga cabellera blanca y lo arrastró por los escalones del altar para, a continuación, atravesarlo con la espada; la sangre del rey tiñó así el

santuario sobre el que tantas veces había presentado ofrendas a los dioses.

Luego maniataron a todas las mujeres de la corte y, pese a todos sus gritos y forcejeos, se las llevaron cautivas.

Toda la ciudad estaba arrasada por el fuego y recorrida por la muerte, y los muros y tejados se desplomaban; tras diez años de asedio, la poderosa Troya quedó a merced de la espada.

Pero Helena no se encontraba con las demás mujeres de la corte, por lo que Menelao atravesó corriendo los patios del palacio, desde cuyos techos se desprendían vigas ardiendo, en busca de la casa de Deífobo, pues suponía que, siendo éste el único hijo aún vivo del rey, Helena estaría probablemente con él.

Menelao supo que había encontrado la casa porque, en la misma puerta, halló a Deífobo en el suelo sin su armadura y con una lanza atravesándole el pecho.

Un rastro de pisadas rojas partía de aquel charco de sangre y, a través del pórtico, y se perdía en la oscuridad de la siguiente sala.

Menelao siguió aquel rastro como un sabueso; y así encontró a Odiseo, que estaba apoyado en una de las columnas centrales de la sala.

El resplandor del fuego de los tejados se colaba por los ventanales y hacía centellear su armadura.

El héroe griego parecía muy cansado, y un hilo de sangre asomaba por una de sus mangas.

—¿Dónde está Helena? —preguntó Menelao, plantado en la puerta y con la espada en la mano—.

Si la has escondido...

Odiseo levantó la cabeza.

—Esta mañana temprano prometiste concederme lo que te pidiera. Fuera lo que fuese.

—Pide lo que desees, y será tuyo —dijo Menelao, y añadió—: no rompo nunca un juramento, aunque no sea este el momento...

—Te pido la vida de la bella Helena —dijo Odiseo— para poder devolvérsela en pago de la mía, que ella salvó cuando vine aquí en busca de la 'Suerte de Troya.'

Un largo silencio se produjo en la sala, un silencio profundo en medio del griterío que provenía del saqueo de la ciudad.

Al instante, Helena, con su túnica clara recogida, salió del oscuro rincón donde se había ocultado, se dejó caer a los pies de su señor, desparramando por el suelo su rubia cabellera, y, sin pronunciar una sola palabra, extendió sus brazos suplicantes hacia su esposo.

Menelao permaneció inmóvil observándola, recordando que lo había traicionado para irse con Paris y había dejado su hogar desolado y a una hija sin madre.

Y de no ser por la promesa hecha a Odiseo, la habría matado en aquel instante.

Pero debía cumplir lo prometido, así que se contuvo.

Y mientras la observaba, empezó a recordar muchas de las cosas que habían compartido juntos antes de la llegada de Paris.

El amor y la piedad volvían a hacer vibrar su corazón.

Soltó la espada desnuda, que resbaló de su mano y cayó con estrépito sobre el pavimento.

## el profanador de textos

Menelao se agachó y la ayudó a levantarse, y los blancos brazos de Helena le rodearon el cuello amorosamente.

Al amanecer, Troya había quedado reducida a cenizas, incluyendo el templo de Atenea y el enorme caballo.

El oro y la plata, el marfil y el ámbar, eran repartidos entre los soldados griegos.

Príamo yacía muerto ante el altar de su casa; los cadáveres carbonizados de sus guerreros se amontonaban en las calles, a la espera de que los perros o las aves de rapiña dieran cuenta de ellos.

Y las mujeres eran arrastradas como un rebaño de animales hacia las naves de sus nuevos dueños.

El hijo pequeño de Héctor yacía muerto bajo una de las defensas, desde donde lo habían arrojado durante los combates, y a Andrómaca, la madre, la embarcaron a bordo de la nave del nuevo príncipe de los mirmidones.

La princesa Casandra fue conducida a la nave de Agamenón.

Sólo Helena quien, por culpa de Éride y su manzana de oro, había sido la causante de aquella guerra, fue conducida con todos los honores, como una reina y no como una esclava, a la nave de su esposo Menelao.

El largo asedio había terminado y, con los primeros albos del nuevo día, los barcos de la gran flota se hicieron a la mar.

Los remeros subieron a bordo, tomaron los remos y, dejando desierto el varadero, salvo por los chillidos de las aves marinas y la espesa humareda de la devastada Troya.

Pusieron proa hacia las costas de la patria que habían abandonado hacía tantos años. ♣

## escenario de la guerra de Troya



## introducción

por Carlos García Gual

### mitos heroicos y poemas épicos

En el comienzo está el mito. Es decir, la narración fabulosa y por largo tiempo recordada que cuenta las gestas de los héroes y los dioses en una época remota especialmente ejemplar.

De esos mitos cabe distinguir los que tratan fundamentalmente de los dioses y los comienzos del mundo —como los que refiere el poeta griego Hesíodo en su ‘Teogonía’— y los que celebran hazañas de los héroes —como los que relatan los poemas de Homero ‘Ilíada’ y ‘Odisea’—.

Los mitos de los dioses son más antiguos, los de los héroes desarrollan relatos y temas más próximos y se han originado muchas veces en torno a un suceso de cierto origen histórico, como pudo ser la guerra de Troya, aunque la tradición popular de siglos y la versión embellecida por la poesía hayan magnificado esos recuerdos.

También en los mitos heroicos figuran los dioses, que contemplan y asisten a las escenas de lucha y aventura, y a veces comparten la acción con los grandes guerreros, y que, desde su mundo divi-

no, desde el celeste y montañoso Olimpo —en el caso de los dioses griegos— planean el curso de los acontecimientos.

Los héroes son los actores de esas hazañas, pero los dioses presiden desde su alto mirador el espectáculo, y algunas veces bajan a la Tierra para intervenir en él.

‘Mythos’ es una palabra griega que, en su sentido más propio, designa ese relato tradicional que la gente sabe y se transmite de generación en generación.

Pero que en el mundo griego tiene unos narradores especializados: los poetas.

Ellos son los que en sus versos dan una forma acabada a los mitos, plasmando en sus bellos poemas las versiones tradicionales sobre los grandes hechos y las prestigiosas figuras del pasado.

Los poetas lo hacen inspirados por las Musas, diosas protectoras de la poesía e hijas de la Memoria y de Zeus.

Las Musas les recuerdan los sucesos y los nombres de los héroes famosos, y a ellas se encomiendan los poetas para garantizar la veracidad de sus poemas.

Tanto la ‘Ilíada’ como la ‘Odisea’ comienzan con una invocación de Homero a la Musa, y en la ‘Teogonía’ cuenta Hesíodo cómo se le aparecieron a él las Musas cuando pastoreaba su rebaño en el monte Helicón, y le encomendaron la tarea de cantar el origen de los dioses y del mundo.

Homero y Hesíodo son los dos primeros poetas griegos. Es decir, los dos primeros poetas de la literatura occidental.

Toda nuestra tradición literaria empieza con ellos. Son poetas épicos y vivieron, pensamos, en la segunda mitad del siglo VIII aC.

En la antigua Grecia conviene distinguir entre los poetas más antiguos, que componían y cantaban

sus versos al son de la lira, y recibían en nombre de ‘aedos’ [‘aoidol’], y los ‘recitadores’ o ‘rapsodas’ [‘rapsodof’] posteriores, que simplemente repetían de memoria los poemas de otros.

Homero es el gran creador de la poesía épica heroica griega, al menos para nosotros, que no hemos conservado ninguna gran epopeya antigua, salvo las dos que a él se le atribuyen.

No cabe duda, sin embargo, que hubo muchos otros aedos antes de Homero, y si a él le atribuimos la paternidad de este género es simplemente porque hemos perdido toda la poesía anterior.

En parte, esto es debido a que fue eclipsada por la grandeza de los poemas de Homero, y, en parte, porque era una poesía oral, es decir, que no se puso por escrito.

Porque al hablar de la literatura antigua conviene recordar un hecho cultural muy importante: la aparición del alfabeto griego, es decir, de la escritura, en el siglo VIII aC.

En efecto, los siglos IX y VIII aC son muy decisivos para la cultura griega, que rebrota con un nuevo ímpetu después de una etapa oscura de varios siglos.

Surgen algunas ciudades, se construyen los primeros templos, se fundan grandes fiestas, progresa la cerámica del estilo llamado geométrico, comienza la colonización griega del Mediterráneo, con las colonias se empieza a desarrollar el comercio, y se introduce el alfabeto.

El alfabeto griego —que está en el origen de todos los alfabetos europeos posteriores— procede de un sistema de escritura fenicio, que los griegos mejoraron notablemente al inventar signos gráficos también para las vocales.

Es la base de una nueva cultura literaria y supone una auténtica revolución cultural, progresiva y abier-

ta, como han estudiado bien algunos investigadores de estos últimos lustros.<sup>1</sup>

En el siglo VIII se arraigan y extienden las bases culturales definitivas de la Grecia arcaica y luego de la clásica.

Y el florecimiento de la poesía épica de Homero se produce en ese contexto.

La literatura épica recrea, en versos hexamétricos y con un tipo de composición formularia tradicional, los mitos que evocan las grandes gestas de los héroes de antaño.

Son héroes ligados al mundo micénico, de unos siglos antes, reyes de un período violento y aventurero, ya afamados por los mitos.

La poesía les confiere una grandeza especial, imaginándolos enormes y espléndidos, cercanos a los dioses y envueltos en la pompa de epítetos sonoros.

Por ser antiguos, los héroes están más próximos a los dioses, a los que el mito supone relacionados con ellos, en muchos casos por lazos de sangre y de familia; por ello son calificados de ‘semidioses,’ porque muchas veces resultan hijos de un dios y una mortal, o de una diosa y un héroe.

Hijo de un dios y una mortal es, por ejemplo, Heracles [para los romanos, Hércules], cuyos padres son Zeus y Alcmena.

Hijo de una diosa y un mortal es Aquiles, cuyos padres son la diosa marina Tetis y el rey Peleo; o el troiano Eneas, hijo de Afrodita y de Anquises.

Pero, pese a su ascendencia medio divina, los héroes están destinados a la muerte.

Sin embargo, no todos los héroes tienen ascendientes divinos.

Odiseo, por ejemplo, tiene unos padres terrenales.

En todo caso, los héroes son superiores a los mortales vulgares de los tiempos posteriores debido a su fama.

Lo que subsiste de ellos es el recuerdo brillante y ejemplar de sus hazañas.

Su gloria es inmortal, gracias a los mitos y a los poetas. La relación fundamental entre los mitos y la poesía épica en Grecia está muy clara.

Lo que cantan los poetas se funda en una tradición colectiva y popular, pues los mitos pertenecen al repertorio de la imaginación colectiva.

Vienen del fabuloso País de la Memoria.

Como poeta épico, Homero no canta nada de su presente, sino a figuras heroicas de un pasado glorioso, que conoce gracias a esa tradición.

Intenta evocarlos con su halo mítico, con sus armas antiguas de bronce, con sus prestigiosos títulos principescos.

La leyenda representa a Homero como ciego, y originario de alguna ciudad de la costa jonia.<sup>2</sup>

Homero, en efecto, pudo muy bien ser ciego, dado que sabemos de la existencia de aedos ciegos —pues la ceguera impide casi todos los oficios en una sociedad arcaica, menos ése de cantar y componer poesía—; por otro lado, el ciego, incapaz de ver físicamente la realidad, tiene una sensibilidad más afinada para ver más allá, en los dominios del espíritu; tal vez por ese motivo, otro personaje mítico importante, el adivino Tiresias, era también ciego.

<sup>2</sup> Aunque desde antiguo siete ciudades se disputaban el honor de ser su patria, lo más probable es que fuera de Esmirna o de la isla de Quíos. [N. del Ed.]

## ‘Ilíada’

### Contenido y estructura

Homero, pues, ha tomado el mito de la guerra de Troya para construir su gran poema sobre ‘Ilión’ —nombre antiguo de Troya— en los más de quince mil versos de su ‘Ilíada.’

Pero como él sabe ya que sus oyentes conocen el mito, eso le permite recrearlo narrando tan sólo una parte de la guerra, sin empezar su relato desde el comienzo de la misma y sin llegar hasta el final de la guerra.

No narra los sucesos de los diez años de asedio en torno a las murallas de Ilión, sino apenas dos meses —exactamente, cincuenta y un días— del décimo año, días en los que el héroe Aquiles mostró su furia y que fueron funestos para Héctor y para el destino de la ciudad asediada.

Desde el primer verso de la ‘Ilíada’ el poeta enuncia el tema de su largo relato: ‘la cólera de Aquiles.’

Comienza, en efecto, con el famoso verso:

*La cólera canta, diosa, de Aquiles Peleida.*

Y ése es el núcleo dramático de la epopeya. Ni siquiera llega a narrarse toda la historia mítica del gran héroe, porque Homero no nos habla de sus orígenes —de cómo Tetis quiso hacerle inmortal ni cómo fue educado por el centauro Quirón, por ejemplo—, ni de su muerte a consecuencia del flechazo de Paris en su talón vulnerable.

El poema concluye con los llantos fúnebres en Troya por la muerte de Héctor a manos de Aquiles.

Homero, por tanto, no ha pretendido componer una ‘Aquileida,’ sino relatamos las razones de la ira del héroe: cuándo, cómo y por qué Aquiles se enfureció contra Agamenón y cómo permaneció irritado,

<sup>1</sup> Ya antes, en la civilización minoico-micénica, en los palacios de Creta y de Micenas había existido otro sistema de escritura, un silabario, que sirvió para anotar datos de los archivos en tablillas de barro; pero ese silabario se había perdido con la destrucción de la civilización micénica por los dorios. [N. del Ed.]



desentendiéndose de los combates, en su tienda a la orilla del mar, hasta que decidió vengar a su amigo Patroclo, concluyendo así su rencor por la afrenta de Agamenón.

El poeta griego se ciñe, pues, a unos cuantos episodios —eso sí, definitivos para el destino del héroe y de Troya, que sabemos que van a tener pronto un trágico desenlace— en el décimo año de la guerra.

El mito contaba muchos otros episodios de la trama legendaria —como lo hace en su texto Rosemary Sutcliff y un mitógrafo griego como Apolodoro—, pero Homero se ha limitado a ese periodo temporal.

Y lo ha estructurado muy bien, como en un drama que podemos analizar en tres actos.<sup>3</sup>

- Una primera sección iría del canto I al canto IX, el de la famosa embajada en la que los enviados de Agamenón —Odiseo, Áyax y Fénix— acceden a la tienda de Aquiles a presentarle las excusas del caudillo de los aqueos.
- Una segunda, que llega hasta la intervención de Patroclo en el combate y su muerte (canto XVII).
- Y una tercera, en la que Aquiles pelea ferozmente hasta saciar sus ansias de venganza dando muerte al gran Héctor (cantos XVIII a XXII) y que concluye con los funerales por Patroclo (canto XXIII) y con el rescate del cadáver de Héctor por Príamo y los funerales en honor del gran héroe troyano (canto XXIV).

Como hemos señalado, el tema de la ira de Aquiles configura dramáticamente la epopeya troyana.

Pero en su construcción, la 'Ilíada' incorpora muchos episodios que no están determinados por

<sup>3</sup> Para este esquema podemos referirnos a los episodios del poema, organizados muy sabiamente en veinticuatro cantos por los filólogos del Museo de Alejandría, no por su autor. [N. del Ed.]

ese esquema, sino que pertenecen al fondo mítico tradicional de la larga guerra.

Así, por ejemplo, el canto II, el llamado 'Catálogo de las naves,' en el que nos cuenta cuántos fueron los aqueos que acudieron a luchar contra Troya, y quiénes fueron los que defendieron la ciudad.

Ese catálogo es, sin duda, un elemento muy antiguo en la formación de la epopeya, con la larga relación de nombres de héroes y de ciudades antiguas, y el cómputo de las naves —¡más de mil cien!— que acuden a la convocatoria de Agamenón.

Por un lado, el oyente o el lector puede pensar que esos números ya estarían muy alterados, y, por otro lado, muchos barcos estarían arruinados al décimo año de la contienda.

Esto no le importa al poeta: quiere hacer alarde de su memoria, e impresionar a su público recitando tantos y tantos nombres, e invoca para ello a las musas al comienzo del mismo.

### *Un relato heroico*

Los catálogos son ingredientes de esta poesía arcaica, como lo son los múltiples combates en los que se muestra la fuerza de los héroes.

Así vemos en la 'Ilíada' muchas descripciones de combates, ya sea para indicar los avances de tal o cual personaje famoso —sus hazañas o 'aristeia'—, como Agamenón, Diomedes, Menelao, Áyax o Héctor, ya sea para recordar cómo murieron éstos o aquéllos en el fragor y el tumulto de la batalla.

La descripción de las peleas se centra en unos u otros, no en el gran tumulto anónimo, sino en personajes con nombre propio.

Al lado de los grandes héroes, como los recién nombrados, hay otros menores que caen muertos en esos lances bélicos.

Estos 'pequeños combatientes,' que se asoman a la escena épica para morir pronto, y a los que el poeta recuerda con sus nombres y con breves apuntes sobre su familia y su vida —'Rigmo, el hijo intachable de Pire o, que había venido de la Tracia de fértiles terruños,' [XX:484-486]—, son también un elemento muy antiguo de la epopeya, y dan a la narración un tono singular, mejor apreciado seguramente por los oyentes antiguos que por la mayoría de los lectores modernos, menos acostumbrados a tales listas de nombres resonantes.

Todos esos héroes los ha tomado el poeta de la tradición mítica, como del mito vienen Aquiles, Agamenón o Odiseo.

Sin embargo, tal vez ha engrandecido a alguno, por su propia predilección, como creemos que ha hecho con Héctor.

Este héroe troyano, que combate por su patria y su familia, parece un personaje más moderno que los otros guerreros.

Es, de algún modo, más simpático que los fieros combatientes aqueos, y destaca por su valor desesperado y sus virtudes morales —su vida familiar, su actuación ejemplar frente a la frivolidad de su hermano Paris, su afectuoso trato con Helena, etcétera—.

Sabe que va a morir, pero actúa cumpliendo lo que cree su deber, hasta morir por la patria.

En la parte final del poema hay un homenaje al valor trágico de Héctor, y cuando Príamo logra rescatar su cadáver, en una emotiva escena de honda humanidad, vemos que el poeta épico alcanza una espléndida conclusión de su trama.

Y es que la épica es, ante todo, canto de hazañas heroicas, memorial poético de los espléndidos y audaces semidioses de antaño.



Los héroes son los mejores de los humanos, aquellos que prefirieron una vida arriesgada y una fama inmortal a cualquier otro botín.

Por eso Aquiles, que ha elegido una vida corta y con gloria a una larga existencia oscura, hizo una elección ejemplar, pues esa relación de los héroes con la muerte —una bella muerte— marca a los mejores.

Resulta muy emotivo el destino de Aquiles, prototipo del héroe guerrero, que muere joven y sabe que ha de morir así, si se decide a intervenir en los combates.

Pero el deseo de vengar a su amigo Patroclo lo lleva a afrontar ese destino trágico.

Pero en la 'Ilíada' hay muchos otros actores heroicos, unos del lado griego —Agamenón, Menelao, Odiseo, Diomedes, Áyax, el viejo Néstor, etcétera— y otros del lado troyano —Héctor, Paris, Deífobo, Sarpedón, Eneas, etcétera—.

El poeta mantiene una serena imparcialidad en su presentación: no hay ni buenos ni malos en Homero; unos son más fuertes y otros menos, y con una implacable lógica los más vigorosos destrozan a los menos diestros.

La pelea tiene, además, mucho de caballerisca: los combatientes proclaman sus nombres antes del duelo y se enorgullecen de su noble familia.

En algún caso —como el del enfrentamiento entre Glauco y Diomedes— suspenden la pelea al percatarse de que están unidos por lazos de hospitalidad, y entonces intercambian regalos de amistad.

Este tipo de guerra es una contienda feroz entre guerreros nobles, y el poeta se fija sólo en esos encuentros de los héroes valerosos y esforzados, y no en la confusión sanguinolenta del choque en masa de los ejércitos.

La perfecta estructura del poema se redondea con un final patético, inventado por Homero: el de la devolución del cuerpo de Héctor a su padre, el viejo Príamo.

Podemos pensar que hubo una versión mítica anterior que se acababa con la muerte de Héctor a manos de Aquiles.

Y que luego él añadió esa escena del canto XXIV, el último, en que Aquiles, el despiadado y furioso caudillo de los mirmidones y Príamo, el viejo rey de la ciudad asediada, se abrazan y lloran juntos de modo extraño y familiar.

La epopeya deriva en Homero hacia la tragedia, y muestra que más allá de la ferocidad de la guerra subsiste el valor de lo humano, como se evidencia en la historia de Héctor y en ese patético final.

### Rasgos del estilo homérico

Conviene, además, destacar algunos méritos poéticos de esta antigua épica griega, algunos trazos que hacen inconfundible el estilo homérico, incluso en las traducciones modernas que nos dan sus versos en prosa.

Me referiré a dos rasgos: los epítetos y los símiles.

### Epítetos

Al lector actual le llama en seguida la atención la abundante adjetivación que Homero aplica tanto a los personajes como a los objetos.

Los héroes tienen cada uno sus epítetos singulares: Aquiles es 'el de los pies ligeros,' Héctor, 'el de penacho tremolante,' Menelao, 'bueno en el grito de guerra,' Agamenón, 'soberano de guerreros,' Odiseo, 'astuto' o 'de muchos recursos,' etcétera.

Hay además otros epítetos épicos más generales como 'grato a Zeus' o 'semejante a un dios.'

También los dioses están adjetivados fijamente: Zeus es 'el que amontona las nubes' y 'que se alegra con el rayo,' Atenea 'la de ojos grises,' Hera, 'la de los blancos brazos,' etcétera.

También los objetos están casi siempre acompañados de un calificativo.

Las naves, por ejemplo, son 'raudas,' 'negras,' 'cóncavas,' o 'de puntas retorcidas.'

Las mujeres son 'de honda cintura' o 'de ojos vivaces.'

Los aqueos 'de hermosas grebas,' 'de gran coraje' o 'de larga melena.'

El mar es 'resonante,' 'blanquecino,' 'estéril,' etcétera.

Los versos de Homero rebosan de adjetivos semejantes, ornamentales más que funcionales, que se repiten una y otra vez en distintos contextos.

Las naves son 'rápidas,' aunque estén varadas en la orilla desde hace años, y Aquiles 'rápido de pies,' aunque no lo demuestre nunca; es como si los adjetivos estuvieran ahí para dar más luz y fondo esencial a lo narrado.

Esos epítetos ornamentales vienen del fondo tradicional de esta poesía y forman parte de la técnica de composición oral, tienen sus valores métricos fijos que permiten avanzar más rápidamente en los poemas, porque son fórmulas fijas de la poesía arcaica.

En una adaptación moderna, como la de 'Naves negras ante Troya,' estos epítetos homéricos han quedado reducidos al mínimo por el deseo de brevedad.

### Símiles

Otro de los elementos característicos del estilo homérico es la comparación mediante una imagen prolongada. Es decir, no es una breve alusión a un

objeto mencionado con una palabra, sino un símil descriptivo que se introduce como una pequeña escena adicional en medio de la narración.

Esos símiles abundan especialmente en las escenas de combate.

Bastará con dar algún ejemplo, de entre los numerosos que se pueden encontrar en sus cantos:

*El golpe lo lanzó como un trompo, haciéndolo dar vueltas. Como cuando al golpe del padre Zeus cae una encina abatida de raíz, y el temible olor a quemado se esparce desde ella, y desfallece en su valor quien lo contempla estando cerca, pues denso es el rayo del excelso Zeus, tan de súbito cayó al suelo la furia de Héctor en el polvo. [XIV:413-418]*

En las escenas de batalla, Homero une el detallismo en las descripciones del modo de combatir y de destrozarse los héroes con esas bellas imágenes de la naturaleza.

A veces nos da una breve imagen sorprendente, como la de una cabeza cortada que es como una roja amapola:

*A aquél hirió entonces bajo la ceja en la cuenca del ojo y le arrancó la pupila; el asta penetró a través del ojo, lo atravesó hasta la nuca, y él cayó derrumbado con los brazos abiertos.*

*Penéleo, desenvainando la aguzada espada, le golpeó en pleno cuello e hizo saltar al suelo la propia cabeza con el yelmo.*

*La robusta pica aún estaba hincada en el ojo.*

*Él alzó la cabeza, como una flor de amapola, y la exhibía ante los troyanos... [XIV:493-500]*

La 'Ilíada' es un poema de guerra, de furia y de muerte, con muchas escenas de combates, a

las que la poesía de Homero les presta un fulgor impresionante.

Y sobre esos episodios épicos ha logrado una epopeya de una gran unidad y fuerte patetismo.

Por un lado, Homero ha conseguido construir una narración muy bien trabada sobre su repertorio poético heredado, y, por otro, le ha dado, con ese estilo tan vibrante y de sonoros epítetos, una inolvidable belleza.

### **Realidad y leyenda de Troya**

#### **Las excavaciones de Heinrich Schliemann**

Fue en 1870 cuando Heinrich Schliemann, un comerciante alemán enriquecido con diversos negocios, que desde su niñez soñaba con los héroes y gestas de Homero, comenzó a excavar en una colina cerca del Bósforo, junto a la aldea turca de Hissarlik, en busca de la mítica Troya.

Y, contra todos los augurios de los sabios de su tiempo, la encontró.

O, mejor dicho, encontró las ruinas de nueve ciudades superpuestas, nueve 'Troyas' que se habían construido a lo largo de los siglos, cada una sobre las ruinas de la anterior en la misma colina.

Los sucesivos estratos de las ciudades se numeran desde abajo. Y de esas varias 'Troyas,' Schliemann supuso que la segunda, en la que halló un tesoro en joyas de oro y muy diversos objetos artísticos, era la ciudadela de Príamo y ése su tesoro.

La ciudad a la que Paris había llevado a la bella Helena y que luego destruyeron los aqueos acaudillados por Agamenón, mostraba de nuevo algunas de sus piedras calcinadas.

Aquella mítica ciudad, a cuyas puertas murieron Héctor y Aquiles y miles de guerreros, resurgía de las

nieblas fantasmales del mito para ocupar un lugar en la geografía real y en la historia.

Sin embargo, Schliemann se equivocó al identificar a 'Troya II' con la ciudad de la 'Ilíada,' según la opinión mejor documentada de otros arqueólogos más eruditos.

La Troya destruida por un incendio y en una guerra de asedio hacia 1200 aC, aquella a la que se refieren los poemas homéricos, es la 'Troya VII.'

Pero lo importante es que Schliemann encontró, siguiendo las indicaciones de Homero, los restos de Ilión, la ciudad más mítica y épica del mundo antiguo.

La vida de Heinrich Schliemann es muy conocida por quienes se interesan por la arqueología y el mundo antiguo. Tuvo mucho de fascinante.

Después de excavar en Troya fue a Micenas, y allí desenterró los muros de otra fortaleza micénica, y encontró las grandes tumbas de cúpula y unas famosas mascarillas de oro, que creyó eran del tesoro de Atreo, el padre de Agamenón.

Aunque, de nuevo arrastrado por su fervor homérico, Schliemann volvió a equivocarse, pues dicho tesoro y las famosas tumbas de cúpula micénicas son de época bastante más antigua que la que él pensaba.

Más tarde excavó los ciclópeos muros de Tirinto, y estaba dispuesto a empezar a excavar en Cnosos, en Creta, donde deseaba encontrar el mítico palacio del rey Minos y el famoso laberinto de Dédalo, cuando le sorprendió la muerte.

El hallazgo de la ciudad de Troya ofrece, sin embargo, un motivo para la reflexión sobre el fondo histórico de la epopeya.

Podemos pensar en cómo la poesía se ha ido formando en torno de un núcleo histórico, embellecido y enaltecido por la imaginación poética y popular con el paso de los siglos.

Sabemos que en la cercanía del estrecho de los Dardanelos, en una margen del Bósforo, sobre un montículo entre ríos, en una encrucijada que debió de ser muy importante para el comercio entre Asia y Europa, se alzaba una ciudadela amurallada, que acaso se llamó Ilión.

Durante siglos gozó de los privilegios de esa estratégica posición, y es muy probable que en ella hubiera abundancia de oro y de caballos, tal como sugieren los textos épicos.

Sufrió varias destrucciones, a causa de enemigos codiciosos unas veces y acaso otras por algún terremoto, como el que destruyó, al parecer, la ‘Troya VI’ de fuertes muros.

Volvió a reconstruirse en el mismo emplazamiento ventajoso.

Y es muy probable que los aqueos, dirigidos acaso por un soberano micénico, asaltaran, saquearan y destruyeran la ‘Troya VII’ hacia el 1200 aC.

Es incluso probable que una misma expedición reuniera a varios pequeños reyes griegos, aliados para conquistar una ciudad que tenía riquezas y poderosas defensas, y que ya había resistido ataques de otros pueblos, como los hititas tiempo antes.

A fines del siglo XIII aC y comienzos del XII todavía se mantenían erguidas las fortalezas del imperio micénico, ciudades de gruesos muros ciclópeos y vastos palacios —en Micenas, Argos, Pilo, Tebas, Tirinto, etcétera—, que fueron destruidos unos años después, por lo que se suele llamar la ‘invasión de los dorios.’

Los micénicos eran gentes de empeños bélicos, y tal vez el ataque e incendio de Troya —una ciudad rica y muy bien situada, aunque algo lejana— fue una de sus últimas empresas y por ello subsistió de modo especial en el recuerdo posterior, engrandecida por el rumor heroico.

### ***La leyenda de una gesta heroica***

Los aedos griegos embellecieron el recuerdo de la expedición, atribuyendo el ataque no a un afán de rapiña o de botín, sino al más noble deseo de castigar el rapto de la bella Helena por el príncipe Paris.

Y concedieron a esa guerra una duración extraordinaria de diez años.

La formación de leyendas y el revestimiento poético de las mismas son dos etapas del proceso que concluye luego en la creación del extenso poema protagonizado por famosos héroes y dioses que es la ‘Ilíada.’

Homero evoca esa empresa heroica y quiere presentar a sus personajes con todos sus rasgos antiguos.

Así, por ejemplo, emplean lanzas arrojadas y espadas de bronce, y no de hierro, porque el poeta sabe que el bronce era el metal de aquella época.

Y van a la pelea en carros de guerra, acompañados del auriga, aunque luego combaten cuerpo a cuerpo a pie firme, porque Homero sabe que se combatía en carros, pero desconoce la técnica de tales encuentros.

El poeta Hesíodo colocó entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro la Edad de los Héroes, en su narración del mito de las edades.

A ese período de gloria y de violencia pertenecen los bravos guerreros aqueos que rememora Homero en sus poemas.

Desde el siglo VIII busca las imágenes de los héroes de antaño, de cuatro o cinco siglos antes.

No pretende dar una estampa arqueológica, pero sí evocar un pasado brillante tal como lo recuerda la tradición.

Y junto a los héroes, están también los dioses.

En la epopeya aparecen con frecuencia los dioses del Olimpo, que no sólo planean lo que va a suceder

sino que intervienen de cuando en cuando, incluso bajando al campo de batalla.

Todo sucede según el designio de Zeus, advierte Homero al comienzo:

*Se cumplía la voluntad de Zeus.*

El poeta nos narra también lo que sucede en el Olimpo divino.

Allí sube la diosa Tetis, dejando el fondo marino donde habita, para suplicar al omnipotente Zeus ayuda para su hijo.

Allí presenciamos las escenas de banquete entre dioses y algunas discusiones motivadas por sus afectos parciales.

Los dioses tienen sus preferencias, a veces por razones familiares o afectivas (como Afrodita, que protege a su hijo Eneas o a su favorito Paris.

Hera, Poseidón y Atenea están de parte de los griegos; Afrodita, Ares y Apolo se decantan por el bando troyano.

Algún guerrero llega a herir a los dioses, en un impulso de audacia alocada, como Diomedes, que da un raspón a Afrodita y un revolcón al mismo Ares.

Pero, más allá de las intervenciones divinas, flota en la leyenda una sombra de fatalidad: Troya será destruida, y Héctor y Aquiles saben que han de morir antes de ese final fatídico.

Vemos así que, sobre el fondo histórico de la destrucción de Troya, la poesía ha tejido una fabulosa epopeya a la que ha añadido un tono trágico.

### ***Naves negras ante Troya***

En ‘Naves negras ante Troya,’ Rosemary Sutcliff nos vuelve a contar el mito desde sus comienzos hasta su

final, en una prosa ágil y muy ajustada al ritmo y a la poesía de la narración.

Por un lado, su relato abarca más episodios que la 'Ilíada,' y, por otro, ha suprimido los elementos característicos del estilo arcaico de la épica homérica, modernizando el modo de contar y manteniendo un ritmo ágil en las escenas.

Comienza con el episodio de la 'Manzana de oro' y el 'Juicio de Paris,' que es el origen mítico de la gran guerra, motivada por el rapto de Helena.

Concluye con la destrucción de Troya, tras la introducción del caballo de madera.

Su espacio narrativo es, por tanto, más extenso que el de la 'Ilíada.'

Homero no nos cuenta los sucesos que Sutcliff resume en los dos primeros y en los seis últimos capítulos de su libro, porque probablemente decidió limitarse a relatar lo ocurrido en torno a los días de 'la cólera de Aquiles.'

Sin duda debió conocer el tema de la 'manzana de oro' y la disputa de las tres diosas, así como la causa de que Aquiles fuera vulnerable en su talón.

Pero no alude a estas cuestiones porque a él le atrae el aspecto humano de la guerra, y desdeña esos episodios maravillosos.

Aquiles no es, en la 'Ilíada' de Homero, invulnerable en todo menos el talón, ni las diosas que están a favor de griegos o troyanos justifican su parcialidad con alusiones a la elección de Afrodita por parte del bello Paris en el famoso juicio acerca de la manzana de oro.

Un juicio que, por cierto, puede encerrar un valor simbólico: el troyano prefiere la belleza a la sabiduría y el poder, según los atributos representativos de Afrodita, Atenea y Hera; y esa preferencia acabará siendo funesta para él.

Homero cuenta, en cambio, el final de la guerra de Troya, pero no en la 'Ilíada,' sino en la 'Odisea.'<sup>4</sup>

En la 'Ilíada' Odiseo es ya un héroe muy distinguido. Y lo es también en el final de la contienda, porque, además de un intrépido combatiente y hábil para las emboscadas, él es quien roba el Paladio de la diosa Atenea en su templo troyano, quien va a buscar a Filoctetes, quien tiene la idea del gran caballo hueco de madera, y quien obtiene de Menelao, como un don especial, el perdón para Helena.

Es un héroe decisivo para el éxito de la empresa aquea. Y será el protagonista del más famoso de los 'regresos,' la 'Odisea.'

Rosemary Sutcliff relata espléndidamente todo el mito de la guerra de Troya.

Nos refiere todos los episodios significativos de la leyenda, desde el principio al final.

Ha abreviado muchos episodios menores, como los muy numerosos combates entre héroes, dejando sólo los más destacados.

Para agilizar el relato ha reducido al mínimo los epítetos homéricos formularios, las descripciones y los frecuentes símiles.

Sutcliff confiere a su narración un aire épico y un bello tono poético, con singular acierto en su ritmo narrativo.

Es, como demuestra aquí, una excelente narradora de textos clásicos en ese estilo actualizado, recreado magníficamente en la traducción que aquí se ofrece.

<sup>4</sup> Allí se lo cuentan al hijo de Odiseo, Telémaco, los compañeros de su padre, Néstor y Menelao. Ese final lo conoce también el aedo de Feacia, Demódoco. La 'Odisea' continúa, a su manera, hablando de los últimos días de Troya y del regreso de los héroes más famosos. Rosemary Sutcliff ha adaptado magistralmente la 'Odisea' en 'Las aventuras de Odiseo,' el segundo volumen de esta colección. [N. del Ed.]

Sigue en esta línea una buena tradición británica que cuenta con muy ilustres precursores.

Los grandes temas de la épica heroica son, en la literatura universal, muy pocos.

Esencialmente son tres o cuatro:

- el de la ciudad asediada (Troya en la 'Ilíada'),
- el del regreso y la venganza del héroe (Odiseo en la 'Odisea'),
- el de la expedición lejana en pos del tesoro maravilloso (Jasón y los Argonautas), y
- el del viaje al mundo de los muertos (como el del Gilgamés mesopotámico), que puede ser una variante del anterior, o incluirse como un episodio más en otro viaje (como sucede en la 'Odisea' y en la 'Eneida').

El prototipo clásico del primero de estos temas lo tenemos en la 'Ilíada' de Homero: Troya es la ciudad mítica por excelencia, y esa guerra en torno a sus muros es la más famosa de las batallas.

Homero es, pues, el gran patriarca de la literatura europea.

Pero el mito primordial, que él ha configurado en forma de epopeya trágica, alberga un encanto perdurable que permite nuevas recreaciones, para nuevos lectores y nuevos tiempos, más allá del género literario poético de la épica.

Como podrá comprobar el lector, joven o adulto, de estas 'Naves negras ante Troya. ♣'

## personajes

- Afrodita:** diosa del amor y la belleza, nacida de la espuma del mar, madre del troyano Eneas y protectora de Paris y de su pueblo. Estaba casada con Hefesto, pero, infiel y frívola, tuvo numerosos amores con dioses y con humanos.
- Agamenón:** hijo de Atreo y hermano de Menelao. Era rey de Argos y Micenas y Rey Supremo de las tropas griegas que atacan a Troya.
- Andrómaca:** esposa modélica;?? de Héctor. Tras la caída de Troya fue entregada a Pirro, hijo de Aquiles.
- Antíloco:** guerrero griego, hijo del anciano y sabio Néstor, por quien muere al intentar salvarle la vida. Era amigo de Aquiles y fue el encargado de comunicarle la muerte de Patroclo.
- Apolo:** dios del sol, la música y las artes. Era hijo de Zeus y Leto. Protector de los troyanos, es quien envía la terrible peste al ejército griego.
- Aquiles:** hijo de la diosa Tetis y del rey Peleo de Ftía. El mejor guerrero del ejército griego y caudillo de los mirmidones, era invulnerable salvo por el talón, parte del cuerpo a la que Paris dirige la flecha que provocará su muerte. La disputa con Agamenón y su posterior retirada de la lucha
- constituyen el núcleo temático del que parte la *Ilíada*.
- Ares:** hijo de Zeus y Hera. Dios de la guerra y defensor del bando troyano.
- Asio:** guerrero troyano que intenta atravesar el foso del campamento griego.
- Astianacte:** hijo pequeño de Héctor y Andrómaca que, tras la toma de Troya, morirá arrojado desde la muralla.
- Atenea:** o Palas Atenea; hija de Zeus y de Metis, es la diosa de la sabiduría y del arte militar. Se la representa con casco empenachado, lanza, coraza y escudo. Su derrota frente a Afrodita en el juicio de Paris es la causa de que en la *Ilíada* tome parte por los griegos.
- Aurora:** o Eos, diosa hermana de Helio (el Sol) y Selene (la Luna). De su unión con Titono, hermano de Príamo, nació Memnón, el príncipe etíope muerto por Aquiles.
- Autólico:** abuelo de Odiseo, y famoso por ser un consumado ladrón.
- Automedonte:** auriga del carro de guerra de Aquiles.
- Áyax:** es el mejor guerrero griego después de Aquiles, como lo acreditan su gigantesca estatura y su fuerza. Al disputarse con Odiseo la armadura de Aquiles, se comporta de modo torpe y grosera, y su orgullo herido lo conduce al suicidio.
- Balio:** hijo del viento Céfito, es uno de los caballos inmortales de Aquiles.. El otro caballo es Janto.
- Briseida:** hermosa hija de Briseo, sacerdote de Apolo en Lirneso, ciudad aliada de Troya. Fue entregada a Aquiles como esclava tras la toma de Lirneso, pero luego Agamenón se la arrebató para compensar la pérdida de Criseida; éste fue el motivo de la cólera de Aquiles y de su retirada de la lucha.
- Calcante:** hijo de Néstor, era el más famoso de los adivinos griegos.
- Cassandra:** hija de Príamo y Hécuba. Tiene el don de la profecía y advierte a los troyanos contra el caballo de madera, pero no es creída. Tras la toma de Troya, acaba como esclava de Agamenón, al que también le predice que será asesinado.
- Criseida:** hija de Crises, sacerdote de Apolo, tomada por Agamenón como esclava pero a la que hubo de devolver a su padre por presión de los caudillos griegos, con el fin de levantar la maldición de la peste que diezma el ejército.
- Deífobo:** uno de los cincuenta hijos del rey Príamo. Tras la muerte de Paris, se casará con Helena, pese a la oposición de ésta, por lo que durante el saqueo de Troya Helena lo mata clavándole una daga. Otras versiones atribuyen su muerte a Menelao.
- Diomedes:** hijo del rey Tideo y uno de los más valerosos caudillos griegos, que protagoniza la segunda gran batalla de la '*Ilíada*.'
- Dioniso:** hijo de Zeus y Semele, dios del vino y de la vegetación, espíritu de la savia de las plantas y del jugo de los frutos, a la vez que de la fecundidad animal, simboliza la exaltación del vitalismo y la alegría. En el relato hace enloquecer a Áyax, lo que provoca su suicidio.
- Dolón:** guerrero troyano enviado a espiar al campamento griego y que es capturado y muerto 'por Odiseo y Diomedes.
- Eneas:** héroe troyano, hijo de Afrodita y Anquises. Salvado de la destrucción de Troya, huirá hacia Occidente y sus descendientes, según cuenta la '*Eneida*' de Virgilio, fundarán Roma.
- Enone:** ninfa de los bosques del monte Ida, desposada con Paris, quien la abandona después por



## el profanador de textos

Helena. Cuando su infiel amado muere se arrojará a la pira para arder junto a su cadáver.

**Epeo:** guerrero griego de gran fortaleza, campeón de boxeo y principal constructor del caballo de madera.

**Éride:** hermana de Ares, dios de la guerra, diosa de la venganza y la discordia, ciega a los hombres y los conduce a la violencia y a la guerra. Ella es la que, al arrojar una manzana con el texto 'Para la más bella,' provoca el enfrentamiento entre las diosas, el consiguiente juicio de Paris y la guerra de Troya.

**Eumelo:** guerrero griego que participa en la carrera de carros organizada por Aquiles en honor de Patroclo.

**Eurialo:** guerrero griego, hijo del rey Mecisteo, que combate contra Epeo en los juegos funerarios por Patroclo.

**Eurípilo:** guerrero griego procedente de Argos. Es curado por Patroclo.

**Fénix:** hijo de Amintor, rey de Beocia, cegado y expulsado del país por su padre por haber yacido con su concubina. Sanado por Quirón, será nombrado tutor de Aquiles, a quien acompaña a Troya. Es uno de los integrantes de la embajada enviada a Aquiles para que éste vuelva a la lucha.

**Filoctetes:** héroe griego que había sido amigo de Hércules. Fue abandonado por sus compañeros en la isla de Lemnos, enfermo e impedido por la mordedura venenosa de una serpiente. Odiseo regresará a buscarlo e, incorporado a la lucha, hiere de muerte a Paris con una flecha envenenada.

**Glauco:** caudillo de los licios, aliados de Troya.

**Hades:** hijo de Cronos y Rea, dios de los Infiernos y del reino de los muertos, casado con Perséfone, hija de la hermana de Hades, Deméter. También

se llama Hades al mundo subterráneo, los Infiernos, donde reina el dios.

**Hecamede:** esclava del viejo Néstor, encargada de atender al herido Macaón.

**Héctor:** hijo de Príamo y Hécuba, es el mejor guerrero troyano y el jefe de su ejército. Muere en su combate singular contra Aquiles.

**Hécuba:** esposa del rey Príamo y madre de Héctor y Paris.

**Hefesto:** hijo de Zeus y Hera, 'dios del fuego y la fragua' y, pese a su gran fealdad, casado con Afrodita. Es el encargado de fabricar la segunda armadura de Aquiles, tras serle arrebatada la primera a Patroclo en el combate en que éste muere a manos de Héctor.

**Helena:** hija de Zeus y Leda, esposa de Menelao y mujer de extraordinaria belleza que, abandonando a su marido y a su hija Hermíone, huye con Paris a Troya y desencadena la guerra.

**Héleno:** uno de los hijos del rey Príamo.

**Hera:** hermana y esposa de Zeus. Celosa de las muchas infidelidades de su esposo, persigue y se vengue cruelmente de las amantes de éste. Odia a los troyanos por resentimiento contra Paris, que no le entregó la manzana de oro. Protectora del matrimonio y de la familia.

**Hércules:** nombre latino de Heracles, semidiós hijo de Zeus y Alcmena, famoso por su fuerza. Realizó doce hazañas o trabajos. Finalmente murió asfixiado por el veneno que emana del manto que le regala su abandonada esposa Deyanira.

**Hermes:** hijo de Zeus, 'mensajero de los dioses' y 'protector de caminantes, comerciantes, oradores.' Se le representa como un esbelto joven con alas en los pies. Adormeciendo a los griegos, protege al rey Príamo cuando se acerca al campa-

mento enemigo para rescatar el cuerpo de su hijo Héctor.

**Hermíone:** Hija de Helena y Menelao, abandonada cuando Helena huye con Paris a Troya.

**Hipólita:** hermana de la reina de las amazonas, Pentesilea, a la que ésta había dado muerte de forma accidental.

**Idomeneo:** pretendiente de Helena, hijo del rey Deucalión de Creta, es uno de los más distinguidos guerreros del bando griego.

**Iris:** 'mensajera de los dioses,' y también 'diosa del aire' que abría las nubes y formaba los colores del arco iris.

**Janto:** uno de los caballos inmortales de Aquiles. El otro caballo es Balio. También es el nombre de un río.

**Laocoonte:** sacerdote de Apolo en Troya. Advierte a sus compatriotas del engaño que escondía el caballo de madera, pero nadie le hace caso y es estrangulado, junto con sus hijos, por dos gigantes serpientes enviadas por Atenea.

**Licomedes:** rey de la isla de Esciros que escondió a Aquiles por mandato de Tetis, tratando de evitar que acudiera a la guerra de Troya.

**Macaón:** hijo de Asclepio; era el médico de los griegos y fue herido por Paris.

**Memnón:** rey de Etiopía y sobrino de Príamo, en cuyo auxilio acude. Es muerto en la batalla por Aquiles. Su madre, la Aurora, vierte lágrimas por su hijo, que es el rocío que cae sobre la tierra.

**Menelao:** rey de Esparta, hermano de Agamenón y esposo burlado de Helena, motivo que desencadena la guerra de Troya.

**Meriones:** guerrero griego, pariente de Idomeneo de Creta. Participa en la carrera de carros en honor de Patroclo.

## el profanador de textos

**Moiras:** hijas de la Noche. Son tres: Atropos, Cloto y Laquesis; personifican el destino de cada mortal, que nadie puede alterar.

**Muerte:** hija de la Noche. Moraba en el Tártaro. El tejo y el ciprés eran sus símbolos.

**Néstor:** rey de Pilos, ciudad micénica. El más anciano de los reyes aqueos y actúa en la guerra como consejero de gran cordura y experiencia.

**Palamedes:** rey de la isla de Eubea que logró descubrir la fingida locura de Odiseo, quien trataba así de evitar su participación en la guerra contra Troya. Ese hecho le acarreó el odio de Odiseo que, en venganza, urdirá una treta para acusarlo de traición, por lo que será condenado a muerte. Palamedes se convirtió en prototipo de la muerte injusta por excelencia, a consecuencia de las intrigas de los malos contra alguien más valioso. Esta leyenda, sin embargo, no figura en los poemas homéricos.

**Pan:** dios menor, 'protector de la fertilidad de los campos y los rebaños.' Tenía cuerpo humano, patas de cabra y dos pequeños cuernos sobre la frente. Su imagen se ligaba a la sensualidad.

**Pándaro:** hijo de Licaón. Era jefe de los guerreros licios y aliado de los troyanos. Se distinguía como hábil arquero y fue el responsable de la ruptura de la tregua al herir a Menelao. Morirá a manos de Diomedes.

**París:** hijo del rey Príamo y de Hécuba, pero criado como pastor en el monte Ida hasta que Afrodita hizo que se descubriera su origen real. Fue el causante directo de la guerra de Troya, como habían predicho los adivinos, al haber raptado a Helena.

**Patroclo:** amigo íntimo de Aquiles desde la infancia. Con la armadura de Aquiles consigue levantar el

asedio a las naves y derrotar a los troyanos, pero es muerto por Héctor.

**Pédaso:** caballo mortal que uncen, junto a Balio y Janto, al carro de Patroclo cuando éste viste la armadura de Aquiles para atacar a los troyanos.

**Peleo:** padre de Aquiles, al que sobrevivió. Había participado en varias gestas heroicas como la expedición de los Argonautas, con Jasón, y la lucha de los lapitas frente a los Centauros. Amado por los dioses, le concedieron a la ninfa Tétis por esposa y a su boda asistió el propio Zeus.

**Penélope:** esposa de Odiseo, al que esperó en Ítaca durante casi veinte años. Es el símbolo de la esposa fiel y prudente.

**Pentesilea:** reina de las amazonas, que acude en ayuda de los troyanos y es muerta por Aquiles.

**Polidamante:** uno de los jefes troyanos partidarios de entregar a Helena y hacer las paces con los griegos.

**Poseidón:** hijo de Cronos y Rea, y hermano de Zeus; 'dios de los mares,' toma partido en favor de los griegos.

**Príamo:** anciano rey de Troya. Tuvo más de cincuenta hijos, entre ellos Héctor y Paris. Tras la caída de su ciudad, fue asesinado por Pirro ante el altar de los dioses familiares.

**Protesilao:** príncipe de los tesalios. Fue el primero en desembarcar en las costas troyanas y el primer héroe griego que murió apenas había pisado tierra.

**Quirón:** era el más sabio de los centauros, seres mitológicos con cuerpo de caballo y torso humano. Hijo de Cronos y de la ninfa Filira, fue muerto involuntariamente por Hércules, del que había sido maestro, como también lo fue de Aquiles.

**Reso:** hijo de Eyoneo, rey de los tracios y aliado de Troya. Damoso por poseer los mejores caballos del bando troyano. Diomedes le dio muerte y le arrebató los caballos.

**Sarpedón:** jefe de las tropas licias, y aliado de Troya. Era hijo de Zeus y de Laodamía; fue muerto por Patroclo.

**Sínón:** espía griego, astuto y hábil, que sigue el plan de Odiseo y convence a los troyanos de que los griegos se han marchado y de que el caballo de madera es una ofrenda a Atenea.

**Sueño:** dios alegórico, hijo de la Noche y conductor de su carro. Se le representa con los ojos cerrados, llevando una antorcha invertida.

**Tersites:** guerrero griego, jorobado y cojo, cobarde y charlatán. Pretende amotinar a los soldados griegos contra sus caudillos, lo que es impedido por Odiseo. Cuando Aquiles se enamora de Pentesilea, tras haberle dado muerte, Tersites lo acusa de necrofilia y Aquiles le rompe el cráneo de un puñetazo.

**Tétis:** era una de las cincuenta ninfas hijas de Nereo, dios marino. Zeus y Poseidón la pretendieron, pero un oráculo les predijo que el hijo que engendraran con Tetis sería más poderoso que su padre, así que ambos dioses se apresuraron a entregársela al mortal Peleo, del que tuvo a Aquiles. A lo largo de la 'Ilíada' siempre procura proteger a su hijo. El epíteto 'pies de plata,' con que se la suele designar en la epopeya, hace referencia a la espuma del mar.

**Trasimedes:** es uno de los hijos de Néstor. Tras golpear a Odiseo disfrazado de mendigo, sin reconocerlo, lo entrega a los troyanos.

**Odiseo:** nombre latino de Odiseo, rey de la isla de Ítaca, hijo de Laertes y esposo de Penélope. Es

uno de los más destacados jefes griegos tanto por su valor como, sobre todo, por su astucia, su elocuencia y su habilidad. Será el protagonista de la ‘Odisea,’ la otra gran epopeya homérica.

**Zeus:** dios supremo del Olimpo, padre de los dioses y los hombres. Hijo de Cronos y Rea, pero se rebeló contra su padre y lo destronó. Esposo de Hera, tuvo muchísimas aventuras amorosas para las que solía adoptar múltiples encarnaciones, con el fin de eludir la vigilancia de la celosa esposa. Se le representa armado del rayo —de ahí el epíteto de ‘tronante’— y sentado en su trono del Olimpo; el águila era su animal simbólico. En la ‘Ilíada’ ayuda, por instigación de Afrodita, y en contra de los deseos de su esposa Hera, a los troyanos. ♣

### actividades

#### Primera parte: Guía de lectura

**1** En ‘introducción’ se ha señalado que ‘Naves negras...’ no se limita a relatar las consecuencias que trajo la cólera de Aquiles en el décimo año de la guerra, tal y como hace la ‘Ilíada,’ sino que se retrotrae a los orígenes del conflicto y narra también su desenlace.

La causa mítica de la guerra es la ‘manzana de oro’ que se disputan las diosas Hera, Afrodita y Atenea, hasta que deciden elegir como árbitro de la contienda a Paris.

**a** *¿Qué le ofrece cada diosa a Paris? [‘1 la manzana de oro’] El joven rechaza las ofertas de Hera y Atenea, y acepta la de Afrodita. ¿En qué sentido podría su elección simbolizar las preferencias de los troyanos y, por tanto, el destino que le aguarda a la ciudad y a sus habitantes?*

La diosa de la belleza se las ingenia para que se produzca el encuentro entre Helena y Paris.

**b** *¿De qué situación se valen los enamorados para huir del palacio? ¿Cómo valoras su comportamiento? [‘1 la manzana de oro’]*

Aunque toda guerra es cruel y debe repugnar al ser humano, la causa desencadenante no inspira siempre la misma aversión. En la variante del mito que aquí se ofrece, Paris y Helena se enamoran.

**c** *¿Qué aporta este amor a la obra, sobre todo si tenemos en cuenta las razones que en realidad debió de tener el conflicto? [‘0 introducción’]*

En ‘2 reunión de la flota’ se nos presenta a Aquiles, el gran héroe de la epopeya homérica. Su madre, la diosa Tetis, desea la inmortalidad para su hijo.

**d** *¿Por qué no logra su propósito? [‘2 reunión de la flota’] ¿En relación con este episodio y con el de Éride? [‘1 la manzana de oro’] ¿Qué expresiones se emplean frecuentemente para referirse al ‘punto débil de alguien’ o a un ‘motivo de conflicto y discusiones entre las personas?’*

**e** *¿Qué estratagema utiliza Tetis para evitar que Aquiles vaya a la guerra y en qué posición deja a su aguerrido hijo ante los demás? Sin embargo, ¿qué alternativa heroica prefiere Aquiles ante la propuesta de su madre? [‘2 reunión de la flota’]*

Desde su primera aparición, Odiseo da muestras del rasgo de personalidad que mejor lo caracteriza.

**f** *¿De qué rasgo se trata? [‘2 reunión de la flota’]*

**2** En ‘3 altercado con el Rey Supremo’ nos situamos ya en plena guerra, transcurridos diez años

## el profanador de textos

desde su inicio. Este capítulo se corresponde con el comienzo de la 'Ilíada' de Homero, y explica el motivo de la cólera de Aquiles. En el origen del episodio que provoca la indignación del héroe advertimos el tono ético que recorre el relato.

**a** ¿A qué causa atribuye el adivino Calcante la peste que padecen los griegos? ¿Cómo consigue averiguarla? ['3 altercado con el Rey Supremo']

**b** ¿Cómo estalla la enemistad entre Agamenón y Aquiles? ¿Cómo calificarías la actitud de Agamenón? ¿Tiene Aquiles motivos para su airada reacción? ¿O es desmesurada? Ten en cuenta, en tu respuesta, el sentido del honor de la época.

Tras tantos años de asedio a la ciudad, los ejércitos se disponen por fin a entablar combate en campo abierto.

**e** ¿Pero qué inesperada solución se le ocurre a Paris? ['4 combate singular'] ¿Parece lógica, después de diez años de guerra? ¿Qué imagen nos ofrece el poeta de cada uno de los héroes enfrentados en combate singular? ¿Por qué debe vencer Menelao? En el desenlace de esta lucha, ¿de qué modo advertimos el papel decisivo de los dioses en la guerra?

Homero pone mucho cuidado en trazar el perfil de sus personajes principales. Uno de ellos, la bella Helena, ha sido la causante de la guerra.

**d** A pesar de ello, ¿en qué consideración la tienen Príamo y los ancianos de Troya? ['4 combate singular'] ¿Qué piensa Helena ahora de su

*amado y cómo compone Afrodita la difícil situación entre ellos? ['4 combate singular']*

La tregua no prospera porque Atenea quiere la destrucción de Troya; por ello asistiremos a la primera batalla en regla de la obra, descrita por el poeta con unas bellísimas comparaciones.

**e** ¿En qué se diferencia la actitud de troyanos y griegos? ['5 las troyanas']

**f** Anota algunas de las comparaciones aludidas. ['5 las troyanas'] ¿Qué tienen en común?

**g** Desentendido Aquiles de la lucha, ¿qué héroe ocupa ahora su lugar entre los griegos?

No parece lógico que el adivino de Troya pida a Héctor, el más grande de sus héroes, que abandone la batalla tan sólo para transmitir un mensaje a las mujeres. Pero la escena que a continuación se desarrolla en palacio justifica por sí sola dicha ausencia. En dicha escena comprobamos la maestría de Homero en el arte de los contrastes. ['5 las troyanas']

**h** ¿Qué profunda diferencia aprecias entre la actitud de los hermanos Héctor y Paris? ¿En qué estima los tienen sus respectivas parejas?

Andrómaca intenta convencer infructuosamente a su esposo para que no regrese a la batalla.

**i** ¿Pero qué le contesta Héctor? ¿Qué contraste se produce entre la premonición del héroe y la emotiva escena familiar?

Tras el paréntesis de la despedida de los esposos, la batalla continúa, y de nuevo se plantea otro

combate singular, esta vez entre Héctor y Áyax, dos héroes grandiosos no sólo por su fuerza y valentía, sino, sobre todo, por el modo de afrontar el duelo. ['6 la embajada del Rey Supremo']

**i** Comenta el modo en que concluye el combate. ¿Por qué no hay vencedor ni vencido?

Reanudada la batalla, los griegos se refugian en el campamento ante el acoso de los troyanos, que son auxiliados por Zeus. ['6 la embajada del Rey Supremo']

**k** ¿Qué efecto produce en Agamenón este revés de la fortuna? ¿Es la primera vez que reacciona de ese modo?

Para cambiar el curso de la guerra, el venerable y sabio Néstor propone que Agamenón desagrarie a Aquiles. ['6 la embajada del Rey Supremo']

**l** ¿Qué opinión te merece la negativa de Aquiles a reconciliarse con el Rey Supremo?

**3** Aunque la guerra ha de acabar inexorablemente con la destrucción de Troya, Homero demora el desenlace con los altibajos de los ejércitos contendientes y con episodios como el que se narra en 'Los caballos del rey Reso.' Griegos y troyanos han concebido la misma idea: espiar el campamento enemigo.

**a** ¿A quién envía cada bando y cómo es el espía troyano? ['8 la lluvia roja'] Dolón confiesa cuanto se le pide: ¿qué trato recibe a cambio? ¿Crees que Homero censura el comportamiento de los griegos? ¿Por qué?

Al día siguiente la batalla se recrudece.



## el profanador de textos

**b** *Anota algunas de las bellas comparaciones que emplean el poeta y Rosemary Sutcliff en su descripción. [‘8 la lluvia roja’]*

**e** *¿Qué héroes destacan en ambos ejércitos? ¿Qué papel desempeña Paris en la batalla? [‘8 la lluvia roja’] ¿Qué opinión debía de tener Homero sobre los arqueros? Recuerda también el caso de Pándaro. [‘5 las troyanas’]*

La batalla alcanza un tono épico que Homero y Sutcliff recrean de nuevo con espléndidas e hiperbólicas comparaciones. [‘9 lucha por las naves’] Y, como es habitual, la mirada del poeta se centra en el protagonismo de los héroes, y, en particular, en Héctor y Áyax.

**d** *¿Pero qué decisiva intervención tienen los dioses que apoyan a cada bando? ¿Qué papel parecen tener los hombres —aunque sean héroes en su propio destino?*

El enfrentamiento llega por fin a un punto culminante cuando los troyanos, capitaneados por Héctor, incendian las naves griegas [‘9 lucha por las naves’] Es justamente lo que Aquiles esperaba para intervenir [‘6 la embajada del Rey Supremo’], quien, sin embargo, y a pesar de que ya ha mostrado su preocupación por las heridas recibidas por el médico Macaón [‘8 la lluvia roja’], se resiste a auxiliar a sus compañeros de armas.

**e** *¿Qué le ruega entonces Patroclo? [‘10 la armadura de Aquiles’] ¿Adviertes en sus palabras alguna censura hacia su amigo?*

La armadura de Aquiles, vestida por Patroclo, provoca el pánico entre los troyanos. Pero, una vez

más, la intervención de los dioses determina el curso de la guerra.

**f** *¿Por qué se inmiscuye Zeus? [‘10 la armadura de Aquiles’] ¿Cómo provocan Zeus y Apolo la muerte de Patroclo? [‘10 la armadura de Aquiles’]*

El breve combate entre Héctor y Patroclo concluye de una forma muy característica: el augurio del moribundo y la lucha por apoderarse del cuerpo del vencido. [‘10 la armadura de Aquiles’]

**g** *¿Por qué es tan importante recuperar al caído?*

**4** La muerte de Patroclo trae consigo un cambio decisivo en la guerra, pues Aquiles se decide por fin a intervenir para vengar a su amigo bienamado. El caudillo de los mirmidones se muestra en el capítulo ‘11 la venganza de Aquiles’ como el mayor héroe de la ‘Ilíada.’

**a** *¿Cómo exterioriza su dolor y qué efecto producen sus expresiones de rabia en el enemigo? [‘11 la venganza de Aquiles’] ¿Cómo reemplaza la armadura que Héctor le ha arrebatado a Patroclo? ¿Qué reacción provoca en Héctor, el más valeroso caudillo troyano? [‘11 la venganza de Aquiles’]*

La labor destructora de Aquiles es rápida y eficaz, y su violencia, terrible y por completo desmesurada. Te aconsejamos la lectura atenta de las primeras páginas del canto XXI de la ‘Ilíada,’ donde Aquiles mata cruelmente a Licaón y es luego perseguido por el dios—río Escamandro, harto de sus matanzas. Observad las bellas comparaciones que emplea el poeta.

**b** *Cita alguna frase de ‘Naves negras...’ que refleje esa violencia. [‘11 la venganza de Aquiles’]*

**c** *En clase, leed en voz alta algún fragmento del canto XXI de la Ilíada que os haya impresionado.*

El capítulo concluye con una escena muy cruda.

**d** *¿Cómo responde Aquiles a la súplica de Héctor moribundo? ¿Cómo reaccionan los griegos, una vez muerto el héroe troyano? [‘11 la venganza de Aquiles’] Juzga el proceder de Aquiles y de los griegos. A la vista de esta escena, ¿crees que Homero es parcial en su tratamiento de griegos y troyanos?*

**e** *Señala, en las últimas palabras de Héctor, el poder inexorable del destino.*

Acto seguido, el poeta compone una escena que contrasta vivamente con la que acaba de relatamos. [‘12 juegos fúnebres’]

**f** *¿En qué consiste ese contraste?*

Siguen los funerales por Patroclo.

**g** *¿Qué ofrendas le hace Aquiles al muerto? ¿En qué detalle se aprecia la hermandad entre los amigos? [‘12 juegos fúnebres’]*

El último párrafo del capítulo ‘12 juegos fúnebres’ es muy revelador de los valores éticos que impregnan el poema homérico.

**h** *Coméntalo.*

La ‘Ilíada’ concluye con el rescate de Héctor. El anciano rey Príamo y Aquiles protagonizan una escena conmovedora. [‘13 el rescate de Héctor’]



## el profanador de textos

**i** ¿Qué parece hermanar a los enemigos? ¿No comparten también la común condición humana, sujeta a un destino que no está en sus manos? Argumenta tu respuesta, aludiendo para ello a situaciones anteriores de la obra.

**5** En el último tramo de ‘Naves negras...’ se relata el desenlace de la guerra, del que Homero nos habla, por boca del bardo Demódoco, en el canto VIII de la ‘Odisea.’ Los seis capítulos que lo componen narran cinco episodios con una fuerte unidad. En el primero de ellos [‘14 la Suerte de Troya’], Odiseo destaca una vez más por su inteligencia y su astucia.

**a** ¿Qué urde el ingenio de Odiseo y qué pretende alcanzar con esa teatralización que tan cara le cuesta? [‘14 la Suerte de Troya’] ¿Conoce el lector al principio la identidad del mendigo?

La amistad entre Helena y Odiseo favorece los designios del destino, pese a la lealtad que la esposa de Menelao siente por el pueblo que ahora la acoge.

**b** ¿Qué le entrega Helena a su amigo y qué utilidad le encuentra el héroe al regalo? [‘14 la Suerte de Troya’] ¿Cómo le demostrará Odiseo más adelante la amistad que también él le profesa? [‘19 la caída de Troya’]

El episodio de Pentésilea y las amazonas no lo retoma Homero en la Odisea, pero sí forma parte del mito en torno a la guerra de Troya. Es una hermosa y conmovedora historia.

**c** ¿Qué razones llevan a Pentésilea a participar en la guerra? ¿Qué impresión causa la reina de

las amazonas en los troyanos? [‘15 las mujeres guerreras’]

**d** ¿Cómo reacciona Aquiles tras matar a la heroína? [‘15 las mujeres guerreras’] ¿Te sorprende su actitud? ¿Y la de los griegos? ¿Con qué otras situaciones semejantes contrastan? Para conocer el desenlace de este episodio, consulta la voz Tersites en el índice de personajes.

Poco después se produce la anunciada muerte de Aquiles.

**e** ¿Quién lo mata, de qué modo, y con el auxilio de quién? [‘16 la muerte de Aquiles’] ¿Era posible una muerte distinta del héroe griego, en limpio combate cuerpo a cuerpo?

Tetis ofrece la bella armadura de Aquiles como premio al más sobresaliente de los héroes que participaron en el rescate del cuerpo de su hijo. Pero su desafortunada iniciativa trae consigo la tragedia, pues un dios travieso se inmiscuye en la competición por el premio.

**f** ¿Qué le sucede a Áyax y por qué se suicida? [‘16 la muerte de Aquiles’]

El capítulo ‘17 la flecha envenenada’ tiene dos partes, caracterizadas ambas por el valor moral de las historias que narran. En la primera de ellas, el protagonista es Filoctetes.

**g** ¿Por qué los griegos se ven precisados de ir en busca de Filoctetes, a quien tiempo atrás abandonaron? [‘17 la flecha envenenada’]

**h** ¿Qué lección encierra el modo en que el flechero Paris cae mortalmente herido? [‘17 la flecha envenenada’]

El héroe troyano recurre entonces a su antigua amada, la ninfa Enone, porque ella tiene el poder de curar cualquier herida.

**i** ¿Pero cómo acoge la ninfa a Paris? ¿Es ésta también una lección para el héroe troyano? ¿O quizá es Paris una víctima más, como él mismo afirma, de las Moiras, del destino? [‘17 la flecha envenenada’]

El desenlace de este poético episodio es trágico y bellissimo. En él se dramatiza un importante motivo literario, el del amor que trasciende la barrera de la muerte.

**i** Anota las poéticas comparaciones de esta página final. [‘17 la flecha envenenada’] Comentá la belleza y el patetismo de la escena.

**k** Como actividad complementaria en relación con este tema, lee el romance de ‘El Conde Olínos’ e infórmate sobre la historia de Tristán e Iseo, que el compositor alemán Richard Wagner convirtió en una de sus mejores óperas, ‘Tristán e Isolda’.

El conocido e intenso episodio del caballo de Troya y el de la caída de la ciudad (los dos últimos capítulos) podrían fundirse en uno solo, en que es posible distinguir las tres partes características de todo relato: exposición, nudo y desenlace. En la exposición, Calcante cuenta la parábola del halcón y la paloma, y Odiseo ingenia, por inspiración de Atenea, la estratagemata del caballo de madera.

## el profanador de textos

**I** ¿Qué relación hay entre la parábola del adivino griego y el plan de Odiseo? [‘18 el caballo de madera’]

El nudo plantea diversas vicisitudes, como la farsa de Sinón y el episodio de Laocoonte y sus hijos.

**m** ¿Qué otra estratagema anterior de Odiseo te recuerdan las astucias tramposas de Sinón? [‘18 el caballo de madera’] ¿Qué nueva intervención divina determina la suerte de Laocoonte y sus hijos?

Los adivinos, como habrás comprobado, eran muy respetados, pues solían acertar en sus vaticinios.

**n** ¿Qué traerá consigo el caso omiso que se hace a las predicciones de Laocoonte y de Casandra? [‘18 el caballo de madera’]

El desenlace de la guerra, retomado en el último capítulo, es consecuencia de la entrada en la ciudad del caballo de madera, un regalo envenenado de los griegos. La escena del asalto es dinámica y patética.

**o** ¿Qué suerte aguarda a la ciudad y al vencido? Compara el destino de las mujeres troyanas con el de Helena, y coméntalo.

**p** La derrota de los troyanos, ¿parece justa? Ten en cuenta el origen de la guerra.

### Segunda parte: Mitos y héroes

**1** Los mitos narran, como se ha señalado en la ‘introducción,’ las proezas de héroes y dioses llevadas a cabo en un tiempo pasado que se siente como

ejemplar, admirable y digno de imitación, una edad de oro ante la cual el tiempo en que vivimos nos parece lamentable y oscuro.

Por ello los héroes son personajes extraordinarios y grandiosos, semidioses que despiertan admiración y se convierten en modelos de comportamiento.

No es de extrañar que Aquiles fuera el héroe griego cuyo extraordinario coraje sirvió de inspiración a Alejandro Magno, y que este último se convirtiera en un modelo para Julio César y Napoleón.

Los protagonistas de nuestro relato son, por tanto, héroes, cuya actitud y comportamiento están regidos por los valores de una sociedad antigua y aristocrática que debe poner de manifiesto su superioridad.

**a** ¿Qué rasgos principales deben tener los héroes? ¿Cómo se gana la fama y la gloria? [‘2 reunión de la flota’] [‘15 las mujeres guerreras’] ¿En qué se manifiesta la extrema dureza del código del honor que les guía? [‘3 altercado con el Rey Supremo’] [‘16 la muerte de Aquiles’]

Aunque en muchos casos los héroes tienen un origen semidivino, todos ellos son seres humanos sometidos a la voluntad de los dioses y a menudo están sujetos a un destino trágico al que no se pueden sustraer.

**b** ¿Qué personajes te parece que reflejan mejor esta condición trágicamente humana?

**c** ¿Qué imagen se ofrece de los dioses? ¿Son justos, o caprichosos y parciales? ¿Se apiadan siempre de los hombres? Comenta los casos de Hera, Atenea, Afrodita, Zeus, Apolo, Dioniso y Poseidón.

**2** De entre los numerosos héroes que aparecen en la obra, merece la pena destacar, en el bando griego, a Aquiles, Ajax, Diomedes, Agamenón, Menelao, Patroclo y Odiseo. Ensayemos un breve análisis de cada uno de ellos.

**a** ¿Qué rasgos definen mejor a Aquiles? ¿Es algo más que un personaje orgulloso y colérico? ¿A qué extremos le lleva su ansia de venganza? ¿En qué momentos se muestra más humano? [‘13 el rescate de Héctor’] [‘15 las mujeres guerreras’]

**b** ¿Qué otro personaje abusa de su poder, y se muestra luego indeciso, a pesar de sus responsabilidades?

Patroclo es el amigo constante y fiel, mucho más sensible que su señor Aquiles.

**e** Justifica y argumenta esa afirmación.

Se ha dicho de Odiseo, hijo de mortales, que representa el ideal de la humanidad por su astucia e inteligencia.

**d** ¿En qué ocasiones da muestras de su ingenio y qué importantísimo papel desempeña en la obra?

En el bando troyano sobresalen las figuras de Héctor, Paris y Príamo.

Aunque posee el mismo coraje que Aquiles, Héctor es un personaje más humano y con valores éticos más profundos que el gran héroe griego. Contrasta, a su vez, con su frívolo hermano Paris.

**e** Analiza las profundas diferencias entre ambos hermanos.

## *el profanador de textos*

**3** “La guerra es cosa de hombres,” le dice Héctor a su esposa Andrómaca, por lo que no cabe esperar una presencia femenina destacada en la obra. Con todo, cuatro figuras cobran un cierto relieve: Helena, Andrómaca, Enone y Penteseilea.

**a** *¿Qué imagen se nos ofrece de Helena, la causa de la disputa y el origen del conflicto bélico? ¿Es odiada por unos y por otros?*

La fidelidad en el amor la encarnan la ninfa Enone y Penteseilea, la valiente reina de las Amazonas.

**b** *¿Qué hermosas historias protagonizan? ¿Por quién se sacrifica cada una de ellas?*

**c** *¿Qué papel desempeña Andrómaca en la obra?*

Los ancianos son siempre venerables, y los adivinos dignos de crédito.

**d** *Comenta la función de Néstor, entre los griegos, y del rey Príamo, entre los troyanos.*

**e** *¿Siguen los griegos los consejos de Calcante? [‘3 altercado con el Rey Supremo’] [‘18 el caballo de madera’] Agamenón menosprecia a Briseo, sacerdote de Apolo [‘3 altercado con el Rey Supremo’]: ¿qué consecuencias tendrá su actitud para los griegos? ¿Son los troyanos respetuosos con los vaticinios de sus adivinos? [‘18 el caballo de madera’] ♣*